



# ASIR

REVISTA DE LITERATURA

Arturo S. VISCA	Literatura y Nacionalidad
Washington LOCKHART	Dos Formas de la Infidelidad
JESUALDO	Formación del Pensamiento Racionalista de J. P. Varela
Ricardo Paseyro	El Teatro Nihilista de Samuel Beckett
Declaración de un Matrero en 1797	
Víctor DOTTI	Un trabajo Crítico Magistral
H. PEDUZZI ESCUDER	El Idealismo de Sancho
Martín Enrique JAUREGUI	Recordando a Pedro Piccatto
Jorge ARIAS	Notas
Líber FALCO	Nuevos Poemas
Julio ROSIELLO	La Casa Perdida
Rubén P. PASTORINO	El Monte
Salvador E. PORTA	La F... Sola

34

ABRIL DE 1954  
URUGUAY

# ASIR

*Cercano está, mas es difícil de asir el dios Patmos. — Hölderlin.*

---

DIRECTORES

REDACTORES RESPONSABLES:

*WASHINGTON LOCKHART*

*DOMINGO L. BORDOLI*

CONSEJO DE REDACCIÓN:

HÉCTOR BORDOLI, GUIDO CASTILLO

LÍBER FALCO, ARTURO S. VISCA,

ADMINISTRADOR:

OROSMÁN MARTÍNEZ ANDRADA

34

ABRIL 1954

FUNDADA EN MERCEDES EN MARZO DE 1948 POR:  
H. PEDUZZI ESCUDER, M. L. DE KLINGER, W. LOCKHART.

18 DE JULIO 535, MERCEDES, COQUIMBO 2257. MONTEVIDEO. URUGUAY

## SUMARIO

	<u>Pág.</u>
LITERATURA Y NACIONALIDAD — ARTURO S. VISCA .....	5
DOS FORMAS DE LA INFIDELIDAD — WASHINGTON LOCKHART	22
FORMACION DEL PENSAMIENTO RACIONALISTA DE JOSE P. VA- RELA — JESUALDO .....	29
EL TEATRO NIHILISTA DE SAMUEL BECKETT — RICARDO PA- SEYRO .....	56
DECLARACION DE UN MATRERO EN 1797 .....	60
UN TRABAJO CRITICO MAGISTRAL — VICTOR DOTTI .....	66
EL IDEALISMO DE SANCHO — HUMBERTO PEDUZZI ESCUDER ....	71
RECORDANDO A PEDRO PICCATTO — D. T. P. ....	75
NOTAS — JORGE ARIAS DURAN .....	80
NUEVOS POEMAS — LIBER FALCO .....	85
LA CASA PERDIDA — JULIO ROSSIELLO .....	92
EL MONTE — RUBEN R. PASTORINO .....	99
LA ESTANCIA SOLA — ELISEO S. PORTA .....	106

# LITERATURA Y NACIONALIDAD

por  
ARTURO SERGIO VISCA

## I

La obra literaria, como toda obra del hombre, sirve a la vez que a la finalidad que le es propia y que se ha propuesto su autor, a otras cosas que si bien no son finalidades inmediatas suyas, de ella extraen, sin embargo, por relación mediata, elementos que ponen a su servicio. No es finalidad inmediata de la literatura, concebida en abstracto y en general, servir a los fines de la nacionalidad. Pero así como el hombre abstracto no es más que el hombre descualificado, o sea la representación gráfica y esquemática de un hombre sin carne y sin huesos cuya existencia es puramente ideal, el concepto literatura, considerado en abstracto, no es más que un concepto vacío y sin vida, que sólo la adquiere cuando lo referimos a las "literaturas" que lo han realizado históricamente. La literatura se verifica siempre mediante un adjetivo especificativo que la determina. Y es empobrecer la realidad, y consecuentemente falsearla, considerar "una" literatura como literatura meramente, sin referirla a la peculiaridad histórica y geográfica que la distingue. Evitemos el equívoco, en el que es posible caer por el fácil declive de estas observaciones, de transformar el adjetivo en sustantivo y viceversa, pero no temamos afirmar que toda literatura es literatura nacional. Todo lo cual quiere decir que la literatura es siempre una forma de autoexpresión de la colectividad de la que extrae los jugos vitales que convierten esa literatura de mero concepto abstracto y esquelético, en carnadura veraz y auténtica. Entendiendo por nacionalidad, en un sentido muy lato, el conjunto de caracteres que definen a un conglomerado humano con una trayectoria histórica definida, con cierta ubicación geográfica y que en un momento determinado — en un "aquí" y "ahora" — presenta ciertos rasgos esenciales que lo señalan como "persona colectiva", la literatura sirve a la nacionalidad en un

doble sentido: primero, porque, como queda dicho, inevitablemente, por esencia, y aún contra la voluntad del creador individual, la literatura es autoexpresión de esa "persona colectiva"; segundo, porque a través de la literatura, y como consecuencia de esa su cualidad autoexpresiva, esa "persona colectiva" adquiere conciencia de sí, define sus rasgos y hasta expresa esos mitos, realidades todavía no existentes sino como pura potencia, a los que la colectividad aspira como expresión de su perfección propia.

El planteamiento general expuesto y el título que encabeza estas notas, obligan a algunas precisiones previas. La yuxtaposición copulativa de los dos términos que sirven de epígrafe plantea un tema cuya elucidación total mostraría una pretensión o pretensiosidad excesiva si se pensara que las notas que siguen la logran. El objeto de las mismas es más modesto: sólo procuran una aproximación al tema radicándolo en nuestra realidad nacional y literaria y aún dentro de ella, ateniéndose sólo a algunos de sus aspectos. Se considerarán aquí tres formas — no se afirma que sean las únicas — en que se ha expresado nuestra literatura, y que suponen, naturalmente, tres modos de enfrentarse el escritor con la realidad. Se intentará, además, inferir algunas consecuencias derivadas de esas actitudes ante la realidad y su reflejo en la literatura, en lo que se relaciona con nuestra autoexpresión. No se ignora el hecho de que todo lo que sigue implica la doble afirmación de que constituimos una nacionalidad y poseemos una literatura que la expresa. Se parte de esas premisas, no se intenta demostrarlas y se acepta el riesgo o peligro que ellas suponen. Peligro que, después de todo, como dice Ortega de afirmaciones de esta naturaleza, constituye sólo "*un peligro íntimo — el temor de decir algo poco escrupuloso, abierto a las malas inteligencias, de caprichosa apariencia*" y que no pone a quien lo dice en situación de "*ser decapitado por la osadía*".

## II

Cuando ciertos animales sienten que van a morir, se aíslan. Con lo cual revelan, delicadamente, que el único acto realmente íntimo que le ocurre a la vida es la muerte. La vida se revela en principio como una pura interioridad. Pero esa interioridad está hecha con lo que previamente le ha venido de fuera. Vivir es,

ineludiblemente, convivir. Y el hombre, aunque sienta en lo más íntimo de sí la vida como una radical soledad, no puede evitar esa coparticipación esencial a la vida. Ni aún con la soledad o el aislamiento, físico o espiritual, es posible eludir la convivencia. Aislarse supone invertir la dirección natural de la vida. Esto no implica que a la realidad deba adscribirse un signo negativo, en el sentido peyorativo del término, sino simplemente que aislarse de algo presupone que ese algo es el determinante de la actitud asumida, y sigue teniendo un cierto poder actuante. A esta ley de convivencia no puede escapar el escritor, en cuya obra irremediablemente aparecen las huellas denunciadoras de la situación temporal y geográfica desde las que se crea. Nada menos utópico y ucrónico que la obra literaria. Y es que su instrumento expresivo, la palabra, no es creación individual, sino colectiva. La palabra nos dice Antonio Machado, "*como instrumento de objeción, tiene algo de moneda, de instrumento de cambio*". Y este aspecto de moneda de todos aparecerá en la creación del escritor, por densamente personalizada que se halle en su obra. Así, si en la expresión de lo más circunstancial se infiltra siempre, aunque sea mínimamente, "*lo eterno del hombre*", "*lo eterno del hombre*" no puede esquivar la marca que pone en él su expresión temporal, ni aún cuando esta pretenda ser intemporalizadora.

Una primera forma de traducirse nuestra realidad en la obra de nuestros escritores, surge de esa actitud ante la realidad que queda esbozada y que yo llamaría convivencia de aislamiento. La realidad no se expresa deliberadamente en la obra del escritor, ya que este voluntariamente elude su expresión. Pero la realidad, provocadora e irónica, se instala secretamente en su obra. Un nombre y una obra son suficientes para ejemplificar esa actitud; y abona esa suficiencia el tratarse de una obra cuya calidad innegable la coloca en situación cimera en nuestras letras, y en no desdeñable lugar dentro del territorio poético universal en el que se ubica. Me refiero, claro está, a Julio Herrera y Reissig. Su poesía fué realizada de espaldas a la realidad, atento el poeta sólo al íntimo latir de su propia vida. Absorto en un juego — muy serio — de imágenes, de búsqueda de lo exquisito, de interiorización en lo más secreto y extraño de su propia sensibilidad — tanto poética como humanamente muy rica — su actitud parece ser siempre elusiva de la realidad que directamente lo cerca. Su poe-

sia parece tender — si se permite la expresión — a una especie de universalidad geográfica y de desubicación de su tiempo real. Incluso cuando en algunas de sus frases se refiere a nuestra realidad — a nuestro paisaje campesino, por ejemplo — lo hace con un tipo de exaltación literaria, reveladora de una actitud que no diré insincera pero que tiene, en sí, poco que ver con el objeto concreto que la origina. Esa exaltación podría referirse, en la prosa de Reissig, tanto al paisaje minuano que la motiva (véase “A la ciudad de Minas”, en “Prosas”) como a una región, cualquiera de la Mesopotamia. Y entiéndase que con esto se trata de caracterizar una actitud, no de valorarla positiva o negativamente. Pero sin embargo la lectura de su obra — cuando se la siente realmente — nos hace intuir que ella por sí sola puede descubrirnos las coordenadas geográficas y temporales que la sitúan indefectiblemente en un tiempo y un espacio, que la vinculan con un alma colectiva, a la cual el poeta, en su poesía al menos, — con voluntaria, lúcida deliberación — quiso permanecer extraño. Hay en su poesía un tono afectivo, un sesgo del pensar poético, que reconocemos secretamente como nuestro. Diría que en los más oscuros — o que se consideran como tales — de sus poemas, hay claridades de sentimiento que son en este sentido reveladoras. Desde luego, esto es más fácil sentirlo que demostrarlo, porque lo que podríamos llamar la transustanciación poética de la realidad, por la virtud deformadora voluntaria y sostenidamente ejercida por el poeta en un esfuerzo sin pausas, ha llegado a un máximo de tensión enmascaradora. Pero si la poesía quedara totalmente desvinculada del ámbito colectivo del poeta, todo poema — cada poema — en este caso tendría que llegar o a un máximo de impersonalidad, con una universalidad semejante a la de una demostración geométrica o a un máximo de individualidad que lo haría ininteligible para los otros. Y esto no ocurre. Y en la imposibilidad de aplicar la prueba del nueve para lo dicho, ni de efectuar aquí un análisis convincente, es posible experimentarlo mediante la lectura comparativa de un soneto de Reissig junto con otro de Mallarmé por ejemplo. Se sentirá que sus diferencias no radican, solamente, en diferencias de la índole individual, subjetiva, de sus autores. Claro está que si es difícil, casi diré imposible, evidenciar, por la simple intercalación de algunos ejemplos, esta relación entre la poesía de Reissig y su ámbito, se podrá afirmar que es

absolutamente objetable la afirmación de que es esta una forma de traducir directamente la realidad circunstante. No hay inconveniente en admitir esta objeción. Pero entonces es necesario plantear el caso Julio Herrera y Reissig — paradigmático del de otros muchos escritores — en forma dilemática. O bien realiza, por decirlo así, una adjetivación europea de una sustancialidad nuestra que tenue y secretamente sostiene su obra, y en este caso es parcialmente infiel a sí mismo y a la poesía en esa su cualidad de auto expresión colectiva, o bien no se verifica en su obra, *directamente*, la expresión, en modo alguno, de esa sustancialidad. Pero en este caso hay una revelación *indirecta* de una situación nacional: el sentimiento de que somos colonos espirituales; nuestro temor de enfrentarnos con realidades que no consideramos maduras para enriquecer con ellas el territorio poético y literario; la timidez ante cosas que no estimamos suficientemente asépticas para tener con ellas contacto espiritual; el prejuicio que hace idealizar lo lejano y subestimar lo que nos rodea.

Vivir es convivir. Pero convivimos de distintos modos. Convivimos *realmente* con un conjunto de formas de vida, de usos, de hábitos, de formas de sentir y de pensar, de creaciones de toda clase, que forman el ámbito *inmediato* que nos cerca. Convivimos *idealmente* con un conjunto de creaciones espirituales, productos de ámbitos vitales no *inmediatos* sino *mediatos*. Y todo ese conjunto de objetos — reales e ideales — con los que convivimos, son ordenados según una escala de valores que nada tiene que ver con la mediatez o inmediatez de los objetos ordenados. Ubicándonos en nuestra realidad, es innegable que el conjunto de valores culturales creados en ámbitos vitales mediatos están a una distancia inmensurable de los creados en nuestro ámbito inmediato. Ahora bien: quien no acepta la convivencia inmediata, proyecta ilusoriamente su ámbito real de convivencia a una distancia infinita y vive, también ilusoriamente, como si fuera inmediato el ámbito vital mediato. La escala de valores sigue siendo exacta, no se valoriza en más lo que vale menos, ni viceversa. Pero en cierto modo esa escala, para su actuación práctica, ha quedado falseada por la señalada inversión de las distancias. Consecuencia ineludible de esto es que se toma una de estas dos actitudes ante la realidad inmediata: o se trata de esquivarla, como quien a manotazos aparta obstáculos, o se la desubstancia, tratando de vivirla a la

manera que imponen los valores jerárquicamente superiores aceptados. En cualquiera de los dos casos la visión interior queda obturada. Nada se ve con limpidez. Enceguecido para la contemplación de su propia realidad, el escritor olvida que si las creaciones culturales tienen valores distintos, la vida es igual en todas partes y que en todas partes es *"un repertorio de posibilidades infinitas"*. Se ve así imposibilitado para la tarea quizás casi heroica, de *realizar*, con la vida ideal del arte, esas *posibilidades*. La realidad, para él demasiado humilde, no ofrece campo a su atención. Y para expresarse llamará vino al pan y pan al vino. Hasta lo más concreto que aparezca en su obra no será, en el fondo, más que abstracción. Sustituye su paisaje propio por los "Sonetos Vascos", por ejemplo. Y sin embargo es su humilde realidad desdeñada la que le ha enseñado que hay

*el melón insinuante y la poma virginea,  
el perejil humilde y la uva apolínea,  
y el ajo, maldiciente canalla del terruño,*

o cualquier otra de esas realidades que dan jugo y sangre a su poesía, y que introdujo en un paisaje extraño. Y no se trata de que Reissig sea un anti-realista. O por lo menos, no es sólo eso. El no parte de una realidad concreta que idealiza o deforma, ni de conceptos abstractos, genéricos o universales. No, Reissig imagina poéticamente una realidad concreta, que nunca vió con sus ojos físicos. En él hay mucho de realista que describe lo que nunca ha visto. Es esto lo que hace que su poesía deje una cierta sensación de inconsistencia, a pesar de su calidad innegable. Y es que no tiene, según el decir de Martí, *"su raíz en la tierra y base de hecho real"*. Hay en él una sensibilidad poética excepcional y es un maravilloso artifice, no una gran voz poética.

Cerremos estas observaciones subrayando que Reissig y los escritores que ocupan su posición muestran como aspecto positivo, la lúcida conciencia de que culturalmente somos deudores de Europa, en primer término, y de otras culturas seculares en segunda instancia. Su lección, en este sentido, es esencial: nos enseña que debemos incorporar entrañablemente a nuestra vida esas culturas, europeas o no. Si su camino no debe sear el nuestro lo veremos después. Dejemos algunos cabos sueltos y veamos la segunda forma en que nuestra literatura se ha expresado.

Cuando se habla o se escribe, por ejemplo, de literatura española, o de cualquier otra literatura determinada por un adjetivo gentilicio, el adjetivo particulariza un contenido general que mediante él adquiere una fisonomía peculiar pero sin perder sus rasgos generales. Sobre el fondo del concepto literatura se dibujan unas facciones especiales: las del alma del pueblo que ha creado esa literatura. Y digo pueblo, porque entiendo que toda gran literatura es creación colectiva aunque se verifique a través de creadores individuales. Ellos son siempre la voz por la cual la colectividad se expresa. En cambio, entre nosotros es frecuente, aunque con las naturales excepciones, que al escribir o hablar de literatura nacional, refiriéndonos a la nuestra, se opere una ilegítima transposición del punto de vista. Cargando el acento sobre el adjetivo se le sustantiva y, a la inversa, se adjetiva el sustantivo. La atención recae entonces no sobre lo literario, sino sobre esas categorías, no siempre bien especificadas, en que se hace radicar "lo autóctono". La consecuencia inevitable es que ambos términos pierden sus perfiles propios y la imagen que se obtiene es la de un precipitado inesencial en el que se difuman, hasta perder toda significación, tanto lo literario como lo nacional. Esta actitud, perniciosa cuando la sostiene quien se atiene a lo nacional para negar la existencia de lo literario, es catastrófica cuando la adopta quien afirma lo literario porque se atiene a lo nacional. Para éste la presencia en cualquier página de algo que estima "autóctono" ya le confiere a esa página irrecusable valor literario. Y esta forma de "nacionalismo literario" representa un doble peligro: atenta tanto contra la literatura como contra la nacionalidad, y contribuye tanto a la exaltación de la mala literatura como de cuanto vicio o insuficiencia muestra nuestro pueblo, siempre que esa insuficiencia o vicio tengan cierto carácter localista y pintoresco. Si quien se vuelve de espaldas a nuestra realidad vicia su escala de valores, este nacionalista literario no tiene escala de valores alguna. Y si la tiene, habría que invertirla para que adquiriera algún sentido.

Esta actitud, naturalmente, no representa sólo una postura que, por llamarla de algún modo, diré "crítica", sino también una posición vital desde la cual se escribe. Y si al juzgar una obra se

atiende, de un modo concluyente, a lo "autóctono", al escribir se toman en cuenta, con no menor exclusividad, esos mismos valores. La eficacia de esta posición para producir consecuencias catastróficas lo es tanto si se le adopta como "posición crítica" como cuando se la mantiene como "posición creadora". Y es que en uno y otro caso se ha perdido desde el principio toda posibilidad de encararse lúcidamente no sólo con la literatura sino también con esa realidad a la que aquella ha de servir de medio expresivo. Ocurre aquí un fenómeno muy simple y que, con toda llaneza, se podría expresar diciendo que en estos escritores, ya asuman posición crítica o creadora, hay una mortalizadora "frivolidad en sus amores". Ni aman la literatura verdaderamente ni la realidad que pretenden expresar. No han penetrado esencialmente ni en una ni en otra sobrenadan, como leños, sobre ambas. Y no aman ni odian esa realidad precisamente porque no han penetrado realmente en ella. Sólo somos capaces de amar u odiar verdaderamente a algo o alguien cuando somos capaces de apresar su intimidad. ¿Qué ocurre entonces con estos ardientes — y a la vez superficiales — defensores del "autoctonismo"? ¿Cómo se convierten en los propulsores de aquello que ni en verdad aman ni odian ni comprenden? A mi juicio, ocurre que han adoptado una actitud que yo llamaría de "convivencia por mimetismo". No se dan vuelta de espaldas a la realidad en que viven, pero no son capaces tampoco de religarse a ella armoniosamente. Su actitud es más simple: abandonando el don — que yo diría divino — de su propia personalidad, se mimetizan. Es decir: adquieren, sin previa crítica, los colores, las formas de vida, los hábitos, las virtudes y los vicios — especialmente los vicios — de su ámbito vital. Pero el mimetismo es un asemejarse sólo a la superficie de aquello que es imitado, no a lo que constituye lo hondo y esencial de su vida. Y el que convive por mimetismo con su colectividad se identifica también superficialmente con ella. Lo más hondo se le escapa. Pero aún hay más: cuando un animal se mimetiza lo hace con un certero instinto que no equivocan su objeto. Pero como los escritores a que me refiero suelen no ser unos animales, y no poseen, en consecuencia, su instinto certero y perfecto, erran muchas veces la forma de mimetizarse. De aquí que sus escritos o reflejan lo más superficial del alma de nuestro pueblo, esa segregación de formas de vida más o menos pintorescas o localistas, más

o menos brillantes o evidentes, pero que no revelan su más profunda verdad interior, o revelan auténticas constancia de la colectividad, pero que son exaltadas, sin tener en cuenta su carácter positivo o negativo.

Se intenta así crear una especie de mitología del alcoholismo, de la prostitución, de la sexualidad, de la famosa viveza criolla (tan deleznable como la no menos famosa gracia española), del coraje oriental, etc. Los uruguayos, que no somos los inventores ni del alcoholismo ni de la prostitución, parece que lo fuéramos si atendemos al empeño que los escritores autoctonistas han puesto en crear con ellos mitos literarios. La más somera revisión de nuestra literatura evidencia que se consume, frecuentemente, más alcohol en las cinco o seis páginas de ciertos cuentos nacionales, que el que se despacha normalmente en todo un día en cualquier boliche. Pero esto no es todo. A esta pintura, que podría ser naturalista, se le acompaña generalmente de una gemidora y llorosa exaltación del infeliz borracho, alma buena como ninguna, al cual casi, por el alcohol, se canoniza, cuando no es que el alcohol mismo, máximo redentor, no lo convierte en canonizable. La literatura se convierte así en una activa propagandista de cierta industria nacional, y Florencio Sánchez, por ejemplo, gracias a este mito, debe gran parte de su popularidad más que a su obra a su alcoholismo. Y si el alcohol es un buen catalizador de inspiraciones autóctonas, no lo es menos otro de nuestros mitos literarios: la prostituta. Tampoco los uruguayos somos los inventores de esta profesión, ni en su forma sedentaria ni en la nómada (para la segunda de las cuales formas nos honramos, sin embargo, con la invención de un término ajustado que la califica: el yirismo). Si, según Platón, la antigüedad hace venerable a las cosas, nada más venerable que la prostitución. Sin embargo, a creer a nuestros narradores una madre con doce hijos, y toda una vida dedicada a ellos, es menos respetable e infinitamente menos buena que la más desvalida de las prostitutas. Y conste que no es mi intención sostener ni que una prostituta a más de desdichada no pueda ser buena, ni que el alcoholista no puede ser un bueno desdichado. Tampoco digo que no se pueda hacer con ellos grandes personajes, y bastaría al respecto, recordar a la Sonia y al Marmeladoff de "Crimen y Castigo". O, si se quiere ejemplos más cercanos, el Lisandro de Florencio Sánchez y ciertas figuras de Espí-



nola en "Sombras sobre la tierra". Pero Sánchez tiene los méritos notorios de, primero, haber sido el creador del tipo; segundo, de haberlo rendido con indudable maestría, dentro de los medios expresivos de su realismo primario pero conmovedoramente eficaz, y, tercero, de haberle dado un sentido al tratarlo dentro de una verdadera problemática social y humana. Y Espínola trasciende, poética y novelescamente sus figuras, al crearlas desde una honda y original intuición de la vida en la cual lo angélico, por la piedad, parece devorarse a sí mismo. Y este no es el caso de la mayor parte de nuestros escritores autoctonistas. El alcohol los ha mareado y la prostitución envilecido y resbalan por la superficie de unas vidas que para ellos ya no tiene arcanos. Consecuencia: sólo son capaces de describir lo externo de lo que podría llamarse las formas localmente nuestras de emborracharse y prostituirse. Toda vida auténtica está, para ellos, recubierta de una corteza inatravesable.

Otro de nuestros varios mitos literarios (y este lo sostienen autoctonista y anti-autoctonistas) es el creado en torno de la sexualidad. El tema sexual agilita, vigoriza, estimula e infecta numerosas páginas. Y se le considera tema intenso por excelencia. Porque se ha confundido la intensidad artística o del sentimiento estético — que es un vigoroso arder (si se permite la expresión) de toda la vida espiritual — con la intensidad puramente orgánica o nerviosa de aquel acto que, matrimonial o extramatrimonialmente, se realiza entre dos seres, habitualmente de distinto sexo y generalmente en soledad. Pero este mito tiene menor jerarquía autoctonista. Somos menos descubridores de las relaciones sexuales gratuitas, más o menos normales, que del alcoholismo y la prostitución. Su acción típicamente autoctonista se revela en algún idílico apareamiento de alguna china y un gaucho en algún aromado trebol.

Otro mito, no ya literario sino nacional, es el de la viveza criolla, paradójicamente ligada al del sentimentalismo rioplatense (otros dirían: al sentimiento gaucho). Viveza a la cual va adscrita una locuacidad no ajena al mate y a la caña y sentimentalismo revelador de un cierto sentido escéptico de la vida, natural en hombres que están de vuelta de todo. Y tanto este sentimentalismo como esta viveza, y aunque con formas de expresión distintas, crean el típico ejemplar del "sobrador", del hombre que

está por encima de las cosas. Ejemplos de esta actitud abundan. Quiero recordar dos, notorios y populares: Wimpi y El Hachero. Sobre Wimpi ya Washington Lockart, en la entrega correspondiente a los números 32 y 33 de ASIR, anotó observaciones que elucidan su situación como escritor. No es necesario insistir aquí. Sólo subrayaré ahora que tanto en sus libros, como en sus notas periodísticas y charlas radiales, Wimpi tipifica, ejemplarmente por su evidente ingenio, y peligrosamente por lo que ella representa de atentatorio contra toda auténtica vida intelectual, esa forma característica del ingenio que se denomina viveza criolla. Esta viveza consiste en vivir mentalmente a saltos, tocando la superficie de las cosas y rebotando siempre. Esta viveza sólo se hace grave — es decir: sólo se asienta en algo — cuando el vivo emplea su viveza en provecho propio. El vivo criollo, es el "sobrador", el que está más allá de todo. Y Wimpi sobra a los valores espirituales, a la vida, al sentimiento, a los hombres y a sí mismo. Todo le sirve para una ingeniosa pirueta que comienza y se apoya sobre algo serio y termina en el vacío. En cuanto a El Hachero muestra dos cualidades positivas indudables: primera, un estilo simple pero comunicativo, que expresa eficazmente esa humilde realidad que quiere él apresar y segunda, un don de observación agudo y vigilante. Condiciones con las que el mismo podría hacer cosas más importantes que las que hace. Pero su visión de la realidad, aunque sea sincera, está falseada por lo que llamaría el "autoctonismo" bolichero y deportivo. Léanse sus crónicas. Las cosas humildes del barrio, el chiquilín enfermo, la percanta, la muchachita que dió aquel mal paso, el futbolista, el boxeador, el boliche, todo aparece aureoleado con un nimbo de idealidad que no distingue jerarquías. Toda grandeza humana puede quedar expresada en un boxeador torpe y de voz humilde que reclama su sombrero, en un café. Si la autenticidad es algo más que una elemental sinceridad de sentimiento sobreagregada desde fuera, El Hachero es tipificación de la inautenticidad afectiva, de la falsificación del sentimiento. Por sincero que se sienta a sí mismo, y por más que revelen sus crónicas una calidad de alma de la cual podría esperarse cosas mejores.

Nos queda por ver aun otro mito literario y nacional: el famoso coraje criollo. Bien lo define Florencio Sánchez, cuando reaccionando contra él, en "Cartas de un flojo" escribe: *Por aquí se di-*

ce: "Orientales y basta" y ahí ustedes se llenan la boca con la frase. ¡Orientales y basta! Ya se sabe que a patriotas y guapos, nadie les pisa el poncho. Sobre todo a guapos. Se les podrá negar cualquier otra condición, sin que se ofendan mayormente, pero al que se atreva a decir que tienen el cuero para negocio, si no lo demuestran prácticamente lo contrario, a puñetazo limpio le paran un rodeo con los bravos 33, y los defensores de Paysandú, y los mártires de Quinteros, y los hermanos Valiente y cuanto Juánes, Pedros o Diegos han sido héroes y víctimas de las centenares de jornadas sangrientas que han saturado el espíritu nacional de tan belicosas gallardías. El calificativo de flojo tiene mayor fuerza denigrativa entre los orientales que en cualquier otra parte del mundo. Es menos despreciable un ratero que un maula. Fulano podría ser inteligente, pero no ha peleado nunca, ni siquiera ha estado en una patria. En cambio, a Zutano el fragor del combate le vigorizó el cerebro, y el olor a sangre humana le despejó el espíritu. Lo recibió bruto y nos lo devolvió casi un sabio la guerra". Y más adelante explica así el origen de este coraje: "Nacidos de chulo y de charrúa nos queda de la india madre un resto de rebeldías indómitas, su braveza, su instinto guerrero, su tenacidad y su resistencia, y del chulo que la fecundó su afición al fandango, los desplantes atrevidos, los dobleces, la fanfarronería, la verbosidad comadrera y el salvazo por el colmillo, elementos constitucionales más que suficientes ambos para generar los vicios y defectos de eso que ha dado en llamar nuestra megalomanía, raza de los Treinta y Tres". La exaltación lisa y llana de este coraje, sin considerar a que fines se le aplica, la exaltación del coraje por el coraje, en el cual pueden ir unidos en dosis iguales un insano amor propio y la más bárbara vesanía, ha llenado no pocas páginas de nuestra literatura. Es innegable que el coraje es una virtud y, quizás, bastante nuestra. Pero indudablemente al famoso ¡Quién dijo miedo! habría que responder: Yo dije. Pero tengo el coraje de sobreponerme. Es decir: el coraje moral, lúcido y consciente de sus fines y no la mera irresponsabilidad osada, que tanto puede crear naciones como destruir, con riesgo de la vida propia, toda una familia, por anhelo de venganza, o porque sí nomás. Nuestros autoctonistas ha nhecho radicar ese coraje especialmente en el gaucho (aunque nosotros, lejanos descendientes, podamos también vanagloriarnos de él). Ahora bien: no es posible incriminar al gaucho, analfabeto y bárbaro, lo que venimos diciendo.

Incluso es justificable su admiración por aquellos otros gauchos, los caudillos o caudillejos, cuyo mérito radicaba a veces en que eran no más analfabetos, porque ahí no cabe el más y el menos, pero sí mucho más brutos que sus admiradores. Este orden de cosas era lógico dentro del primitivismo de su vida. Pero lo grave es que de ahí se haya elaborado una literatura en la que se exalta, y hasta santifica, el coraje, que llaman indómito, de quienes, por tenerlo y no saber en qué gastarlo, lo gastaron muchas veces, en los más bárbaros crímenes. Lo que repugna, repito, es la exaltación del coraje por el coraje mismo, independientemente de sus fines. De entre los muchos ejemplos posibles, voy a recordar uno: el romance "La carga de Arbolito", de Yamandú Rodríguez. Se exalta allí el coraje de Chiquito Saravia. Entiéndase bien: se exalta su coraje, no su figura y su importancia histórica. No interesa tampoco aquí enjuiciarlo ni juzgar la famosa carga que da origen al romance. Sólo interesa destacar que allí el autor considera el coraje como un mero desprecio de la vida, menos valiosa que el dinero mismo:

*"Muchachos" —dicen que dijo—  
"estos tiros valen plata  
y vamos a gastar cañe  
que ya no nos cuesta nada".*

Chiquito Saravia no tiene en cuenta ni la gente que lo sigue ni la que lo espera y

*en un milagro de espuelas  
al moro le nacen alas  
y allá va como un arcángel  
rubio, Chiquito Saravia.*

Con lo cual el coraje no ya canoniza, como el alcohol, sino diviniza a quien lo posee. Pero hay más: a los lanceros le gusta la muerte como si fuera un fruto de exquisito gusto:

*Detrás van treinta lanceros  
en un vuelo de rodajas  
a ver quien prueba primero  
la muerte con gusto a lanza.*

Se insiste luego en que la "carne es barata" y se aclara que

*así mueren danda chuza  
junto al coronel Saravia  
casi todos los que fueron  
a nacer en esa carga...*

Y como lo importante para el uruguayo es tener un "coraje indómito",

*...cuando un niño pide  
la bendición de sus tatas  
la madre siempre les dice  
esta buenaventuranza:  
"Hijo, que Dios te haga guapo  
como Chiquito Saravia".*

Faltaría todavía considerar otros mitos literarios nuestros y otras formas de autoctonismo. Se ha dado también entre nosotros una forma vernácula de interpretación sociológica de nuestra realidad, con consecuencias tan deplorables para la literatura como para la sociología. Dejemos estos otros mitos y autoctonismos a un lado y concluyamos algunas consecuencias de lo expuesto. Si el que convive por aislamiento sólo es capaz de expresar, veladamente y contra su voluntad, algunas constancia de nuestra "persona colectiva", el que convive por mimetismo sólo es capaz de expresar los aspectos indumentarios de ella, lo meramente local y pintoresquista, lo exterior. No tiene clara conciencia de sus fines y practica un autoctonismo semejante al de las asociaciones tradicionalistas, en los que algunos falsos gauchos que de tales sólo tienen el chiripá y la golilla, y algunas chinas, de amplia pollera celeste y trenzas postizas bailan pericones en festividades señaladas. A esta gente le sobra lo que el gaucho no tuvo, higiene, y les falta lo que éste poseía, el sentimiento de la independencia. Pero tanto los que conviven por aislamiento como los que lo hacen por mimetismo, nos enseñan algo importante: los primeros, el sentimiento de nuestra indigencia cultural, la necesidad de un aprendizaje sincero y auténtico de los bienes espirituales universales; los segundos, el imperativo que nuestra realidad nos impone: no desdeñarla por pobre

ni dejar de considerarla cantera en disponibilidad en la cual encontrar ricas vetas para una auténtica creación. Pero aún es posible ir más allá. Veámoslo.

#### IV

La afirmación orteguiana de que cada uno es él mismo y su circunstancia postula la relación inevitable entre el hombre y su ámbito vital. Pero no implica la dependencia absoluta del hombre con respecto a sus circunstancias, en el sentido de una sumisión o esclavitud que éstas le impongan. Es quehacer del hombre considerarlas no para someterse a ellas, sino para dirigir las, orientar las, rehacer las. Incluso para inventar las. Yo diría que existe una tercera forma de convivencia que significando una nueva forma de enfrentamiento con la realidad, permite una tercera manera de expresión literaria. Llamémosla —sin vanos temores a la cursilería— convivencia de conciencia alerta. Se trata de un armonioso religarse con la colectividad, con sus hábitos primarios y elementales de vida, con las formas de su sentimiento, pero sin abdicar de sí mismo ni de la lúcida consideración de la realidad. Hay una homogeneización por simpatía y comprensión, que no inhibe el desarrollo de la personalidad propia, diferenciada y segura de sí misma. Yo no encuentro imagen más pura de esta convivencia que se amolda a su ambiente para dirigirlo y orientarlo, para crear incluso formas nuevas de vida, pero en la dirección que el mismo medio impone, que la ofrecida en "Las Cartas de Sud América", de los hermanos Robertson, al describir a Artigas en su Cuartel General de Purificación. He aquí el fragmento:

*"Y allí (les ruego que no pongan en duda mi palabra) ¿qué les parece vi? El excelentísimo señor Protector de la miatd del nuevo mundo, estaba sentado en una cabeza de buey, junto a un fogón encendido en el suelo fangoso de su rancho, comiendo carne del asador y bebiendo ginebra en un cuerno de vaca! Lo rodeaban una docena de oficiales andrajosos, en posición parecida y ocupados en la misma tarea que su jefe. Todos fumaban y charlaban ruidosamente.*

*"El Protector estaba dictando a los secretarios que ocupaban en torno de una mesa de pino las dos únicas sillas que había en toda la choza, y esas mismas con el asiento de esterilla roto.*

*“Para completar la singular incongruencia de la escena, el piso del departamento de la choza (que era grande y hermosa) en que estaban reunidos el General, su Estado Mayor y sus Secretarios, se encontraba sembrado de ostentosos sobres de todas las provincias (distantes algunas de ellas mil quinientas millas de ese centro de operaciones) dirigidas a “Su Excelencia el Protector”.*

*“En la puerta estaban los caballos jadeantes de los correos que llegaban cada media hora, y los caballos de refresco de los correos que salían con igual frecuencia.*

*“De todos los campamentos llegaban a galope soldados, edecanes, exploradores. Todos se dirigían a Su Excelencia el Protector, y Su Excelencia el Protector, sentado en su cabeza de buey, fumaba, comía, bebía, dictaba, conversaba y despachaba sucesivamente todos los asuntos que le llevaban a su conocimiento, con una calma distinta de la “non chalance”, que me mostraba de una manera práctica la verdad del axioma “vamos despacio, que estoy de prisa”. Pienso que si los negocios del mundo entero hubieran pesado sobre sus hombros, habría procedido de igual manera. Parecía un hombre abstraído del bullicio, y era de este solo punto de vista, si me es permitida la alusión, semejante al más grande de los generales de nuestro tiempo”.*

Parece innecesario aclarar que no sostengo que nuestros escritores deban escribir sentados en una cabeza de vaca, y acompañándose de ginebra —o caña— y mate. Es la actitud espiritual de Artigas la que subrayo. Esa su capacidad genial de apoderarse de lo íntimo de las formas vitales de su ambiente y de penetrar en la interioridad del mismo, sin mimetizarse y creando —en el sentido más hondo del término— desde esa realidad. Todo lo cual supone afirmar que es posible esta postura creadora en el escritor nacional, que puede crear desde su propia realidad circundante en el sentido que ésta le impone, sin perder su facultad crítica, sin negarse a las necesarias influencias extranjeras y sin caer en las fáciles exaltaciones de lo nacional. Es posible abonar esto con variados ejemplos, pero recordaré sólo dos nombres: Javier de Viana y Florencio Sánchez. (Es cierto que tanto en la obra de uno y otro abunda tanto lo bueno como lo malo; es cierto que ambos, pero especialmente el primero, se ubicaron a veces en la situación de convivencia por mimetismo; es cierto que los dos pagaron tributo a una falsa e insuficiente asimilación de corrientes europeas, pero si

nos atenemos al conjunto de sus obras, es innegable que mostraron caminos de perdurable autenticidad, y hasta es posible afirmar que muchas de sus debilidades parciales no hacen más que subrayar la grandeza del conjunto de sus obras). Y de los personajes creados por Viana y Sánchez, señalaré como ejemplos sólo a los dos Zoilos, el de “Gaucha” y el de “Barranca Abajo”, y a la Martiniana, de esta última obra. Conceptúo a estas tres, verdaderas “criaturas artísticas” con una estatura humana y estética que las haría reconocibles como tales en cualquier parte, y, sin embargo, han sido arrancadas de lo más entrañable de nuestra tierra y sus creadores no se han complacido en personificar en ellos “las virtudes de la raza”. (El Zoilo de Viana es visto por el autor como un ser cercano a la animalidad, casi como una terrible floración del hosco bañado en que vive. Huraño y solitario, lo mueven instintos más que sentimientos. No es horrible a fuerza de ser verdadero, ¿pero qué virtudes podrían radicarse en él? En cuanto a la Martiniana —ejemplo estudiando de la utilización por el autor del habla popular— es obvio que no es para Sánchez dechado de virtudes).

Pero es necesario terminar estas notas que han ido tomando más extensión de la que yo pensaba que habían de tener, y que, sin embargo, tienen, lo sé, lagunas, insuficiencias y afirmaciones que requieren mayor elucidación. Concluyo, pues, afirmando algo muy simple, pero olvidado de puro sabido y que por sabido y olvidado ha terminado por perder su poder actuante. Debemos asimilar en profundidad y vitalmente aquellos bienes culturales que tienen que venir de afuera, ya que nuestra tradición no los ofrece. Pero debemos hacerlos funcionar concretamente, sobre nuestra realidad, aquí y ahora. Creo que es la única manera de no ser extranjeros no ya en nuestra tierra sino en el mundo. Es obligación nuestra conocer profundamente a Homero y servirnos de él para comprendernos mejor a nosotros. Unica manera de no convertirlo en una especie de sub producto arqueológico. Diferenciarnos hasta adquirir rasgos inconfundibles y propios, no implica exclusión de la simpatía humana que homogeneizando religa. Porque, creo que decía Aristóteles, conocemos lo que las cosas tienen de iguales por lo que tienen de distintas, y lo que tienen de distintas por lo que tienen de iguales.

## DOS FORMAS DE LA INFIDELIDAD

por  
WASHINGTON LOCKHART

Nuestra calidad de mestizos suele manifestarse en las formas más intempestivas. Estalla a veces en una devoción abrupta e incondicional ante las novedades que nos concede la venerada cultura occidental, para refugiarse en otras en una seráfica complacencia ante nuestras más inverosímiles virtudes. Entre esas dos posiciones, pueden improvisarse las posturas más variables; pero en todas ellas se sigue transparentando, mezcladas pero no combinadas, esas dos tentaciones, ese doble desenfreno de nuestra extrema conciencia adolescente.

El vicio original reside sin duda alguna en encarar y plantear nuestra situación en base a experiencias que la desconocen o soslayan. Un grave olvido de lo que somos y de lo que fuimos, y una amenaza latente para la frágil autenticidad de lo que podemos ser en un mañana que nada garantiza.

Sin el propósito de intentar ahora deslindes y puntualizaciones que exigirían minuciosas cautelas, se nos ocurre útil glosar dos ejemplos recentísimos de esos frecuentados extremos de nuestro vaivén crítico; dos ejemplos entre tantos, más ilustrativos quizá que significativos, pero que servirán empero para fortificar nuestra prudencia y para desbrozar algo un camino que cuenta ya, de por sí, con naturales y no desdeñables amenazas.

Sírvanos primero el de un joven poeta conterráneo, Ricardo Paseyro, quien nos asestara hace poco en las páginas de "Marcha" una encandilada "visión actual del destino de Europa". Conocemos a Paseyro lo suficiente como para perdonarle sus ocasionales excesos; hemos tenido el gusto de comprobar, no hace mucho, que es capaz de retribuir, llegado el caso, pedradas con poesías, y ambas cosas, por cierto, dignas de consideración dentro de sus géneros respectivos. Por eso lamentamos que sea precisamente él quien

resulte ahora protagonista de un desliz ejemplar.

Luego de afirmar que quien no crea hoy en Europa (reducida extrañamente a Inglaterra, Francia, Italia y Austria) "sólo tendría razones para desesperar", emprende Paseyro una apasionada defensa de Francia, país que, según afirma "sigue siendo el más inteligente del mundo (...); el único país del mundo que incluso en su vida práctica se rige por valores trascendentes. (...) Los políticos gobiernan apenas el inmediato vivir cotidiano; (...) el alta profunda de Francia la orientan hoy, como siempre, sus artistas, sus poetas, sus filósofos". Luego de poner como ejemplo cimero los cuadros de Picasso, agrega: "Por su respeto santo a lo esencial, por su amor hondo, impar, a las cosas bellas y fundamentales, Francia es además un país grande, un país moral, profundamente moral, eminentemente moral". "La más bella, la más estupenda lección de mi vida (fué la unánime protesta de los franceses) ante la ejecución de los Rosenberg". Luego de enseñar un artículo de "Le Monde" que considera ejemplar, termina recordándonos que "la tragedia del sudamericano es no comprender que la luz, en general, viene de Europa, y que la luz sudamericana es, salvo excepciones, sólo una luz refleja".

Podríamos colaborar con Paseyro, aunque sin su deflagrante entusiasmo, en un novísimo redescubrimiento de la "inteligencia" francesa; no somos, de ningún modo, insensibles a sus encantos; pero preferimos por el momento, fieles a nuestro oficio de serviles espejos, reflejar algunos de los más confirmados resplandores que nos llegan de donde nos llega "la luz en general". Simultáneamente con el reportaje a Paseyro, en "Esprit" de diciembre de 1953, Michel Crozier, en un artículo que titula "Estancamiento francés", se dirige a esa inteligencia sin ilusión que lee "Le Monde" y que no quiere que Francia muera". Refiriéndose a las pretensiones de hegemonía universal que le endosa Paseyro, recuerda que "la inteligencia, por el momento todavía, tiene patrias"; que "pretender una inteligencia universal es un acto de fe extraordinariamente ingenuo. Eso se comprendía en las épocas de Descartes y de Voltaire, cuando todo el universo civilizado aceptaba las normas de nuestra cultura. Pero, en la situación actual, no se trata finalmente sino de una auto-mistificación bastante mezquina. Pretendemos ahogar nuestra desesperación en océanos de lucidez universal. (Y cuando aplicamos nuestras normas), ¿estamos seguros

que no permanecemos prisioneros de nuestras categorías lógicas nacionales”?

Respiremos, pues; no hay países “más inteligentes”, sino de inteligencia diferente; devolvamos la esperanza a nuestra desdénada peculiaridad. Pero, ¡perdón!; dejemos que sean los mismos franceses quienes nos iluminen, como ahora corresponde al respecto.

¿El entusiasmo por los Rosenberg? Muy bien; pero, “seamos sinceros”. Las nobles actitudes ante la Embajada de los E.E. U.U. no borrarán nuestros propios crímenes, las masacres del Constantinois y de Madagascar, Haiphong, los horrores de la guerra de Indochina, Ferhat Hached, Casablanca. Ni siquiera podemos declarar en conciencia que hemos sabido desplegar tanta pasión en ocasión de esos atentados contra la justicia y la humanidad de los que éramos directamente responsables, como por este asunto que no nos incumbía. ¿Qué responderemos el día en que se nos diga: —Dejad al resto del mundo soportar el peso de sus crímenes y cargad con los vuestros que los tenéis en buena cantidad?”

Así opinan los franceses (los Crozier son legión) de su propio país, tan “profunda, tan eminentemente moral”, como creyó verlo con alegre prisa nuestro compatriota Paseyro.

¿Y qué opina Crozier de la artisto-cracia redescubierta por Paseyro? “La inteligencia francesa gusta velar celosamente sobre la moda de los libros, de los sombreros, y de las maneras de hacer el amor y las revoluciones, pero su primacía no es tan fácilmente reconocida como antes”. Pero, ¿no son pues Picasso y compañía quienes orientan “el alma profunda de Francia”, incluso “su vida práctica”? “Recordemos la embriaguez de la Liberación —con- testa Crozier— la poesía y la pintura abarcarían el mundo. Tan pocos años que han transcurrido y veamos los resultados: la vulgaridad del público de la Rose Rouge, Prévét, poeta oficial de la IV República, y Saint Germain des Prés, representando seriamente su papel de Pigalle de la élite”. Y no hablemos del “aspecto sórmentor o conductor, el arte de los mejores “es un incesante sarcasmo. Es acusación, destrucción, humor negro, masoquismo de- afirante. Picasso, lejos de ser el líder de la sociedad francesa, “se afirma y se salva en la medida en que puede escapar a esa socie- dad”. “Il se dérobe toujours”. “El arte de Picasso, como el de

Braque o el de Bazaine, o el de cualquiera de nuestros contemporáneos ¿es otra cosa que un oasis fuera del tiempo, un rincón de infancia donde refugiarse, una excusa para no vivir?” Paseyro, por una extraña omisión, vió a Picasso sólo como afirmación, y no como la réplica dramática que principalmente es; Paseyro se dejó seducir por la “crisis del orgullo” que, según Crozier y tantos otros, hace que la Francia de hoy se vaya desacompañando con su época, al persistir, en su más llamativa dimensión, cultivando especialidades artesanales aristocráticas, industrias y artes de lujo para una secta de espíritus pseudo-refinados. Entre estos selecciona Crozier a “esos hijos de familia burgueses que adoptan las posiciones más extremas en arte y en política para distinguirse de su medio; pero que, después de las inevitables vueltas de la existencia, terminan siempre por ser conocidos por lo que nunca habían dejado de ser (...): el mejor sostén de su clase”.

Crozier exhorta, para terminar, a “aceptar sin pena nuestra declinación, lo que nos permitirá quizá adquirir el pudor necesario”.

Nosotros, con esa “grave solemnidad, esa falta de humor y esa importancia de que se invisten tantos y tantos sudamericanos” (Paseyro dixit), nos resistimos, en atención a las “luces” recibidas, a toda clase de admiración masiva. No dejaremos de dar a Francia lo que es de Francia, como a Paseyro lo que es de Paseyro; pero reclamamos su cuota para el olvidado Uruguay. Humildad no significa ciego acatamiento a galas que suelen no quedarnos bien. Ciertamente esas galas pueden procurar algunas facilidades rentables; pero no podemos creer que haya sido esa la intención de Paseyro ¡no podemos creer que, uniéndose al coro de los fatuos adoradores del “dernier cri”, contribuya a reforzar su mendicante algarabía. Abona nuestra confianza alguna afirmación que deja filtrar al final de sus declaraciones: “para hacer una síntesis, se requiere poseer previamente los elementos a sintetizar, luego, elaborarlos”. Su error es creer que podemos incorporarnos, sin más ni más, esos “elementos”, importándolos de países en donde, a su vez, son resultado de síntesis y elaboraciones seculares. Esos “elementos” surgirán, si es que surgen, de una generosa inmersión en nuestra más entrañada realidad; la atención a lo ajeno, siempre necesaria, sólo puede ayudarnos a discernir mejor en ese magma indígena. Sí, es cierto: es indiepsnsable “adquirir conciencia de nuestra inopia”, pero no para

buscar una curación colgándonos al cuello la piedrita alcanforada de una cultura extraña, sino para cultivar con más esmero y con más amor nuestras indigencias. Muchas admiraciones incondicionales de productos foráneos más o menos indigeribles, nacen de un desapego por lo nuestro que, cuando no es aleve desamor, es, simplemente, impotencia consentida. La fidelidad, después de todo, tiene también su técnica.

En el otro extremo del espectro, encontramos quienes, como Eduardo Couture —de quien acaba de publicarse “La comarca y el mundo”— no vacilan en alzar entre sus manos reverentes, “ese algo imponderable y sutil” al que bautiza unciosamente “cultura uruguaya”. Couture declara no desear caer en panegíricos unilaterales; intenta recusar, conciencia en ristre, a toda clase de chauvinismo cándido y cegatón; pero a pesar suyo, o con secreta complacencia, sus opiniones rezuman un penetrante, adormecedor optimismo, optimismo que viene a heredar, en intención y empaque, a aquel otro que enderezara sus loas al socorrido blanco de “nuestras playas” y de “nuestras mujeres” o al de la impensable “Atenas del Plata” con que, en alguna dadivosa imaginación, se enriqueciera un día nuestro acervo geográfico.

Couture nos propone ahora el optimismo menos creíble aún de nuestros “gobernantes pobres”, de la seguridad, social y de la otra, conseguida nada menos que para “varias generaciones de uruguayos”, y de un sistema cuya “nota más clara” sería la “política del espíritu” que predominaría en nuestros procesos educacionales. Según el autor, “el Uruguay es un campo de ensayo de grandes conquistas sociales”, “da normalmente hombres que no conocen las sensualidades del lujo, pero que tampoco conocen las grandes miserias e indigencias” (!) Nuestro país —según Couture— “sabe que sólo se puede salvar por el espíritu y por la disciplina de sus escasas energías” (“La Mañana; febrero 21, 1954). Reitera en “La comarca y el mundo” una increíble confianza en la “inteligencia bien desarrollada” del Uruguay (pese a “sus debilidades, de las que —dice con blanda indulgencia paterna— nadie está libre”), en “nuestros servicios públicos pertenecientes a la comunidad” (!), y en la “cierta significación” que tiene este bienaventurado país para el asombrado extranjero.

Nosotros, que a veces renegamos de los misioneros de la desesperación, tan afectos a importar desesperaciones último modelo,

llegamos, ante esa exultante hipertrofia de la esperanza, a invocar aquel estimulante, por lo menos, pesimismo. Dejemos que sea Bernanos quien lo diga por nosotros (“La liberté pour quoi faire?”):

“Para estar prontos a esperar lo que no engaña, primero hay que desesperar de lo que engaña. ¡Y bien! Yo os invito a desesperar de vuestras ilusiones; pongo así la desesperación al servicio de la esperanza. Pedís remedios. ¿Para qué buscar juntos remedios a vuestros males, si no sabéis de que morís?”

“El optimismo es un ersatz de la esperanza, que puede encontrarse fácilmente en todos lados, hasta en el fondo de una botella. Pero la esperanza se conquista. No se va hasta la esperanza sino a través de la verdad, al precio de largos esfuerzos y de una larga paciencia. (...) La más alta forma de la esperanza, es la desesperación sobrepasada”.

Reconocemos en Couture la posibilidad —aunque demasiado relegada— de desesperarse ante lo desesperante. La comprobamos en las páginas 28, 29, 88, 142 y 143, en las que menciona la miseria denigrante del indio americano, nuestra democracia impuesta “de arriba a abajo”, nuestros partidos políticos erigidos en “instrumentos de administración”, el Estado conspirando contra la salud material y espiritual del pueblo (A.N.C.A.P. y quinielas), “el ablandamiento por el goce de los bienes materiales” y alguna otra minucia por el estilo.

Pero hubiera sido preferible no rozar siquiera esos temas, a tratarlos con tan liviana displicencia. No buscamos ser duros con quien, como Couture, goza de merecido aprecio por su abierta inteligencia y por su generosa cordialidad, a cuyo influjo no podemos quedar indiferentes; pero esas mismas virtudes tendrán que hacerle comprender nuestra resistencia ante toda simplificación abusiva de nuestros problemas, ante toda aderezada anestesia (el mismo Couture, sintomáticamente, habla alguna vez de la “ilusión” del arte), administrada a un mundo sobre el que gravitan tan inolvidables amenazas.

La fidelidad, en Couture, equivocó el procedimiento; y es que no alcanza a ser, la suya, fidelidad acendrada y vigilante; su a veces enternecida visión de la “comarca”, consigue consolarse demasiado pronto con las migajas de un ingravido progresismo y de una concepción meramente acumulativa de la cultura.



Quienes, como Couture, confunden al Uruguay con su máscara más banal, o quienes, como Paseyro, buscan en Francia una versión esquisita de lo que debe buscarse, aunque a duras penas, entre nosotros, adolecen de la misma desatención a esa realidad circundante desde donde la divinidad nos incita con su alucinante misterio. Oblicuos y esquivos, los dioses moran allí donde la inquietud de nuestras manos y el fervor de nuestro yo despiertan en el fondo de los seres y de las cosas su más genuina promesa. En esa cálida convivencia, se define y depura nuestra realidad másagrada. "Dios anda entre los pucheros" —decía Santa Teresa—; pero así como no es esa una razón para ponerse a adorar los pucheros ni a quienes se sirven de ellos, menos lo es para, decepcionados, ir a buscar a Dios lejos de ellos, es decir, lejos de nosotros.

Eliseo Salvador Porta, sintiendo en carne propia esa verdad, declaraba su necesidad de volver a su pueblo, porque sólo desde allí se sentía capaz de abarcar el universo; en todo otro lugar, siempre estaremos de paso, como Porta lo estuvo, durante veinticinco años, en Montevideo. El cumplimiento de nuestro destino supone la asunción irrestricta de la circunstancia en que vivimos; supone siempre una asceais, una contracción vital, que no se deje tentar por las vanas e insustanciales conquistas de una libertad no comprometida; "quien no es fiel a si mismo y a su país —específica Jaspers— no puede serlo a nadie". La entereza —integridad— de nuestra acción, es incompatible con un versátil donjuanismo, senil o pueril, que amenace distraernos de nuestros compromisos vitales ineludibles. Sólo aceptando la estrechez de nuestra condición, sólo asumiéndola sin subterfugios, sin buscar exaltarla rodeándonos de ilusiones postizas, podremos ir dando a nuestra vida el estilo que mejor la expresa, un desarrollo que no resulte incompatible con ninguna clase de promesas. No se nos ocurrirá entonces vanagloriarnos de una "madurez" de cuya índole no tenemos, ni podemos por ahora tener, ninguna noticia verosímil.

## FORMACION DEL PENSAMIENTO RACIONALISTA DE JOSE P. VARELA

por  
JESUALDO

Generalmente se ha sostenido que el viaje de José Pedro Varela —el fundador de nuestra escuela democrática— a Europa, y su conocimiento de Domingo F. Sarmiento, fueron los hechos más importantes de su formación cultural. Ningún biógrafo hasta ahora, sin embargo, ha revisado la formación cultural de su primera etapa, el proceso de su asimilación racionalista y la aportación doctrinaria de sus ideas y polémicas en la preparación de nuestro medio cultural anterior a la Reforma. Nuestro intento en este análisis es rastrear los valores intelectuales que influyeron en su ideario y señalar, paso a paso, como se realizó esa asimilación en su pensamiento, casi totalmente desconocido, y el alcance que logra en su lucha pre-reformista.

José Pedro Varela se inició literariamente, publicando poemas de ocasión en la revista *El Iris* <sup>(1)</sup> en la cual —y todavía con su verdadero nombre *Pedro José*— publicó una "improvisación" a una niña de sociedad, de bella voz ("... para expresar mi idea me falta inteligencia — para sentir tu canto me sobra corazón", julio 31 de 1864) que conmoviera su alma. Los versos si fluídos, no sobrepasan de un romanticismo familiar, casi intrascendente, a través de los cuales se advierte la presencia del estro de los rioplatenses Mármol y Gutiérrez, de Espronceda y de algunos otros. Sin embargo, poco más adelante, estas voces se crecen y no es difícil

(1) Esta revista literaria (cuadernillo de 16 páginas), la dirigió Agustín de Vedia y apareció desde el 1.º de abril de 1864 hasta el 31 de enero de 1865. En esta fecha se suspendió su publicación "en vista de la situación porque pasamos... —dice un editorial— incompatible con la aparición de un periódico literario que nadie lee ni puede leer", porque de Vedia entendía que se vivían "momentos supremos", y que "era otra la misión del ciudadano". N.º del 31 de enero de 1865, pág. 322. Montevideo.

encontrar pensamientos con preocupaciones de orden filosófico, con problemas metafísicos, y, casi en seguida, sobre la pauta de los grandes románticos franceses, "meditaciones" y "contemplaciones" *victor huguiñas y lamartinianas*. Es de este momento en adelante, cuando su pensamiento empieza a racionalizarse: "¿Por qué, Señor, tu mano bondadosa — que ofrece al afligido la esperanza; por qué, Señor, a desterrar no alcanza — la duda que corroe el corazón"? (2), aunque cinco meses más tarde, dice: "mi fe que vacilaba se reanima...", y a pesar de que en la búsqueda de la justicia divina "ya empezaba mi fe a desmayar... — al lanzarme al abismo de la duda — tu mano poderosa me tocó..." (3).

Es evidente que Varela vivía angustias y sobresaltos en esos momentos de su formación juvenil. Las contradicciones que estaba viviendo eran las mismas que vivían los demás jóvenes inteligentes y preocupados, montevideanos, bajo el influjo de la corriente racionalista, en su proceso del teísmo al deísmo; es decir, en su paso de la aceptación religiosa y la revelación, a una tendencia cada vez mayor a "restringir la intervención de la divinidad, tanto en la creación del mundo como en el gobierno de las acciones humanas" —que era el mismo por otra parte que ya había vivido Europa—, como así explica este proceso Arturo Ardao en escritos aún inéditos (4). En nuestro medio, siempre atrasado en la incorporación de los movimientos filosóficos o sociales europeos, justificado por las condiciones sociales, precarias, en que se desarrolla, la crisis de la fe se produce en el transcurso de 1860 en adelante, el mismo proceso que vivió Europa en el correr del siglo XVIII. Y aquí la preparan las disensiones entre el catolicismo y la franc-masonería, en especial entre los jesuitas y los masones, de 1859 al 60, que "crean y estabilizan una honda división en el seno del catolicismo uruguayo" —dice Ardao—. Y ese antagonismo, que este autor cree muy fuerte, "ejerce su influencia y hace su obra en todas las clases o esferas de la sociedad, desde la política hasta

(2) "A la señorita Ventura Estrázulas"; *El Iris*, N.º 8, julio 31 de 1864, pág. 128.

(3) "Contemplación", *El Iris*, N.º 17, 15 de diciembre de 1864, pág. 272.

(4) Con el *Proceso del Racionalismo en el Uruguay — Evolución filosófico-religiosa nacional*, todavía inédito, Arturo Ardao, agrega un nuevo e importante capítulo a sus estudios sobre nuestra formación filosófica, iniciado en obras anteriores.

el hogar, en cuyo recinto entra dividiendo apasionadamente las propias familias" (5). Los resultados inmediatos de esta creciente tensión, concluye en tal sentido Ardao, fueron, por un lado, la expulsión de la Compañía de Jesús, victoria masón; y por otro, la exaltación al Vicariato Apostólico, de Jacinto Vera, sostenido por los jesuitas. Vivíamos en tal instante de las angustias filosóficas de Varela, "el siglo XVIII europeo en el tercer cuarto del siglo XIX...".

Varela estaba en esos momentos en la misma situación que dice Vázquez y Vega se encontraba también él, en 1879: "tratábamos de saber si podía existir una certidumbre o creencia religiosa, sin una fe dogmática y autoritaria de las religiones positivas", lo que a no dudar advirtieron bien pronto, a juzgar por su afirmación: "existe una religión verdadera que es la religión filosófica, que se hermana con una fe también filosófica, esa religión es la religión del deber, o la religión natural; existen muchas religiones falsas que son las religiones reveladas o positivas que a su vez se hermanan con una fe también infundada y errónea" (6).

En nuestro país la infiltración racionalista no se produce, sin embargo, a través de sus propios creadores: de Descartes y Locke a Pope y Voltaire, por ejemplo, y del deísmo al agnosticismo y ateísmo: Diderot y la *Enciclopedia*, etc. Aquí se produce, podríamos decir una infiltración de segunda mano, a través de los escritos del chileno Francisco Bilbao, en especial su libro *La América en peligro*, como lo ha denunciado y documentado, correctamente, Ardao. En Bilbao, "proféticamente iluminado por *El libro del Pueblo*" de Lamennais... culmina el proceso continental de la crisis de la fe que remonta sus orígenes a la Revolución. Es la figura de mayor influencia en el racionalismo uruguayo de la época". Bilbao, que hasta las investigaciones de Ardao no había sido si quiera citado entre nosotros, cuanto más señalado como capaz de tan preponderante influjo; que en París visitó a Quinet, a quien llamó "padre", correspondiendo al hijo con que le llamara el pensador francés; que vivió una vida agitada de incitaciones y rebeliones, de encendidos panfletos, de egolatría mesiánica girondina

(5) Cap. X de la ob. cit.: "Masones y Jesuitas del 50 al 60".

(6) Ardao, ob. cit., transcribiendo un artículo de Prudencio Vázquez y Vega, aparecido en *La Razón*, del 12 de agosto de 1879.

(el término magníficamente definidor es de Ardao), y de destierros; que muere tísico a los cuarenta y dos años; este chileno, digo, fué el que encendió la luz racionalista también en nuestro país, como ya lo había hecho en el suyo y en otros de América, y quien, desde Buenos Aires, incitaba a la juventud contra el dogma y la revelación.

El libro a que nos hemos referido se publicó en aquella ciudad, en agosto de 1862, y fué objeto de entusiasta recepción en Montevideo, en la revista literaria *La Aurora*, que dirigía José Antonio Tavolara. Esta publicación “que contaba entre sus colaboradores activos o nominales, a los principales hombres de letras de la época”, lo comentó en octubre del mismo año, más o menos por la fecha que una pastoral del Obispo de Buenos Aires prohibía la lectura del libro. Para los comentadores de *La Aurora* —por voz del poeta L. Lapuente— *La América en peligro* era “una columna de fuego que, como la de Masaya, se levanta a los cielos para fortalecerse en Dios y alumbrar la verdad en la tierra. Es la voz del profeta de la democracia, ardiente como la libertad y severa como la justicia; que habla a la América, interroga a Europa, exhorta a los pueblos y confunde a los déspotas” (7). Desde entonces —y cada vez más ante nuevos trabajos— Bilbao quedó unido a la intelectualidad uruguaya, como su profeta y mentor. Las dos palabras fundamentales de su ideario eran racionalismo y república. “Su doctrina —dice Ardao— se forma de tesis simples. El pasado de América es la Colonia, la Colonia es España, la España es la Edad Media: oscurantismo religioso y absolutismo político. El futuro debe ser Francia, la Francia de los pensadores deístas y los revolucionarios republicanos de los siglos XVIII y XIX, o Estados Unidos, los Estados Unidos de la libertad política y religiosa, de la democracia y del libre examen. El presente es una contradicción viva, una mezcla de pasado y de porvenir, una antinomia que hay que superarla: la forma política republicana en relación con la forma religiosa católica” (8). Como vemos, estas banderas republicanas y racionalistas son las mismas del republicanismo francés de la época. Para Bilbao, “la desarmonía entre lo religioso y lo político en América”, era lo que constituía “la debilidad y el pe-

---

(7) Ob. cit., Cap. XII, “De la religión revelada a la religión natural”.

(8) Ob. cit., Cap. VII, “El racionalismo en América”.

ligro de ésta. Preciso es consagrar el Racionalismo sobre las ruinas de la Iglesia, para poner de acuerdo el espíritu religioso con las instituciones políticas". Ese, y no otro, ha de ser el Evangelio Americano.

Hemos querido exponer con cierta detención estos conceptos, porque en ellos vamos a encontrar la base ideológica de la primera etapa formativa del pensamiento y de la cultura de Varela. Las relaciones directas de Bilbao con nuestra juventud, quedó documentada con una carta del 10 de mayo de 1863 (pero que recién tres años más tarde, Tavolara se animó a publicar), en la que reafirma la rectoría de América en la dirección del mundo y en donde señala que ojalá "la locomotora del progreso no se descarrile si tropieza con la lanza del caudillo". Esta locomotora de Bilbao, de aquí en adelante, va echar mucho humo en nuestro País. Varela recogerá esta imagen, y no la olvidará cada vez que en algún artículo mire hacia el porvenir proféticamente. De las revistas, saltó Bilbao a las cátedras universitarias. En 1882, Daniel Muñoz señalaba esa época como desde la que databan "las corrientes ultraliberales y racionalistas", que predominaban en el espíritu de la juventud. En realidad, estas corrientes, como vemos, databan de más atrás.

Entre los adeptos de esta prédica de Bilbao —hasta convertirse poco después en enfervorizado discípulo— se cuenta José Pedro Varela, y en cuya iniciación literaria en *El Iris*, vimos los primeros síntomas de ese racionalismo deísta. Sus meditaciones sufrieron una primera pausa con el cierre de *El Iris*, ante los momentos oscuros que vivía la República. Triunfante la Cruzada Libertadora, que paseó su estandarte con la efigie de la Virgen María, que presagiaba el auge del catolicismo, y elevado Vera al obispado, que señalaba la victoria jesuíta, la juventud liberal y de pensamiento progresista tenía por delante un incierto porvenir y un campo de batalla cuyo alcance desconocía.

Sin embargo no se puede considerar la iniciación de Varela como escritor hasta que no aparece *La Revista Literaria*, semanario que nuevamente dirige Tavolara y del que forma parte un grupo de jóvenes talentosos e inquietos, entre los cuales Varela, que aparece entonces con el nombre que había de usar definitivamente:

José Pedro <sup>(9)</sup>. Escritor de vena fecunda y ameno estilo, con facilidad para vulgarizar conceptos, libros e ideas; gran trabajador, como reconocen sus propios compañeros de redacción <sup>(10)</sup>, se echó encima el mayor y más pesado trabajo durante un año, publicando poemas, crónicas semanales que firmaba con el pseudónimo de *Cuasimodo*, ensayos de distinta naturaleza, notas de viaje, etc., trabajo que acabó abrumándolo, y ambos —revista y escritor—, poco menos que odiándose. No obstante la brevedad de esta etapa, es fundamental para conocer y apreciar su rápida madurez filosófica, la superación de sus pasos y la firmeza de muchos de sus mejores conceptos, ya entonces, los que sólo se iban a perfeccionar, progresivamente, en su viaje y trabajos posteriores.

Desde los primeros números de la revista, se inaugura en sus columnas más como deísta que como racionalista, todo él vertiendo bilbaísmo. De Varela, entonces, sí que se podría decir lo que dice Bilbao en su Dedicatoria de *La América en peligro* a Quinet y a Michelet: “palabra de vuestra palabra” <sup>(11)</sup>. A un artículo exaltando la crucifixión de Cristo, y eso a pesar de que “nuestra pluma es estéril para la descripción de tanta sublimidad, de tanta belleza y de tanta religión”, se une un poema “a imitación de Ricardo Gutiérrez”, sobre la Caridad, como “fruto del amor” que será premiada por Dios, y una reafirmación de la fe religiosa, en unos “fragmentos de unas impresiones de viaje” por el Paraná, en donde declara el valor de tal estimulante para luchar contra “los baluartes del despotismo” <sup>(12)</sup>. Sin embargo, en este mismo número de la revista, la presencia del fiscal le hace anotar un paso adelante: “La República camina. La libertad progresa. El

(9) En cuanto a este cambio de nombre, más que el sentido eufónico, tal vez predominara en el joven, el orgullo patricio de los Varela y Ulloa (antiguo comisionado real de Carlos III), a estar por algunas referencias biográficas, ya que, se dice, nuestro poeta prefería no llamarse como el almacenero Pedro Varela, de la esquina de su casa...

(10) En uno de los últimos números de la Revista (el 53, del 29 de abril de 1866, pág. 812), y tal vez ya planteada la crisis de Varela con la Dirección de la misma, al hacer el balance de su realización, se destaca la ayuda de los colaboradores entre los cuales ha descollado José Pedro Varela” —agregan—; en el mismo número en que éste noticia su posible separación de la redacción.

(11) *Obras completas de Francisco Bilbao*, Imp. de B. Aires, 1865, T. II, pág. 173.

(12) *La Revista Literaria*, Montevideo, Año I, N.º 2, mayo 14 de 1865, pág. 6.

catolicismo cae. Los imperios se bambolean...”, como se puede ver traducidos en la tesis de Bilbao y en su propio estilo de frases cortas, incisivas y radicales.

Su encuentro con el chileno, va ser denunciado en cada nuevo paso de su pensamiento. En esta misma edición, en un soneto “Duda”, del 1.º de julio de 1846: “Tú que... (aquí se puede agregar todo lo que se cree capaz de hacer Dios). ¿Quién eres? ¿Dónde estás? Indiferente — ¿cómo ves, si eres bueno, al afligido? — Si eres justo y leal ¿cómo consientes — que oprima la maldad al desvalido?”; y termina: “Pregunto a mi alma y permanece muda” <sup>(13)</sup>. De la misma manera (y con la sola diferencia de su profundidad o grandeza) se habían preguntado en Europa los hombres del 1700, frente al optimismo de Leibnitz. Y todavía, en este mismo número, Varela inició la revisión de los sucesos de la semana, bajo el pseudónimo *Cuasimodo*, homenaje de admiración casi mística a Hugo, al que creía un Dios, como nos lo revelará más tarde. Estas crónicas, que aparecieron inexorablemente, son reseñas bastante frívolas, casi linderas a lo cursi muchas, apasionadas y peleonas algunas, y versan sobre los acontecimientos provincianos de la semana: bailes, personajes de las tertulias, funciones de teatro, etc. Pudieran parecer a alguien, con cierta buena fe, notículas semejantes a aquellas del testamento de Thomas Graindorge, Taine, en especial las sobre salones o conciertos. Pero no creemos que éstas —apenas publicadas en París— siquiera hubieran llegado al Río de la Plata en esta fecha.

Mezclando sus angustias poéticas (que no sabemos si correspondían a aflicciones reales, en verdad), como en esa “Ausencia” (“¡y ya no volverás! Y nunca, nunca — tus ojos pardos volveré a mirar”), con sus semanas de *Cuasimodo* y con las traducciones a Hugo y Byron, señala en “La sanción del crimen”, su entusiasmo por Juárez y su republicanismo, eco muy cercano de las páginas de Bilbao en las que hacía poco señalara, a raíz de la expedición de Maximiliano a México, el peligro que tales entronizaciones suponían para el continente <sup>(14)</sup>, sintetizando la preocupa-

(13) Ob. cit., pág. 12.

(14) “Méjico monarquizado amaga a los Estados Unidos y a las Repúblicas del Sur, y con el apoyo de la Francia Imperial, amenaza al mundo con la exterminación de la República...”, escribía Bilbao, *obras completas*, T. II, pág. 180.

ción del Chileno en estas palabras: “¡Cuántos oprimidos hay que libertar! ¡Cuántas cadenas que romper! ¡Cuántos ídolos que derrocar!” (15).

Y como la lucha política es inseparable —ya vimos— de la religiosa, en el número siguiente, Varela tratando “De la libertad religiosa”, señala su incredulidad de que se pueda llegar a la libertad política, a la libertad social, bajo la tiranía religiosa, asentando su afán: “todos anhelamos llevar un auxilio pequeño o grande, en favor de las ideas de progreso y libertad”. Pero su advertencia ya no es solamente la de un literato entusiasta con las ideas liberales, sino que es la de un sociólogo —el que apunta en cada nuevo artículo de este joven romántico—, y como consecuencia, enfila sus preceptos a la realidad educacional de su tiempo, en su medio, para criticar a quienes se les encarga tan delicada misión y no se les exige más títulos que “una sotana”. “Nosotros no queremos —escribe entonces—, como el catolicismo ahogar la voz en la garganta de nuestros enemigos... sólo queremos que se escuchén nuestros argumentos; que se examinen a la severa luz de la razón”, reclamando a continuación la difusión del “evangelio verdadero, el código republicano que dictó Cristo a la Humanidad” (16); todo lo cual no está reñido con su “Consuelo”: “el pensamiento — nos lo da la bondad del Hacedor” (17).

A la defensa de la libertad religiosa, seguirá la de la libertad económica, y, buen hijo de la burguesía progresista de su tiempo —a lo Voltaire: por un lado cuestionando contra dogmas y revelaciones y por otro invirtiendo buenos luisés en el tráfico mercantil—, señala la importancia de la economía política en la democratización de los pueblos, ya que su objetivo es el de iluminar la conciencia del pueblo sobre sus verdaderos intereses y de deslindar bien los poderes del gobierno con respecto a las libertades económicas —como así define esta ciencia— (18); y piensa “que la moralidad de que gozan”, de modo que crearle riquezas a un pueblo es mejorar su moral, cosa que no se puede conseguir sin libertad religiosa. Lo demuestra, por vía de ejemplo, la ley de res-

(15) *La Revista Literaria*, N.º 3, mayo de 1865, págs. 48 y sgtes.

(16) *Ob. cit.*, N.º 4, mayo 28 de 1865, pág. 62.

(17) *Ob. cit.*, N.º 5, junio 4 de 1865, pág. 78.

(18) *Ob. cit.*, N.º 7, junio 18 de 1865, págs. 109 y 110.

tricciones bancarias —que se está sufriendo—, que ha estancado la fundación de bancos, y en consecuencia, el desarrollo de las industrias y el comercio que reposan sobre la solidez del crédito bancario (19). Avidez difícil de colmar la de este joven, preocupado por todo, devorándolo todo, que no bien deja la pluma de la economía, ensaya sus vuelos líricos como en “La pasionaria”, “A un poeta”, etc., o se distrae en su crónica semanal, en todo lo cual nunca está totalmente ausente el desterrado de Guernesey, su número y maestro.

En números posteriores, Varela analiza y sienta principios sobre otro aspecto de la libertad (cuestión esencial para los liberales): la libertad de prensa. Señala los objetivos democráticos de esta necesidad, las pocas libertades de que se gozan, las “monstruosas” leyes existentes, a pesar de la protección del texto constitucional, definiendo esta libertad de pensamiento como “el derecho de tener y emitir las ideas que se juzguen verdaderas, estén o no en contra de las que tengan la mayoría” (20). Todo su pensamiento —ya el que serpentea a través de sus poemas, siempre el talón de Aquiles de su conciencia y personalidad, ya el que elabora en función de los datos reales que vive— sufre un proceso de rápida maduración al contacto con las experiencias que viven los pueblos en todas las latitudes. A Varela no le es insensible ningún dato externo. Vibra con los acontecimientos internacionales, lo mismo que con la lectura de los últimos poemas de Byron que descifra con su inglés de entrecasa, o con las últimas páginas de Hugo que le han llegado de ultramar, y traduce ávidamente para la revista. Así, mezclado con su admiración a Lincoln sacrificado en “aras de la democracia... esa democracia —agrega— que sabe llorar al que muere; pero sabe reemplazarlo inmediatamente” porque esa la “fuerza”, la “grandeza, la perpetuidad de sus instituciones” (21), sus recién traducidas páginas de *El último día de un condenado* de Hugo, que las recomienda al lector para conocer la verdad y en consecuencia hacerse libres, como rezan sus advertencias preliminares.

Promediando el año 65, viene a Montevideo a consagrar obis-

(19) *Ob. cit.*

(20) *Ob. cit.*, N.º 9, julio 2 de 1865, pág. 144.

(21) *Ob. cit.*, N.º 10, julio 9 de 1865, pág. 152.

po al "sapiéntísimo e ilustrísimo Don Jacinto Vera" — a raíz del triunfo de los jesuitas, ya señalado — el Jefe de la Iglesia Argentina. Desde las páginas de la Revista, Cuasimodo se desmanda, terciando en la vieja inquina, y deja su protesta en una "salutación": "Compañeros de Jesús, padres jesuitas, heroicos misioneros que sabéis llevar a todas partes del mundo vuestras ideas de tiranía y miseria, que en la puerta de cada casa, y en la puerta de cada conciencia, encontréis de centinela a la libertad para gritaros: atrás!" (22). Las pausas líricas, siempre doctas asistencias de imágenes, de recuerdos, o persistentes dudas que tanto cultivan los románticos, no sirven más que para acicatearle en sus salidas por el mundo de la realidad, por el campo de Montiel.

En un nuevo artículo sobre "Los gauchos", advertimos la madurez creciente del observador de los fenómenos sociales y la agudeza de quien, tal vez en función de probable Reformador, señala las causas de nuestro estancamiento moral y material. Los define sin ninguna clase de pintoresquismo y menos consideración histórica. Los cree ricos, poderosos, "si se comparan sus necesidades con los medios que tienen de llenarlas". Los clasifica como "masas simplemente consuruidoras" y cuya perpetuidad le arranca interrogantes. No los ve más que como una consecuencia de que "la civilización, el progreso, que han llegado a las ciudades americanas, se han detenido en ellas sin extenderse hasta sus campiñas..." (23). Es este, a nuestro parecer, su primer encuentro con Sarmiento, sentimos el remecimiento de las páginas de *Facundo*, señalando el "Arroyo del Medio" como el límite de la civilización argentina. E igual que Sarmiento, Varela culpa ya a la inasistencia educativa como la engendradora de estos males. Les falta escuela a nuestros gauchos. E invirtiendo los términos (como lo hizo no sólo Sarmiento, sino todo su siglo) afirma que si esparciéramos escuelas "profusamente" (¡qué desconocimiento del Uruguay del 60!) en nuestras campiñas, cambiaríamos las ideas de las mentes gauchas, "y con ellas quizás su futura ociosidad", agregando: "no necesitamos poblaciones excesivas; lo que necesitamos es poblaciones ilustradas". Finalizando: "es por medio de la educación del pueblo (aquí está incluso el título de su primer libro futuro

(22) Ob. cit., N.º 11, julio 16 de 1865, pág. 184.

(23) Ob. cit., N.º 13, julio 30 de 1865, pág. 206.

sobre la materia), que hemos de llegar a la paz, al progreso y a la estimación de los gauchos. Entonces, el habitante de la campaña a quien hoy embrutece la ociosidad, dignificado por el trabajo, convertiría su caballo hoy elemento de salvajismo en elemento de progreso y trazaría con él el surco que ha de hacer productiva la tierra que permanece hoy estéril. Y las inmensas riquezas nacionales, movidas por el brazo del pueblo, trabajador e ilustrado, formaría la inmensa pirámide del progreso material. La ilustración del pueblo es la verdadera locomotora" (24). Esta es la locomotora de Bilbao, que sintetiza las aspiraciones de los siglos XVIII y XIX, y que Varela como Sarmiento han asimilado.

La marcha creciente del entusiasmo "bilbaíno", y el ejemplo de aquella "pobre roca perdida en el mar y en la noche" (como se definió a Hugo), la atenacean en "Las Revoluciones", explicando su alcance y necesidad, como "el medio de que se han valido las nuevas ideas para derrocar las viejas tradiciones. De ahí que, a pesar de lo que ellos tienen de violencia, Varela ve que serán necesarias muchas revoluciones, porque "mientras haya despotismos entronizados y que el crimen se pasee triunfante y que la mentira y el error tengan su apoyo en la fuerza, la revolución será el símbolo del progreso" (25).

Paralelamente a su crónica social y a sus eclosiones poéticas, Varela, día a día, sigue definiendo su conducta y pensamiento. Viene tomando posición en la vida y a la luz de su postura enjuicia, socialmente, todo lo que él cree debe corregirse. Así, por ejemplo, en sus artículos "Los privilegiados" (en economía) señala que son siempre, en esta materia como en política, en moral como en religión, "una violación de la igualdad, y por consiguiente, una violación a la justicia". Por eso se declara anti-proteccionista y de filiación concurrencista (no olvidar que Varela trabajaba en la barraca de sus padres) por principio moral. La base de esta nueva actitud se la provee un reciente libro que llega a sus manos, el de Ch. Dunoyer, *La libertad de trabajo*, y su propósito es de luchar contra los gobiernos que ejercen un poder arbitrario en la dispensa de los favores proteccionistas de cualquier índole que sea. Sus ojos se dirigen entonces hacia el Norte: "que nuestros gobiernos

(24) Ob. cit., pág. 207.

(25) Ob. cit., pág. 223.

recuerden siempre que los Estados Unidos deben su gigante desarrollo a las libertades económicas y políticas que han gozado”, porque la libertad que “nos hará justos, nos hará grandes, nos hará ricos” —dice— “fecunda prodigiosamente todos los terrenos en que se arroja” (26). Esta batalla en favor del derecho de enriquecerse no le inhibe su cuarto poema sobre la “Caridad”: “la caridad es el bien — y el bien, es la luz divina!”, aunque en “Cantares” posteriores, un nuevo temblor en la fe que está y desaparece, le hace dirigirse a la “Virgen de los dolores” para que le conserve la fe que Dios le diera a quien sólo tiene “Lágrimas para darte — y esas te ofrezco” (27).

La polvareda que levantaron sus citas a Dunoyer (al parecer mala palabra entonces en nuestra pacata aldea), trajeron el lodo siguiente. Bajo el pseudónimo de *Sagitta*, un espíritu travieso empujó a Varela —poeta— a la contradicción, puesto que si la verdad es la meta hacia la cual camina la civilización (como sostenía Varela), la poesía está o estará en decadencia, porque la poesía no siempre es la verdad. Varela que cree que “todo aquello que es un error o una mentira es una rémora del progreso y por consiguiente debe combatirse”, sostiene audaz y definitivamente, con una proyección realista que tal vez escape a su propia previsión, “que si la poesía es la mentira, la poesía debe combatirse” (28). Es decir, que, o la poesía es la verdad o la poesía no existe...

Con este criterio Varela trata de reivindicar el sentido utilitario que debe tener la poesía, a pesar de que, a nuestro modo de ver, escriba entonces mucha poesía sin otra utilidad (al parecer) que su propia pequeña verdad. Podría pensarse aún que su criterio no se extiende a su efecto social, de acuerdo con la propia experiencia poética que viene viviendo (la suya es poesía de tipo amateur, de un lirismo muy personal e intransferible; casi ninguno de sus poemas por la parquedad de las ideas que encierran escapan de la esfera local); sin embargo él mismo nos aclara su posición a renglón seguido. Su pregunta de si ella “es acaso, un arte que, como la mayor parte de las religiones, permanece sorda al ronco grito de las nacionalidades oprimidas y laceradas, y que

(26) Ob. cit., N.º 15, agosto 13 de 1865, pág. 242.

(27) Ob. cit., N.º 16, agosto 20 de 1865, pág. 255.

(28) Ob. cit., pág. 257.

abriéndose con el manto de un estéril idealismo, asiste indiferente y muda a las gigantescas luchas de la humanidad, y ve impasible que se profane la pureza, que se ultraje a la moral, que se azote a la justicia, que se cimente el error?”... es una respuesta a la posición del creador en el drama humano. Para refirmarla, ejemplariza repetidamente sobre la indiferencia de muchos poetas, que llama “pintorescos extraños a los destinos de la nación”, como Julio Itálico Metastasio, Gesner... o Bembo y Sanazaro que “entonan pastorales, mientras que el extranjero arranca la espada de los reyes de Italia” (29). A esta indiferencia, el “torremarfilismo” de todos los tiempos, Varela contesta con un rotundo “No”. Y entra a definir su concepto sobre la poesía, que es el del siglo XVIII del que procede: “La poesía es la verdad. Es el entusiasmo por todo lo grande, lo noble, lo justo, lo verdadero. Es la protesta contra todas las iniquidades, contra todos los crímenes, contra todos los errores”. Esta definición, así como el criterio en general que sustenta en esta defensa, no son otros que los de Lamartine, que Varela, amparado en la autoridad del francés, hace suyos. No hay una palabra sobre la cuestión formal, aunque sí sobre la evolución de los géneros poéticos. “Si a las imaginaciones incultas y tiernas de la infancia del mundo —continúa del brazo del autor de las *Lamentaciones*—, podrán bastar las poesías líricas y las imágenes inexactas del Génesis; y más tarde cuando “la humanidad ha dado ya sus primeros pasos en la vida, y entra digámoslo así, en la adolescencia, con todo el ardor bélico y la falta de raciocinio de los primeros años, la epopeya puede bastarle. Homero con sus héroes que son casi de la misma talla que sus dioses —dice con palabras de Hugo— llena completamente esas imaginaciones sencillas pero briosas. Pero en la época de la civilización, en la edad viril del mundo, la poesía lírica no basta, la poesía épica no es suficiente; es necesario que el drama con su fiel representación de la vida, con su carácter de verdad y precisión, ocupe la mente más razonadora y más verdadera del mundo ilustrado ya...” (30). Critica luego toda poesía que falsea la verdad, de lo que no escapan ni sus admirados Hugo y Lamartine, destacando “que lo que nos agrada en ellos, lo que encontramos poético,

(29) Ob. cit.

(30) Ob. cit., pág. 257.



es la parte de verdad que encierran, no lo que por falsearla resulta indigno de ambos”, como visto bajo el severo aspecto histórico, así considera la *Historia de los Girondinos* de Lamartine, “libelo indigno”, como la clasifica.

Y en el número siguiente, en un segundo artículo sobre el mismo tema, luego de refirmar sus ideas anteriores, y de asentarse que la poesía es inmortal, señala que, en su completo desarrollo la poesía será, como dice Lamartine, “la razón cantada”. Y esto no quiere decir que desaparecerán las poesías líricas y épica, porque “mientras hayan hombres —dice parodiando a Bécquer—; mientras el amor y el odio se disputen el corazón humano, etc...” habrá poesía lírica, y “habrá poesía épica mientras hayan hombres que se levanten sobre el resto de la Humanidad”, pero eso sí —concluye— “la lírica vivirá en la parte que tiene de real; la épica se conservará en lo que tiene de verdadera”; por eso vivirá la poesía eternamente y su dominio será ilimitado (31).

Los poemas posteriores de Varela, que se publican en esta misma revista, no sirven, sin embargo, más que para ejemplarizar “su” verdad, pues ni esos “recuerdos”, ni su exaltación a la virtud, ni sus preceptos religiosos en versos, sobrepasan de una exposición moral en versos más o menos fáciles e intrascendentes. El norte de su brújula seguía siendo su prédica contra el catolicismo, de lo cual da continuas muestras, ya criticando la inflexibilidad de la autoridad de las Hermanas de Caridad en los hospitales, a raíz de un hecho reciente, ya haciendo la apología de un grupo de sacerdotes italianos que se unieron en Italia, en “clérigos emancipados”, ya fustigando a quienes se burlaron de una nota que escribiera sobre un suicida desconocido, cuya emocionante carta posttrera al comisario le arranca reflexiones sociales.

Pero su preocupación sociológica le trae de continuo a la realidad de su preparación. Su necesidad de ampliar el significado y alcance del término libertad, le pone la atención constantemente sobre aquellos aspectos en donde ella está amenazada, sea en cuanto al crédito público y la deshonestidad de los bancos “quebradores”, sea para poner en guardia a sus jóvenes amigos montevideanos sobre lo que el mismo llamara “nuestra monomanía americana” (esa ilimitada admiración a los Estados Unidos). En Va-

(31) Ob. cit., pág. 258.

rela nada es indiscriminado. Su corazón es caliente pero su cabeza es fría. Así, por ejemplo, en su réplica a “Yankees en el Río de la Plata” de Félix Frías, quien desde Buenos Aires terciaba en defensa del jesuitismo y el ultramontanismo y su obra en los E. Unidos, Varela le dice en “Los jesuitas yankees” que ha de seguirse de E. Unidos lo que tiene de bueno, pero que es también “empresa tan absurda como imposible... construir la obra de Washington con las doctrinas de Loyola” (32).

La distancia que va del planteo teórico de las formas y doctrinas liberales a la práctica de una sociedad realmente liberal, y el apresuramiento indigesto con que este joven de veinte años absorbe todo un siglo de cultura a través de sus más variadas y complejas disciplinas, le prepara sarcásticas trampas a su ideario que ahora algunos gustan llamar “justicialista” (uso el término exclusivamente). Así, por ejemplo, un día llega a sus manos el último correo: C. A. Boyer, *Theorie de l'impôt*. Analiza los conceptos clásicos de Turgot y Mirabeau, casi opuestos, y al destacar que la teoría de Turgot es la teoría “por la fuerza a la debilidad” (y que es la que más acerca a la verdad), advierte la correspondencia entre la economía y la política: “los sistemas económicos —dice con firmeza— responden siempre a los políticos; el monopolio al despotismo, a la monarquía el proteccionismo y la libertad a la democracia”, sin ver ninguna otra clase de interrelación entre estos valores. Sus esquemas sociológicos, al igual que los de su maestro Bilbao, son muy simples. Royer tampoco alcanza para clarificar sus contradicciones. De ahí que cuando señala que con el proteccionismo “el impuesto es la injusticia, porque no se limita sólo a dar los medios de subsistencia al gobierno, sino que trata de corregir la desigualdad de las fortunas tomando por medio de la fuerza, una parte de la riqueza a los poderosos para ir a vaciarla en la bolsa del pobre”, Varela, esa especie de Isaías uruguayo en desvelado clamor por la justicia, etc., retrograda todos sus puntos de vista a la misma altura que la de los ultramontanos a quienes critica, y reduce a un lema vacío sus denuestos sociales. En su descargo, en esa especie de cerrazón económico-social en que vive inmerso, el joven barraquero Varela atina a superar la tesis de Turgot, y por lo menos a comprender la justicia del im-

(32) Ob. cit., N.º 23, octubre 8 de 1865, págs. 372 y sgte.

puesto, aunque no sabe bien en qué forma ha de ser aplicado con más provecho, por eso, en definitiva, decide recurrir a Montesquieu (sigue el siglo XVIII), que es sin duda a quien recurre igualmente Royer al final, para recomendar a los legisladores: "No es por lo que el pueblo puede dar, que deben medirse las rentas públicas, sino por lo que debe dar" (33).

La contradicción es más manifiesta, en seguida que Varela toma partido en la defensa de los oprimidos económicamente, como sucede en su crítica a "La Guardia Nacional y las excepciones del servicio", en donde analiza las injusticias de exoneración de servicio a los universitarios en los meses anteriores a los exámenes, cuando no se exoneran a los que se estudian sin profesores, solos (por no poderse pagar los estudios), o los que trabajan, cuyas posibilidades distan mucho de las de los universitarios. "Pretender que los trabajos de inteligencia son los únicos dignos de ocupar la atención de los que anhelan adelanto en el mundo —dice, tratando de reivindicar la función manual del obrero—, es desconocer la dualidad del hombre y olvidar a la vez, que no hay un solo progreso material que no haga progresar la inteligencia" (34). Y en la defensa de este concepto, agrega que si Voltaire le parece grande no lo es menos Fulton: "el vapor es el verdadero elemento civilizador de nuestra época... Es que los trabajos materiales mejoran la sociedad por la base, civilizan las masas de clase baja del pueblo, en tanto que los de la inteligencia se operan en la cúspide social, mejoran la parte brillante de la sociedad". De donde concluye que son más útiles los trabajos que mejoran las clases bajas que las altas, por lo cual, si alguien debe estar exento de cargas en el problema de los Guardias Nacionales, ha de ser la clase baja, precisamente.

La labor de Varela (estudio, aprendizaje, traducción de sus inquietudes, etc.) en todo este año fué, ya lo dijimos, abrumador. De ahí que en los últimos meses del año su producción declinara un tanto. Aparte de los problemas que ya se hubieran empezado a plantear con la revista, se siente cansancio en su pensamiento, pesimismo en sus ideas. En el número que aparece por la fecha de los muertos, hay serios síntomas de ese cansancio y escepticismo.

(33) Ob. cit., N.º 25, octubre 22 de 1865, pág. 402.

(34) Ob. cit., N.º 26, octubre 29 de 1865, pág. 425.

Una digresión sobre "La conmemoración de los muertos", en donde "el profundo misterio de los sepulcros nos aterra" —dice—, porque si "la tumba es el abismo, caer a él es caer en el olvido" y para Varela, "el olvido es la verdadera muerte", denuncia sus frescas lecturas del Larra del Pobrecito Hablador ("Declaro y confieso... que tengo miedo y que de miedo me muero..."), que se prolonga en su crónica semanal, dedicada a los muertos y que empieza: "Acababa de morirme y estaba triste... La crónica es un divertido viaje al otro mundo y a semejanza de "El día de difuntos de 1836", de Fígaro en el cementerio, luego de encontrarse con Escepticismo que la lleva a un baile y le presenta a los asistentes, entre ellos: las señoras Virtud y Honradez, la señorita Pureza (que es divina), hermana de Bondad, Inocencia y Pudor, las que nunca pudieron llegar más que a las riberas de la tierra, porque siempre "el soplo del mal las ha rechazado", y con quien bailó "una polka divina de Ascher" (el compositor de tono menor y popular, de la época).

Luego Escepticismo le lleva a otra sala en donde ve "el gobierno delegado" —que es un esqueleto—, lo que le asombra, dice, porque siempre está acostumbrado a verle en traje de gala... Como inquiera sobre lo que pasaba, Escepticismo le dijo que oyera y aprendiera. Y entonces, en lugar del "aquí yace..." de Larra, Varela pone en boca de Escepticismo: "La tierra es una *sombra* de este mundo... Hay una *sombra* de gobierno, a quien auxilia una *sombra* de patriotismo y una *sombra* de inteligencia y una *sombra* de prestigio, que da una *sombra* de libertad, a una sociedad que es una *sombra* de pueblo..." Y así le siguió convirtiendo todo en *sombra*, por lo cual, en definitiva, "no hay más que una *sombra* de verdad". Despierta despavorido de este sueño, y luego de hacerse una serie de interrogantes, termina definiéndose como un cadáver, y señalando que la semana de los muertos debe ser el año" (35). Larra había dicho: "Mi corazón no es más que otro sepulcro". Este estado de espíritu de Varela se completa en el número siguiente con un canto a "El Sepulturero" (manes de Espronceda y de todo el romanticismo patibulario), en donde evoca los cementerios de ricos y de pobres, al cual —al último— recurrir la mente cuando se halla triste porque del mismo modo que el de los ricos es "sala de recibo" —"necia vanidad desprecio ins-

pira" —, el de los pobres "es el dormitorio de los muertos; es el traje de las tumbas" (36).

Su insistencia liberal, sin embargo, no descansa y arremete todavía contra los censores, otra herida a la libertad de expresión. "Lo hemos dicho ya, y volvemos a repetirlo, los gobiernos no son encargados de dirigir al público en tal o cual senda, sino de garantizar a cada uno su libertad". Y refiriéndose al censor que es por ese entonces el vate Acuña de Figueroa, dice que "es el primero en nuestra opinión a quien el público debería aplicar la censura, para rayarlo de entre el número de nuestros perdaderos poetas" (37).

Es por estos días que Varela, a través de un artículo sobre "El americanismo y España", resume, puede decirse, la posición de Bilbao (que ya citáramos) en defensa de América. España y América eran para el chileno la encarnación de dos distintos principios: América representaba "las nociones de libertad y de justicia innatas en el hombre" (38), continente destinado "para la incubación del porvenir", dice certero Varela, profetizando que Europa será un día vencida por América: "Vendrá un día, no muy lejano; un día solemne cuyas claridades empiezan a irradiar, en el que la América será la señora del mundo". Y admira, en verdad, en este joven, su sentido profético para vislumbrar otra sociedad muy distinta a la actual: "quien sabe sino será la democracia pura, la que venga a hacer desaparecer a la república; la democracia verdadera con la completa desaparición de los poderes y de los gobiernos, cualquiera que sea las formas con que se representen". ¿Intuye acaso, o conoce Varela en la lejana Montevideo, otras formas de gobierno con las cuales han soñado unos hombres desconformes con las actuales; acaso la Comuna, ha estado en contacto con los utopistas, llegó a Montevideo el Manifiesto Comunista aparecido en el 48? Y agrega, completando en forma idealista su formulación: "el olvido de todos los odios y todos los rencores que encuentran cabida hoy aún en el corazón de los mejores republicanos: la fundación de la verdadera igualdad y de la verdadera fraternidad del género humano; la desaparición de la propiedad individual y la aparición de la propiedad común; la destrucción

de la familia y la construcción de la humanidad; la fundición de todas las naciones en una masa común, sostenida por el trabajo de todos los hombres y dirigida por la justicia infinita; el corazón de todos los hombres palpitando en un solo latido; todas las razas juntándose, encontrándose, asimilándose, identificándose en el amor; el bien sustituyendo el mal, la libertad al despotismo, la justicia a la fuerza, la verdad al error, la vida a la muerte"; y luego de esta especie de El Dorado, también una ilusión que cupo en el optimismo del siglo XVIII, su necesario final deísta: "la desaparición del pueblo de los hombres y la aparición del pueblo de Dios?" (39).

Por momentos hasta nos parece estar leyendo la correspondencia entre Dubois de Fossex y el todavía Francisco (aún no *Gracus*) Babeuf, sobre aquella república fantástica sólo comparable con el paraíso terrenal... Y termina su artículo sin esperar nada de España. "Las brisas que nos llegan de España, son heladas como las brisas de un cementerio. La España es una tumba (¿todavía Larra?). No, menos aun, es una piedra" (y aquí de nuevo Bilbao), "es una nación-opio" o, como decía Bilbao, *nación cadáver*. Y finaliza: "nuestra madre no es España, nuestra madre es la libertad". Todo este artículo rebosa de ira anti-clerical. Varela cree que el democratismo sajón barrerá al clericalismo, del cual "ni el polvo de tus huesos la América tendrá", como remata usando el verso de Mármol a Rosas, entonces muy en boga. Y termina el año 65, con una nueva reafirmación de la necesidad de libertad de bancos, en tono polémico, con *El Siglo*, a raíz de un artículo de este diario atacando los bancos de emisión. Varela defiende la libertad de emisión usando una vez más la zarandeada locomotora de Bilbao.

Con "Un saludo al año 66", que "aparece en el horizonte presagiando un magnífico mediodía", Varela continúa ampliando su horizonte formativo. Y como contribución a ese presagio "¿qué podríamos hacer mejor que traducir un discurso de Víctor Hugo ("En el aniversario del 24 de febrero de 1848") y unir nuestra débil voz para saludar al porvenir, a la voz sonora, inmensa, infinita, del gran poeta del siglo diez y nueve?", se pregunta. Y termina su "himno de la libertad y de la esperanza", con las mismas palabras que Hugo termina su discurso: "Viva la Revolución fu-

(36) Ob. cit., pág. 435.

(37) Ob. cit., N.º 29, noviembre 12 de 1865, pág. 454.

(38) Ob. cit., N.º 31, noviembre 26 de 1865, pág. 485.

(39) Ob. cit., pág. 486.

tural!" (40). Sobre este grito de guerra, recuesta, como al descuido, plañidero, un "Recuerdo" más, entre becqueriano y "marmolista"...

En los números siguientes, su trabajo decae. Algunos poemas, de fechas anteriores sostienen su firma en la revista, y no agregan novedades en su formación; más bien, por el contrario, subrayan su escepticismo "larriano" en su nota sobre el carnaval de ese año y en algún poema como en "La vida", entrecruzado de direcciones, no resuelto ni en la forma ni en el concepto y en donde "un viento de hastío" amenaza secar el corazón. Sin embargo, la conducta, cortesana y renunciadora de Lamartine, le subleva y llamca en un artículo (que no lleva su firma, pero sí su estilo) en donde apostrofa al poeta "apóstata", corifeo ahora de Napoleón III, por sus palabras insensatas de que "el Mundo es la propiedad del hombre: el Nuevo Mundo es la propiedad de Europa", por el "absurdo de su doctrina y por la pueril adulación que encierran sus palabras". Y luego de su crítica, termina: "Nuestro pensamiento y nuestro corazón se vuelven involuntariamente como en busca de un contraste hacia el peñón del Atlántico en que reposa su noble cabeza de apóstol de la fe y de la construcción, el ilustre Víctor Hugo, y admiran en él al poeta, al filósofo y al hombre, compadecemos de corazón a M. de Lamartine, y volvemos a exclamar como Timón: "Helas! j'ai trop vécu!".

Nuevos "Recuerdos" (su poesía está casi toda hecha de esta materia) de un viaje por la Argentina, no alcanzan para apaciguar su ardor contra el despotismo español, ante la fracasada revolución de Prim. "A la altura que ha llegado la civilización en el siglo XIX —dice recordando a Bilbao—, los gobiernos despóticos, como el de España, son gigantes de polvo, que basta que haya una mano que los toque, para que derrumben para siempre!" (41). Y a continuación casi, en un artículo apologético extenso, se refiere a su tan admirado Bilbao. "Hay hombres que se convierten en idea, que se hacen luz y que por doquiera que pasan dejan un rastro luminoso. Francisco Bilbao era uno de esos hombres". Señala el contenido de su prédica: "Continuar en América la obra que Michelet y Quinet habían empezado en Francia; exhumar el ca-

---

(40) Ob. cit., N.º 36, enero 1.º de 1866, pág. 563.

(41) Ob. cit., N.º 48, marzo 25 de 1866, pág. 759.

dáver de Cristo, sepultado durante tantos años bajo la inmensa capa de las preocupaciones; difundir el verdadero espíritu de los Evangelios y hacer de ese espíritu la ley suprema de las naciones; trazar en el vasto cuadro del pensamiento americano, la valla inmensa que separa al catolicismo del cristianismo, y mostrar que uno es la negación de todos los derechos, la anulación del individuo, el rompimiento de todos los verdaderos vínculos sociales, la explotación del débil por el fuerte, del ignorante por el erudito, del pobre por el rico, del creyente por el sacerdote, del laico por el seglar, y que el otro es la proclamación de toda verdad, el reconocimiento de todo derecho, la reanudación de toda justicia obligada, de toda virtud profanada de toda verdad escarnekida; predicar la incesante separación de la Iglesia y el Estado, como base de todo progreso, y la unificación del ciudadano y del creyente como elemento primordial de toda democracia; dejar en los surcos del pueblo la semilla del porvenir, y presentar a los hombres como la carta constitucional de todas las conciencias, los Evangelios: he ahí la misión de Bilbao" (42).

Como se advierte, son estos los mismos conceptos que han servido, como de esqueleto, en la propaganda de Varela. Todo el resto del artículo está centrado en la lucha por cambiar de religión, preocupación de Bilbao, que es la causa de todos los males. "¿Qué es el Papa sino el Rey? . . . ¿Cómo podrán ser republicanos los pueblos cuya religión es monárquica? . . . ¿Qué es el catolicismo sino la monarquía religiosa?", se pregunta Varela. "¿Se puede ser republicano en política y ser monárquico en religión? ¿Ser católico y ser demócrata? ¡No!". Con ello nos señala cómo la prédica de Bilbao fué la de atacar abusos no en los efectos sino en las causas mismas. De ahí que lo que se impone es "proclamar la soberanía de la conciencia y del individuo. . . para tener como resultado infalible la soberanía popular".

Este artículo se completa con uno siguiente, especie de poema en prosa, titulado "El Cristianismo", precedido de cuatro versículos de Lucas, y dividido en seis partes. Asediado por las dolencias que aquejaban a los románticos, Varela, en un "Recuerdo" más de ese año, denuncia soledad y tristeza: "Todo me hace sufrir: que encuentro en todo — un algo indiferente que me hiela"

---

(42) Ob. cit., pág. 761.

((43). De modo que en una melancólica crónica de las tertulias, encuentra dichosos a los que bailan "wals", y, sobre todo "dichosos los que no tienen recuerdos que los persigan!", todo esto mezclado de continuo con pensamientos cáusticos sobre político como éste: "Los gobiernos son como los altares (de paso, cañazo); sólo deben mirarse de frente. Si uno va a ver lo que está oculto, sólo encuentra cosas feas" (44).

El 29 de abril la Revista hace el balance de su año de vida, destacando lo hecho y en especial la colaboración de Varela, para llegar "adonde nadie se figuró alcanzáramos", y a su vez Varela, luego del final de una historia simbólica, toda llena de indirectas y sentido muy local, agrega: "... como quien no dice nada, hace 365 días que tenemos amores con la Revista; amores que como todos fueron al principio muy entusiastas y después se han ido enfriando progresivamente. Hoy ella y yo estamos aburridos. Cuando dos amantes están aburridos uno del otro, lo mejor es separarse" (45). Y se separaron. Varela dejó de escribir en la Revista. En ese mismo número, en el último rectángulo de la última página, como cerrando el ciclo de tan intenso año de trabajos y de días, se publicó una carta suya al director Tavolara en la que le dice de su decisión y le pide en consecuencia, que le horre del número de sus redactores, porque no le "gustará figurar como redactor de un periódico en el que no escriba y pienson odar por ahora nada a la prensa" (46).

¿Qué había pasado, en verdad, entre Varela y la Revista? ¿Era ese "un capítulo que ha concluído y nada más", como dice Varela, pero el cual no alcanza para invalidar ese amargo burlón final: "No es un adiós desesperado ni un adiós sombrío el que les dirigimos (a los lectores): es simplemente un voto de felicidad, un que les vaya a ustedes bien", como quien dice un quédense ustedes con Dios... ¿Era, como decía (sin creerlo, por supuesto) inútil su presencia para que la revista igualmente siguiera saliendo? La respuesta la dieron los hechos La Revista no apareció más, a pesar de que como expresa Varela en su carta a Tavolara, no

(43) Ob. cit., N.º 51, abril 15 de 1866, pág. 809.

(44) Ob. cit., N.º 52, abril 22 de 1866, pág. 817.

(45) Ob. cit., N.º 53, abril 29 de 1866, pág. 841.

(46) Ob. cit., pág. 844.

sabemos con qué grado de verosimilitud, tenía "su vida asegurada" Sobre todo esto, nosotros no sabemos más que lo que se desprende de sus propias páginas Aún esta última afirmación de Varela nos merece reparo a estar por un suelto aparecido poco después en *El Siglo*, en el cual se responsabiliza de su desaparición a la indiferencia pública, a pesar del importante servicio que prestaba la Revista, y contra la cual, dice, "es imposible luchar" (47).

¿Se cierra con esta ejecutoria la etapa de la formación racionalista de Varela? No. Todavía, desmintiendo la afirmación de que no pensaba dar por ahora nada a la prensa, "F. de O." (pseudónimo que reconoce como suyo (48), polemizará en defensa de su bienamado Bilbao ya muerto y el racionalismo, a raíz de cierto manoseo irónico de que fuera objeto por la prensa instigada por el vicario Vera y sus cofrades. En el cambio de sueltos sobre esta materia, que se realiza en "La Tribuna" (y que Ardao analiza y señala como el comienzo de la lucha ideológica racionalista en el Río de la Plata, en su cap. "Polémica sobre Bilbao") terció Varela desde *El Siglo*, con las iniciales F. de O., sobre "el pedantismo literario" de Errecart (que no obstante defendía a Bilbao, como que era uno de sus admiradores, aunque también lo era... del gobernante Flores), y se enfrentó con el articulista católico que, bajo el pseudónimo de *Alm*, pretendía burlarse del "apóstol" Bilbao. Varela lo confundió con el escritor A. Magariños Cervantes, a quien fué dirigida su contestación.

El artículo de Varela trata de impugnar "la idea de la revelación y de la divinidad de Cristo", una de las tantas "cosas viejas" que había "en el altílo de las conciencias" —dice—, asunto sobre el que le parece absurdo volver "cuando todo en la naturaleza y en el nombre protesta contra ella". Varela negaba el catolicismo que se le atribuía a nuestro pueblo de entonces, afirmando que hasta los sacerdotes hay que importarlos porque no hay entre sus hijos nadie que quiera serlo; y que la mayor parte de ello es que la generosidad tan reconocida de nuestro pueblo, no ha podido levantar ni sostener templos: "las iglesias no pueden hacerse porque no hay quien de ni una triste limosna para ellas".

(47) "La revista literaria" *El Siglo*, Montevideo, mayo 6 de 1866, 1ª página.

(48) F. de O., "Cuestiones religiosas", *El Siglo*, Montevideo, 22 de Noviembre de 1866.

Las cartas se siguieron cruzando. Magariños Cervantes rechazó enérgicamente la imputación de paternidad de los artículos en cuestión y Varela se reveló ser F. de O. Es interesante destacar en esta polémica los párrafos proféticos de Magariños en cuanto al porvenir del joven Varela: "...me complazco en reconocer que en la brillante pléyade de la juventud del Plata, el joven escritor forma en la vanguardia, y el humilde veterano le verá con orgullo, como hijo de esta tierra, llevar la bandera del arte y del progreso hasta la cumbre donde a él no le fué dado llegar". Al mismo tiempo que rinde tan cumplido homenaje a Varela, Magariños lo hace igualmente con Bilbao, a quien había conocido en París.

La polémica sobre Bilbao se extendió en la prensa montevideana, de octubre a diciembre del 66. Varela aportó a ella dos extensos artículos, poco conocidos y que, al decir de Ardao, que los destaca en su trabajo, "constituyen las piezas más importantes de toda la literatura racionalista uruguaya", y son los que mejor documentan la primera fase de esta formación racionalista metafísica del futuro Reformador. En el primero de dichos artículos, Varela comienza su defensa del excomulgado Bilbao, uno de los tantos heridos por los conservadores, en su intento de "romper alguno de los eslabones de la ominosa cadena de la preocupación", como dice, que es, agrega, al mismo tiempo un ataque de ultranomtanismo que tiene "en el jesuitismo su expresión más genuina" y que Varela define como "el inmenso vampiro que absorbe incesantemente la sangre y las fuerzas vitales de la humanidad"<sup>(49)</sup>. No se detiene en calificar al catolicismo como doctrina "mala", "fatal", etc., aunque respete y admire, como Bilbao, al sacerdote católico que por ella se sacrifica. Todo el artículo es un recio ataque a la intolerancia católica y sus continuadas traiciones a la causa humana. "Cuando el obispo Sibour, jefe de la iglesia católica de Francia —escribe—, consagraba la traición y el crimen en el coronamiento de Napoleón III, Francisco Bilbao, oscuro ciudadano chileno, protestaba en nombre de la justicia contra la consagración del crimen. Cuando todo el clero católico de Méjico, consagraba con un Te Deum el establecimiento del extranjero en su patria, y sancionaba con su presencia la muerte y el saqueo de

(49) José Pedro Varela, "Francisco Bilbao y el catolicismo", *El Siglo*, Montevideo, Noviembre 24 de 1866.

todo un pueblo, Francisco Bilbao, hermano de todos los que sufrían, sin más títulos que su amor a la democracia y a la libertad, protestaba en nombre de la conciencia y de la humanidad, contra ese asesinato de una nación". De este modo señala la posición de Bilbao en el drama de la opresión, en su lucha por la libertad política de todos los pueblos, por la libertad religiosa de todas las almas, y agrega: "por eso los tiranos y las religiones son sus enemigos; por eso el gobierno de Chile lo desterraba y el obispo de Chile lo excomulgaba; por eso el espíritu del catolicismo, convertido en gusano, se complace en roerle hasta en la tumba". Y en seguida se proclama discípulo de Bilbao, que es decir "de la verdad y de la justicia", y advierte que no se cebarán sobre el cadáver de su maestro, porque si el hombre ha muerto, su doctrina racionalista vive y avanza. Luego contrasta las doctrinas morales de Cristo, a la luz de los Evangelios, con la conducta del catolicismo, y muestra cómo Bilbao alentaba un verdadero espíritu evangélico; y cómo tales ideas son necesarias en momentos en que el país "atraviesa una época solemne", refiriéndose sin duda a la situación del gobierno de Flores, que se estaba viviendo. "Cuando todo ha sido invadido en el terreno de los hechos, es necesario al menos que salvemos intactas las conciencias". De ahí, agrega, "que en estos momentos decisivos se hace más necesario combatir las ideas ultramontanas que predicando la tiranía religiosa, viene a santificar la violación del derecho y el falseamiento de la justicia en política". Y luego de señalar que los pueblos más libres son los estados Unidos e Inglaterra, como los más caducos son España (por encarar religiones avanzadas unos y retrógrada esta última), señala el peligro de la educación católica, "restos que quedan entre nosotros —dice—, los que hacen posible el entronizamiento de las injusticias. Es por eso que combatir al catolicismo es combatir a la tiranía. Y es por eso también que Francisco Bilbao es uno de los apóstoles de la democracia y de la libertad"; no es el creador de un culto, dice terminando su primer artículo, sino "un propagandista de la verdad..., el más noble, el más entusiasta, el más decidido de los propagandistas del racionalismo en América".

El segundo artículo, es un largo y minucioso alegato sobre los Evangelios, como doctrina verdadera, frente a la católica, deformación del espíritu del Evangelio, tal cual lo había formulado ya

en su anterior. Era la tesis de Bilbao —Cristo hombre, frente a Cristo Dios—, racionalismo que proviene del romanticismo francés para el cual la figura de Jesús seguía siendo el resorte de todas las soluciones político-sociales, y una especie de panacea universal. En Varela esta actitud tiene un eco poderoso y se resume en “Hacer del dogma un hecho positivo, unificar al ciudadano y al creyente, y refundir en uno la Iglesia y el Estado, haciendo de la patria el santuario y de la libertad el Dios”, cosa ésta que reputa “la misión de la sociedad moderna” (50). Y luego de señalar que recién se estaba “en los albores del ideal”, porque estaba visto que “la rehabilitación de la mujer iniciada por Cristo” y “la rehabilitación del proletariado iniciado por el espíritu democrático, empiezan apenas a realizarse”, se pregunta cuál será el pueblo que “camine a la cabeza del mundo moderno”, y encuentra (volviendo siempre al mismo espíritu de libertad religiosa y de libre acción individual que “es a los Estados Unidos a quien está reservada esta misión”, admiración que al decir de Ardao, “tiene distinto carácter de aquella otra que después de visitarlo le dispensara Varela. A cada una de ellas —agrega— corresponde una distinta fundamentación cultural y aún filosófica”; dos formas que él las encuentra similar en toda Latino-América, en el correr del siglo XIX, en relación con las dos grandes etapas de evolución de este siglo. “La generación romántica y metafísica —dice, en efecto— admiró por espiritualista a la civilización norteamericana, atendiendo a su exaltación de la libertad religiosa a la vez que política: en Europa Tocqueville, en Latino-América Bilbao, encarnan esa forma histórica de admiración. La generación positivista y cientista, en cambio, admiró ante todo los aspectos utilitarios de aquella civilización, la efectividad de sus adelantos materiales: en Europa Spencer, en Latino-América Sarmiento, encarnan esta otra forma histórica de admiración. Una y otra se enlazan en el común de “la educación del pueblo”, instrumento del progreso espiritual al mismo tiempo que del progreso material. De una y otra fué sucesivamente gran figura representativa en el Uruguay, José Pedro Varela, discípulo de Bilbao antes de su viaje y de Sar-

(50) José Pedro Varela, “La iglesia católica y la sociedad moderna”, *El Siglo*, Montevideo, diciembre 15 de 1866.

miento —con quien convivió en Estados Unidos— después del mismo”.

Nos parece obvio, a esta altura, señalar (con el propio Varela) sus fuentes: Quinet, Michelet, Lamennais, Renán, etc., así como advertir que es a través de su admirado Bilbao, que él recoge ese conocimiento y la conducta filosófica que madura rápidamente a los veinte años. Tal madurez a tan temprana edad, es un anticipo de las hondas responsabilidades sociales que sentía Varela y apenas despuntados los treinta años. Su periodismo posterior a estos artículos, que se reinicia en *El Siglo* con un “Folletín del Domingo” —30 de diciembre de 1866—, no agregan nada a esa conciencia hecha de ardor y razón, que su próximo viaje desgarará de toda superflua teoría y encaminará hacia la lección de los hechos, su segunda y grande experiencia por el mundo de los hombres y de la cultura.

(Montevideo, marzo de 1954).



# EL TEATRO NIHILISTA DE SAMUEL BECKETT

por  
RICARDO PASEYRO

He aquí, al fin, una pieza que hace resonar el tinglado del teatro con el eco tempestuoso y desnudo de una tragedia existencial, de la tragedia existencial. ¿Teatro trágico, pues? No. Ni por su forma, bufona, ni por su esencia: la tragedia anuda y desenlaza contingencias trágicas, algo, por fatalidad o por azar, se mueve en ella, mientras que "En attendant Godot" es la demostración alucinante de la imposibilidad del destino y del azar. No se vive, se existe, y tampoco se existe. ¿De qué se trata, entonces, con qué medios nos lleva Beckett a ese categórico nihilismo? Su pieza se desarrolla en torno de dos personajes, dos vagabundos: Vladimir y Estragon. Se les ve, al principio, en medio de un camino, matar el tiempo en largos parlamentos. Algo les retiene: la cita con Godot. Godot ha prometido venir a engancharles para su trabajo y Vladimir decide aguardarle, pese a la prisa contraria de Estragon. Pero Godot no llega, y en cambio se presenta uno de los dúos más asombrosos del teatro moderno: Pozzo, suerte de tirano feudal, y su lacayo Lucky. Beckett les describe al aparecer: "Entran Pozzo y Lucky. Pozzo conduce a Lucky por medio de una cuerda anudada alrededor del cuello, de manera que no se ve, al pronto, sino a Lucky seguido por la cuerda, bastante larga como para que pueda él llegar al medio de la escena antes que Pozzo desemboque desde los bastidores. Lucky lleva una pesada valija, una silla plegadiza y un abrigo sobre el brazo; Pozzo, un látigo. Pozzo (desde adentro) —¡Más rápido! (Ruido de látigo. Pozzo aparece. Atraviesan la escena. Lucky pasa delante de Vladimir y Estragon, y sale. Pozzo, al ver a Vladimir y Estragon, se detiene. La cuerda se tiende. Pozzo tira violentamente) —¡Atrás! (Ruido de caída. Es Lucky, que ha caído con todo su cargamento. Vladimir y Estragon lo miran, dudando entre el deseo de ir a su socorro y el miedo de mezclarse en lo que no les toca. Vladimir da un paso hacia Lucky; Estragon lo retiene por la mano)". Ocurre en seguida un coloquio a cuatro: la conducta de cada cual de ellos revela de modo distinto —Pozzo con su salvaje egoísmo, Lucky con su dócil

aquiescencia mecánica a la voz del amo, Estragon y Vladimir con su desamparo irremediable— la monstruosa inanidad de la vida, de toda vida. Parten al fin Pozzo y Lucky: de nuevo quedan solos Estragon y Vladimir al acecho de Godot. Pero Godot no vendrá: un niño trae un mensaje que pospone al siguiente día la entrevista. Y el primer acto se acaba con un pequeño diálogo: "Estragon —¿Nos vamos?—. Vladimir —Vámonos", y la acotación del autor, la acotación que da la síntesis y el sentido de la obra: "Ellos no se mueven. Cae el telón".

Veinticuatro horas más tarde, allí mismo, Estragon y Vladimir aguardan a Godot. Y allí mismo Pozzo, ahora ciego, y Lucky, ahora mudo, tornan a tropezar con los dos pordioseros. Lucky se va, cuerda al cuello, guiando a Pozzo; inútilmente Vladimir y Estragon restan "en attendant Godot": el niño vuelve a transmitir idéntico recado, y los dos vagabundos, sin moverse, se invitan a partir.

Ningún breve resumen espejará la admirable precisión con que Beckett hila tan delgada materia, tan peligroso tema. Ni grandilocuencia, ni falsa filosofía, ni meditaciones horras: la idea central, la obsesión perpetua, se expresa con el menor número posible de palabras, y con las más cruelmente despojadas de literatura. Yo citaré apenas la repetidísima frase de los "clochards", motivo de la pieza: "Il n'y a rien à faire", y aquellas máximas sorprendentes, acuñadas como monedas: "Las lágrimas del mundo son inmutables. Por cada uno que se pone a llorar, otro se detiene"; "Todos nacemos locos. Algunos continúan siéndolo"; "¿No han terminado ustedes de envenenarme con historias de tiempo? ¡Es insensato! ¡Cuándo! ¡Cuándo! Un día, eso no les alcanza, un día parecido a los otros, él amaneció mudo, y yo ciego, un día nos volveremos sordos, un día nacimos, un día moriremos, el mismo día, el mismo instante, ¿eso no les alcanza? Ellas paren a caballo sobre una tumba, el día brilla un instante, y después es la noche de nuevo".

¿Se comprende ya por qué he denominado, la pieza de Beckett, la tragedia existencial, existencial, dije, y no existencialista? Beckett reduce el hombre a simple fenómeno físico: el hombre no vive, apenas le pertenece el existir, no el ser, un existir ínfimo, inimaginablemente ínfimo, primitivo, porque no puede modificarse ni dejar de modificarse, más acá, como se encuentra, de todo albedrío. En el fondo, la pieza de Beckett llega tan lejos, no im-

porta sus defectos técnicos, no importa su viciosa escatología, por la espantosa, fascinadora fuerza de su nihilismo, que hace estallar el teatro, que lo ciega: ¿cómo regresar, luego de Beckett, a un teatro de peripecia y catástrofe, cuando se ha visto que la raíz misma del hombre es el vacío, la falta de peripecia y de catástrofe? Si Beckett, desde su primer desembarco, acaso último, en el teatro, ha podido enfrentarlo tan nudamente con su propia inesencialidad, con su propia vanidad, con su falacia, ello se debe, en cierta medida, a que Beckett venía de aportar su talento impiedoso y original a la experiencia de hacer volar en añicos la novela. "Molloy", "Malone meurt", "L'Innommable" testimonian, —al lado de los textos de Maurice Blanchot, de Leiris, de Quenau—, de lo que cabe designar como el "degré zéro de l'écriture". Pero situar la pieza de Beckett dentro de su obra, no equivale a situar la obra de Beckett: ello procuraré en estas notas, que no ensayan más que una mínima y rápida aproximación.

A propósito de Beckett se ha citado a Kafka. No le hallo, sin embargo, parentesco ni cercanía. Si algo abunda en Kafka es lo sobrenatural, la imaginación, el agenciamiento, a medio camino entre lo real y lo absolutamente fantástico, de un mundo que se desplaza de sus datos precisamente, en veces, por su propia repetición. En Beckett ni asoma lo sobrenatural; su realismo es de una verdad calcada y fotográfica. Beckett carece de imaginación siquiera para dejar de tenerla; así, a mi juicio, el error literario mayor de "En attendant Godot" fué imaginar cambios en la vida de dos de sus personajes. Beckett no tuvo imaginación para iterar, exactamente, literalmente, su primer acto en el segundo, tal cual correspondía al espíritu profundo de la pieza. Por ende, creo que ha de suprimirse a Kafka en el repertorio de sus influencias o en la enumeración de su genealogía. Para mí, Beckett podría constituir el vértice último (y no igualo la importancia de los tres: señalo maticés de un grave problema filosófico) de un triángulo Kierkegaard-Chejov-Beckett. Beckett lleva al paroxismo los brotes nihilistas del danés y del ruso. Kierkegaard cree posible la elección, y toda su vida, este antihegeliano, tendió a la síntesis, al equilibrio, entre dos alternativas constantemente vivas, agitadas, atormentadas, en su alma. Bien que su obra, escapando a su voluntad, sea la confirmación final de la imposibilidad de elegir, o por mejor, la confirmación de que sólo es posible elegirlo todo, es decir, nada, Kierkegaard hizo del lema "Ou bien, ou bien" su mé-

todo y su osatura espiritual, y ese movimiento pendular le caracteriza. Para Kierkegaard la alternativa existe. En uno de sus monólogos más abisales y sugeridores, "El equilibrio entre la estética y la ética", Kierkegaard explica su divisa "ou bien, ou bien": "Porque ésta es mi divisa y esas palabras no son, como piensan los gramáticos, conjunciones disyuntivas; no, ellas se pertenecen inseparablemente y deben por consiguiente ser escritas en un solo vocablo, porque juntas se convierten en una interjección que yo grito a la humanidad". Y luego: "La voz interior de la personalidad no tiene tiempo de forjar hipótesis; ella continúa a precipitarse hacia adelante y de una manera u otra se plantea alternativamente una cosa o la otra, lo que en el instante siguiente vuelve la elección más difícil, ya que lo que ha sido plantecado debe ser retomado... Si un hombre olvida de calcular este ritmo, llegará un momento al fin en que no es más cuestión de "o bien, o bien", no porque ya ha escogido sino porque no lo ha hecho o si se quiere, porque otros han escogido por él". Según Kierkegaard, pues, la alternativa existe, la vida humana es una perenne alternativa: el hombre decida, o decidan por él, siempre hay una elección latente. Para Chejov, ya un matiz, que es un mundo, más lejos, la imposibilidad de elegir empapa, como una fina llovizna imperceptible y caladora, todo el trajín de sus personajes, y hay uno que en cortas palabras explicó, de manera apotegmática, el trágico dilema: "No se puede aceptar el hecho acaecido, no se puede tampoco rechazarlo". Sin embargo, ante Chejov hay algo, un hecho, un acto —lo que ocurre— y hay otro acto, que aunque se neutralice por la repulsión de los contrarios, no deja de ser un acto: el acto de no aceptar ni rechazar lo que ocurre. No pasividad, conciencia oscura o inteligente de que no es dado al hombre luchar contra un destino, contra el destino, he ahí la filosofía, casi siempre implícita, casi nunca, salvo por relámpagos, explícita, en las criaturas de Chejov. Beckett va al postrer extremo imaginable, agota y vacía la sustancia que quedaba aún al ser humano: para Beckett ni alternativa, ni destino, ni azar, ni elección: nada, pura nada, nada total: nada. Este nihilismo de Samuel Beckett habrá sido contribución fundamental a la literatura y al teatro, quizás a la muerte de la literatura y el teatro, porque la escritura y la palabra no pueden ir más allá.

Diciembre de 1953.

## DECLARACION DE UN MATRERO EN 1797

En 1797, el materaje asolaba nuestra campaña; en Marzo de ese mismo año, Artigas ingresaba como soldado raso, reclutando meses después su famoso regimiento de Blandengues. Fué en ese interin que se produjo la basta odisea del crimen que transcribimos. La recia purquedad del relato, alcanza, a través de una monotonía por momentos obsesionante, dimensiones de verdadera epopeya. En aquellos matrereros, parias de una organización social que no les concedía un lugar, en ese pavoroso desenfreno de la acción, se iba forjando el espíritu criollo, agresivamente libertario, desbordante de viril autonomía. El crimen en esa tenebrosa aurora, se consumaba con la irrelevancia de la fatalidad.

ASIR revista de literatura, recoge con hondo interés páginas cuya torpeza y primitivismo contribuyen a realzar la sobria grandiosidad del relato. No sólo como elocuente testimonio de una época poco conocida, sino porque nos permite retrotraernos a nosotros, confusos habitantes de un mundo utilizado hasta una inminente falsedad a nuestros más auténticos orígenes. No podríamos claro está reconocernos en aquellos desafortados matrereros, pero nuestra preocupación de hombres cultos no llega a inmunizarnos contra impulsos cuya efectiva contención es, la más de las veces, obra de las instituciones y no nuestra. Es bueno sondear, debajo de nuestra costra de hombres civilizados esas fuerzas primordiales, sofocadas o sublimadas, de cuyo ímpetu subterráneo emanan quien sabe que energías irreconocidas bajo sus usuales disfraces. En aquella tierra de nadie que España y Portugal se disputaban con sus innobles recursos, el hombre, más acá del bien y del mal, desenfrenó violencias que es conveniente considerar como un alerta ante amenazas nunca derogadas. Entre tanta literatura sofisticada, un documento de tan auténtica raigambre cobra así una indesplazable pertinencia.

Agreguemos su interés estrictamente histórico: la sreferencias, particularmente minuciosas a las incursiones portu- guesas, referencias que el sumariante no trepida en solici- tar al feroz matero; las menciones de Marcos Sueiro del vie- jo Chaves, apresado a fines del mismo año por Artigas; la de Martín Fierro de curiosa paronimia con el hérote de Her- nández y tantas otras menciones que enriquecen subsidia-

riamente la relación que ofrecemos, justificando ampliamen- te su exhumación.

Hemos modificado el texto en lo estrictamente indispen- sables para su mejor comprensión, agregando algunos tildes y comas y explicitando algunas de sus abundantes abrevia- turas.

W. L.

R.<sup>1</sup> Pueblo de Santo Dom.<sup>o</sup> Soriano y Sept.<sup>e</sup> veinte de Mil setecientos Noventa y siete años. D.<sup>na</sup> Pedro Man.<sup>1</sup> Garcia Capitan de Milicias del otro lado del Rio Negro y Alc.<sup>e</sup> Ordinario de Seg.<sup>do</sup> Voto de n.<sup>ro</sup> R.<sup>1</sup> Pueblo y su Jurisdicción por su Mag.<sup>d</sup> (que Dios g.<sup>de</sup>), Por quanto habiendo Mando al Sarg.<sup>to</sup> de Milicias Bernave Alcosta, a los Arroyos Nombrados Tacuarembos de partida y al mismo t.<sup>po</sup> para que alistase a aquellos vezinos y demas gentes, prendió a la persona de José Salinas uno de los ladrones dela compañía de Ignacio Cuenca, el que condució a esta R.<sup>1</sup> Cárcel el Alférez de Milicia D.<sup>na</sup> Man.<sup>1</sup> Gutiérrez, por avérselo entregado el dicho sarg.<sup>to</sup> por allarse éste con una Orden del Exmo. Señor Virrey para pasar a Monte Video; y para tomarle su confesión al dicho José Salinas, mando yo el dicho Alcalde lo sacasen de la Cárcel y lo trageron ante mi, el que compareció custodiado de dos guardias, ante mi y tgos. de mi asistencia al que tomé Juramento que lo hizo por Dios N.<sup>ro</sup> Señor y una señal de cruz segun forma de derecho bajo el qual prometió decir verdad de lo que supiese y le fuere preguntado y siéndole diga como se llama, y de donde es Natural, dijo que se llama José Salinas y que es natural de San Juan de la capilla de N.<sup>ra</sup> Señora de los desamparados, y responde preguntándole quanto tiempo hace que vino a esta vanda, y quien lo trajo; dijo que hace cerca de doce años que vino conchavado para la Calera de las guerfanas, y que lo conchavó D.<sup>na</sup> Fran.<sup>co</sup> Albin y responde preguntado, quantos años hace que pasó al Rio Pardo y en que se ocupó, dijo que hará que pasó al dicho Rio Pardo como nueve años, y que se ocupó en servir en las Estancias y en las Charqueadas, y responde, preguntado que si conoce a Ignacio Cuenca, y en que se exercitava dicho Cuenca, dijo que lo conoce a Ig.<sup>o</sup> Cuenca desde el mes de Junio que juntos andubieron conduciendo una Tropa de ganado a puerto alegre, y que allí le abló dicho Cuenca al que declara, y a Luis el Borracho, y a Fran.<sup>co</sup> Gago, y a Domingo el Pelado, y a José el Curitiano, y un Indio llamado Marcelino, y Paboncito, y Joaquin el que prendió la partida de S.<sup>o</sup> Dom.<sup>o</sup> Soriano

que estos salieron de la Capilla de dicho Puerto, y binieron al Campamento de Bacacay, y allí se juntaron Martin Fiero, Osuna, y un Indio llamado Geronimo, y responde preguntádole que para que juntó este dicho Cuenca atodos estos, dijo que el Teniente Ant.<sup>o</sup> Pintos, y el Mayor Morales que se allavan acampados en dicho Bacacay los mandaron con el dicho Cuenca, como Capitan y Luis el Borracho de Baqueano a que rovaran cavallada y yeguada a las estancias de los Castellanos, que ellos los comprarian todos, y responde preguntado que quien los avía aviado de Armas y Municiones ignora quien las dio, y responde preguntado, que despues que salieron del Bacacay adonde fueron y a quien robaron y que fue lo que robaron dijo que vinieron a taquerenbó y que allí rovaron a un Gallego treze caballos, y que de allí vinieron al Queguay y robaron a Marcos Sueiro cuatro cavallos, y de allí pasaron a lo de Santiago Solito, y allí mudaron caballos, y rovaron un recado a un peon, y de allí vinieron al paso de Vera y pasaron de este lado del Rio Negro, y se fueron al Rincon de Yapeyu, y allí allaron a un Indio llamado Ignacio y lo amarramos, y le preguntamos que si havia mucha hacienda en la Pulperia de d.<sup>na</sup> Man.<sup>1</sup> Yañez, y si tenian muchas armas, y si avía mucha gente, y les respondió dicho Indio Ig.<sup>o</sup> que tenía muchos Ponchos y Gergas porque recien avían venido de B.<sup>s</sup> Ayr.<sup>s</sup>, y que tenía seis armas de Fuego y que no avía sino poca gente, y entonces determinamos el hir a avanzar a dicha Casa de Yañez y nos acompañó el dicho Indio Ig.<sup>o</sup> asta un Arroyo que esta cerca delas casas y de allí seapartó de ellos, y el que declara conlos demás avanzaron ala casa y tiraron tres tiros ala gente que estava adentro, y se retiraron luego para atras por que bieron que henian para esta Casa gente que les pareció hera mucha, y en el acto echaron la caballada al corral y la robaron, y detras del corral denudaron a un peon y a un Negro y a otro llamado Rudecindo le quitaron la chamarra, y de allí se fueron al Rincón con la Cavallada y Yeguada, y que esa misma Noche seis delos compañeros pasaron ala estancia de Ballejos y la avanzaron y rovaron un chapeado de plata bueno y dos frenos con copas, y dos Ponchos uno Balandran y otro apala y otras Menudencias; y de esta estancia pasaron ala Casa de Santiago Cabrera, y también lo robaron, y le quitaron dos hijas Mozas, y selas trageron adonde estaban los demás, y luego siguieron esa Noche porla costa del Rio Negro y allí estuvieron tres días, y luego pasaron al otro lado del Arroyo Grande

y de hay pasaron al Arroyo de Marrincho, y estando hay salieron unos compañeros del que declara y avanzaron a una casa y rovaron dos o tres ponchos, y dos recados, y una Manada de Yeguas con Caballos, y de allí pasaron alos Molles, y a un Negro, y a un Peon les quitaron los recados, y de hay cerca quitaron una cuadrilla de cavallos, y luego al otro día pasaron a Carreta quemada ala Pulperia y estanco para rovarla, y aviéndose quedado todos en un bajo mandaron a dos a dicho Estanco aque pidieran posada, y fueron desta diligencia Joaquin y Antonio, y se quedaron, y apoco que fueron estos dos se fueron ala dicha Casa todos con las dos Mugerres, menos el que declara, y Paboncito que se quedaron conla cavallada, y que estando el que declara con dicha cavallada hoyó unos tiros y le dijo su compañero que se fuesen para la casa alo que le respondió que el no hiba, y se fue el compañero, y a poco rato vio harder la casa, y responde preguntádole que quien avía pegado fuego ala casa y por que dijo que dijeron todos sus compañeros que Fran.<sup>co</sup> Gago le pegó fuego a la casa por que no querían abrir las puertas, y por qué avían Baleado á Luis el Borracho de adentro, y que estando ardiendo la casa salio hun hombre por una bentana, y uno lo quiso matar pero otro lo defendió que no lo matasen, y responde preguntádole quantas personas avía en esa casa dijo que hoyó decir que avía seis que uno salio porla bentana y otros se escaparon y tres sequemaron adentro y quedaron muertos y que asi ardiendo como estava la casa se binieron los compañeros del que declara adonde el estava con la Cavallada, y esa misma noche caminaron y adistancia como cosa de una legua ados se quedo el que declara con la Caballada y Luis con las Mozas ylos demas abanzaron a una Casa que alli donde paramos estava y en dicha Casa robaron dos Ponchos Balandranes un Freno con Copas unas Espuelas de Plata dos Pellones colorados, y unas Gergas, y toda quanta ropa avía y dos Caballos que tenían asoga, y una Guitarra, unas Maletas de ropa, y un sombrero blanco ytodas quantas prendas avía, y resp.<sup>de</sup> preguntado adonde caminaron de esa Casa dijo que caminaron ala costa del Yi y que luego que pasaron estubieron tres días en dicha costa y que fueron de alli Domingo el Pelado y Jose el Curitibano a la Estancia de d.<sup>na</sup> Juan Medina á robar una cavallada, y trageron la cavallada, y se fueron al Rio Pardo con ella; y nosotros fuimos a abanzar á dicha Caballada de dicha Estancia, y robaron todos los caballos que pudieron que no sabe quantos por ser denoche, y que

esta estancia es de un gallego, y de esta estancia pasó el que declara á otra estancia con los compañeros y avanzaron las Casas, y rovaron todo lo que encontraron, y tambien llevaron la Caballada, y que de allí se fueron al Rio Negro al paso de las Minas, y que pasaron el Rio Negro, y que allí estuvieron en el Rincon asta la tardecita que se fueron al paso de Salsipuedes y que allí durmieron esa Noche, y al otro dia pasaron en el potrero de dicho Salsipuedes, y que estando allí salió Cuenca con cinco compañeros á una Estancia a rovar la Caballada, y como a media noche vino Cuenca con los demas trayendo la Cavallada que avían rogado, y al otro dia determinaron que caminásemos para el Rio Pardo, y nos lo impidió una partida del Comisionado d.<sup>a</sup> Pablo Ribero acuo tiempo le mandó Cuenca al que declara al otro lado del Arroyo a que hiciese una picada para pasar los cavallos ensillados con mira de hirse esa Noche, y luego al poco tiempo llegó otra partida de Santo Dom.<sup>o</sup> Soriano y nos abanzó y nos pasamos al otro lado con cuatro cavallos, y entonces pasó parte de la partida al otro lado y nos sitiaron, y visto esto dejaron los cavallos y todo quanto tenían rogado, y se escaparon por los Montes que heran muy grandes, y que al otro día prendieron a Joaquín que salió del Monte donde estava el fogón abuscar carne, y los demás se desparramaron, y el que declara se juntó con Luis el Borracho, Fran.<sup>co</sup> y Gerónimo, y que a los tres dias de estar escondidos en el Monte salieron apie del Monte, y se fueron atacuarembó, y a los once dias llegaron el que declara y Gerónimo ala Estancia de Ramon, y Luis y Fran.<sup>co</sup> se fueron para el Rio Pardo, y a los tres dias de estar en dicha Estancia de Ramon se pasó el que declara al otro lado de Tacuarembó ala Estancia de Cardoso, y que el compañero se quedó en la Estancia de Ramon, y que estando el que declara en la Casa del dicho Cardoso llegó el sarg.<sup>co</sup> Bernave Alcorta, y lo prendió por noticias que tuvo de unos carreros que lo vieron salir apie, y responde preguntádole que adonde estavan sus compañeros, dijo que Luis y Fran.<sup>co</sup> se quedaron apie en el campo pero que tiene noticias que tenían un cavallo, y que luego hoyó decir que avían rogado Cavallos y se fueron al Rio Pardo, y que a los otros y Mugerres desde el dia del avance no los ha visto ni ha tenido noticias, y responde: preguntádole que quien es un Antonio que hace mención en la relación de la hida á el Estanco de Carreta quemada que mandaron a pedir posada, y en donde está éste; dijo que ese Antonio es un Mozo blanco natural

de Curitiba, que para en la Estancia del Teniente Chico, y responde preguntádole que si save que vengan algunas otras partidas de ladrones, y si save quien los manda; dijo que vio al viejo Chaves, y á Carabajal que vinieron á donde estava el que declara y los Compañeros, con cuatro hombres y les hoyó decir que andavan juntado su gente para venir a rovar a los Castellanos, pero que no save quien los mandava, y responde, preguntádole que qué disposiciones de guerras tienen los Portugueses y qué es lo que se abla entre ellos, dijo que en el Bacacay tienen cuatrocientos hombres acampados entre vezinos y pagados y que allí tienen una Carreta de pólbora y otra de Balas y todos tienen armas de fuego, y que las guardias las an reforzado degente, y que estavan esperando mucha fuerza de gente de San Pablo y de Minas, y que en el paso del Yaguy frente del Pueblo tenían echas minas, y que entre los Portugueses no combersan otra cosa sino de las guerras con los Castellanos, y que todas sus miras es tomar á Montevideo, pues los Pueblos de Misiones ya los contavan por de ellos, pues de Montevideo ya estavan pasando las haciendas á Buenos Ayr.<sup>s</sup> de miedo, y que es quanto save y tiene que declarar socargo del Juramento que hecho tiene, y leiéndole esta su declaración dijo que estava vien escrita en la que se afirmó y ratificó y que es de edad detreinta y cuatro años poco mas ó menos y no lo firmó por que dijo no saver y lo hizo asu ruego uno de los testigos de mi asistencia y lo firmé yo dicho Alc.<sup>de</sup> con los tgos. demi actuación con quienes lo autorizo afalta de Escribano y en este papel comun por no aver otro. = Arruego del declarante por no saver firmar y como tgo. Pedro Gil Infante = Pedro Man.<sup>l</sup> Garcia = Tgo. Jose Antonio Perez Moreno = Tgo. Man.<sup>l</sup> Jose Zapatin.

Causa del Ladron Criminoso contrala Persona de Jose Salinas — y qu fue remetido al Exmo. Sr vi rey obrada por el Alc.<sup>e</sup> de 1.<sup>o</sup> voto dn. Pedro Man.<sup>l</sup> Garcia año de 1797. (Legajo 8).

Archivo del Juzgado Dep.<sup>tal</sup> de Soriano. Legajo 1797. Archivado 8.

# UN TRABAJO CRITICO MAGISTRAL

por  
VICTOR DOTTI

Entre los trabajos consagrados al insigne novelista Eduardo Acevedo Díaz, dos serán actuales siempre: el que hace ocho años compuso Francisco Espínola para servir de prólogo al "Ismael" de la Biblioteca Panamericana y el de Roberto Ibáñez a la edición de la misma obra, que acaba de publicar la Biblioteca Artigas. Al hacer esta afirmación tengo muy presente un trabajo meritísimo del doctor Luis Bonavita, pero que sólo enfoca aspectos parciales de su vida. (1).

Los estudios de Espínola e Ibáñez son frutos de la lucidez interpretativa de sus autores, de sus ricas experiencias estéticas, de exigencias duras y sin reparo consigo mismos y de viril amor a la producción acevediana y al hombre inmenso que las creó presente, pese a su pudorósísima impersonalidad, en cada frase de sus escritos.

La "crítica de altura", al modo de la que señorea en estos dos prólogos magistrales, ha sido rara siempre. Entre nosotros, Rodó y Vaz Ferreira no han tenido —no podrán tener— muchos continuadores. En su lugar, hemos tenido casi siempre: la crítica de la corazonada, a veces ejercida por ingenios de singulares dotes; la crítica, generosa pero deleznable, del ditirambo irrazonado; la crítica reseca de quienes han sido condenados a no salir de lo más cortical de las obras; la crítica de toma y daca de quienes, mendicantes de notoriedad, hoy aplauden sin medida en espera de la retribución desmesurada de mañana, sin pensar en el olvido de pasado mañana; la crítica, sin sensibilidad y sin nobleza, de los pedantones que sólo pueden deslumbrar a los incautos con las cuentas de vidrio de su erudición barata, sus severidades de dómynes y su servilismo a todo lo que pertenezca al nuevo gay-trinar;

(1) «La intimidad dolorosa de E. A. D.»: «El Día», 23-VI-40.

por último, y sin agotar la serie, la crítica que es reflejo de las vísceras irritadas: la que, por antipatía personal, por odio, por desquite a justicias o injusticias, tiene su gozo y su finalidad en negar al contrario el agua y la sal, en clavarle alfilerazos, con olvido pueril de que la verdad termina por ganar todas las batallas.

\* \* \*

Alguna vez esos dos estudios ejemplares a que antes me referí, mutuamente se complementan y fortalecen. Un caso: la filiación estética de Acevedo Díaz. Alberto Zum Felde lo había situado dentro del romanticismo, aunque con la salvedad de que éste estaba equilibrado por ciertas dotes de observador y seguro conocimiento histórico. Esta errada interpretación primó durante varios lustros. (2). Más tarde Víctor Pérez Petit dijo, en su "Atenas del Plata", que el gran escritor fué realista muy a su pesar. Asevera que vivió reacio al realismo, "que no quería admitir teóricamente, que no aceptaba llevado por íntimas reprobaciones. (3). Concluye: "Llamésmole, pues, el último romántico para complacer sus manes; pero considerémosle, para nosotros, como el precursor del naturalismo. (4). Estas afirmaciones de Zum Felde y Pérez Petit eran dos corazonadas de opuesto signo y, si bien ni la una ni la otra podían satisfacer a algunos espíritus afinados, atentos y libres, trajeron la confusión de quienes —críticos, profesores, simples lectores— ignoran el difícil ejercicio de caminar solos.

El agudísimo cateo de la obra acevediana realizado por Espínola hace unos ocho años, ponía las cosas en su punto. En el ya

(2) Rumbearon mejor los críticos que comentaron las grandes novelas de Acevedo Díaz cuando éstas se publicaron: P. V., Alvaro de Luján, Manuel P. Bernárdez, E. López Bago, que tuvo la visión y la valentía de afirmar en 1888 que «Ismael» era una obra maestra, de la que la literatura oriental debía enorgullecerse. También Roxlo vió entonces con mucha más claridad que en su «Historia Crítica de la Literatura Uruguaya». Escribía poco después de la aparición de «Nativas»: «...el novelador pertenece a la escuela del realismo... Exceptuando «Brenda», primera producción de Acevedo Díaz contaminada por un exceso de romanticismo juvenil, el resto de la obra del autor uruguayo responde a la concepción sabiamente estética del realismo» (Libreta de recortes hecha por el propio Acevedo Díaz y existente en el Archivo de Investigaciones Literarias).

(3) O. C., pág. 190.

(4) Idem, pág. 190.

citado prólogo a "Ismael", se lee: "En realidad, Acevedo Díaz no es, temperalmente, un escritor romántico... Lo que induce a error es que en las páginas de Acevedo Díaz hay elementos románticos. Pero si se mira con atención, descúbrese en seguida que están pegados con prisa y sin interés vital para el escritor, sobre la muy distinta naturaleza del todo... Considerando en conjunto sus obras, siéntese esas irrupciones románticas que en ella se recortan — tanto se recortan!— como depositadas por la inercia de modos superficiales, sin arraigo anímico que, esos sí, no son suyos sino adquiridos y a flor de piel. (5).

Ibáñez —aunque con diferencias de matices— llega a conclusiones muy similares. Mediante el análisis de las grandes novelas de Acevedo Díaz y, al mismo tiempo, de trabajos que aquél publicó en "El Nacional" y en "El Siglo" y del prólogo a la segunda edición de "Brenda", prueba que "hubo en él fundamentalmente un realista". Y, además, que quiso serlo. Todo esto, claro está, a partir del "Ismael". También el más grande de los realistas franceses del siglo pasado, Gustavo Flaubert, antes de componer su primera obra maestra, "Madame Bovary", tuvo que ser operado —se lo confesó a sus amigos Builhet y Du Camp— del "cáncer" del romanticismo. (6). Eso no le impidió, como a Acevedo Díaz, conservar algunos resabios románticos.

Pero el realismo y el positivismo, tan emparentados, como ya lo observaba en el siglo pasado Lemaître (7), no le impiden a Acevedo Díaz ser él mismo. Con noble orgullo, escribió: "Soy realista, pero a mi modo, bueno o malo..." (8). Ibáñez señala lo que diferencia el realismo acevediano, más que del de Flaubert, del naturalismo de Zola y sus discípulos. Con su robusta pluma de escritor, nuestro crítico traza vívidamente las diferencias: "... el suyo (el de Acevedo) no es el mundo envejecido y depravado, de tintes vespertinos, civilizadamente sórdido y brutal, de los maestros europeos; es un mundo inocente y bárbaro, de lumbres mañaneras, habitado por criaturas elementales, si propensas a la reversión, a la

(5) Prólogo al «Ismael» de la Colección Panamericana (Vol. XXX).

(6) Testimonio de Maximino Du Camp, reproducido por Dumesnil en «Gustave Flaubert», pág. 134.

(7) «Les Contemporaines», VIII, pág. 91.

(8) Artículo de A. D.: «Pasajes Literarios. Tentanda», citado por Ibáñez.

taimonía, a la crueldad, levantadas de su ínfimo nivel por la vocación del sacrificio y del heroísmo". No es la única diferencia que anota Ibáñez entre nuestro novelista y los maestros del realismo francés.

Entre los otros maestros de Acevedo Díaz, Ibáñez otorga principalía a Homero. Ignoro si ningún crítico de Acevedo Díaz había palpado y documentado este magisterio del aedo gloriosísimo, pese a que en las mejores páginas del novelista uruguayo se oye como un rumor oceánico y salvaje que recuerda al de la "Iliada". Y esto parece más fácilmente audible en "Ismael", tanto en los pasajes en que se canta la vida de nuestros paisanos en las vísperas del alzamiento de 1811 (el de la tigre, el aparte, la descripción del campo cerril, la matanza de la vaquillona, etc.), como en aquellos en que evocó, "con pulso de gigante", la gesta emancipadora desde Asencio a Las Piedras (Capítulos XXIX a XLI y L a LIV). A propósito de una de las rarísimas páginas autobiográficas de Acevedo Díaz escuchemos esta exégesis, digna de un maestro de la crítica y del estilo: "Siendo "muy joven" se absorbió en la "Iliada" con una suerte de furor y de embriaguez, hasta hacer una "cosecha de entusiasmo y de enclamientos varoniles". Nadie quizá leyó nunca al poeta con ardor semejante. Y esa extraordinaria lectura de la adolescencia, en vísperas de la "revolución de las lanzas" a que corrió en seguida Acevedo —menos distante de la guerra de Troya pese a los tres mil años transcurridos que nuestras conflagraciones modernas de aquella guerra gaucha— le templó la imaginación decisivamente. Para él, educando activo, no discípulo literario del poeta, éste fué, más que un modelo, un modelador". Y que esto no se embarulle. (Pienso que en crítica literaria, como ocurre con tantas cosas, los esclarecedores son unos pocos; los embarulladores, la aplastante mayoría. Esto no es copiar a Homero; no es tener reminiscencias de Homero; no es inspirarse en temas de Homero; no es imitar a Homero. Es haber sido ayudado por Homero a formarse a sí mismo. Es escuchar de otro espíritu la palabra mágica que me ha revelado cosas esenciales de mi yo. Esta revelación, despertamiento o rozamiento— acaso inadecuadamente llamada influencia— sólo es posible cuando hay semejanzas profundas entre maestro y educando. De ahí que, si forman legión los discípulos de Homero, unos pocos han sido capaces de hacer obra de tónica homérica. Entre esos pocos está Acevedo Díaz.

\* \* \*

Para identificarse con nuestros "primordios", nuestro autor dispuso de otras ayudas: una, la del abuelo materno, que le enseñó a amar un pasado heroico en que había tenido destacada actuación; otra, la más preciosa, la de las revoluciones gauchas, especialmente la del 70, cuando tenía diecinueve años. Aquel mundo de viril pujanza y de sana barbarie lo hizo suyo para siempre por lo mismo que la "Híada", a pesar de Hermosilla, suscitó en él aquella "cosecha de entusiasmos y encelamientos varoniles": porque tenía afinidad profunda con su temperamento.

Tal embeleso le produjo nuestro campo que acaso esto fatalizó su pluma de narrador: "como perdido cuando maneja figuras civiles y se sustrae a la tónica sugestión de la tierra", según observa agudamente Ibáñez.

Sólo esa afinidad portentosa puede hacernos comprensible que las experiencias de dos patriadas —una de ellas de corta duración— le hayan bastado para asir de modo tan esencial nuestra tierra, tal como se ve en las tres primeras partes de la tetralogía y en "Soledad". Algunas murrangadas, pocas y sin importancia, pueden señalársele. No es aquí el lugar de hacerlo.

\* \* \*

El prólogo que vengo glosando acusa otras calidades fuera de las que hacen de su autor uno de los grandes críticos que ha tenido el Uruguay: Ibáñez es un prosista admirable.

En sus primeros trabajos críticos, compuestos hace cerca de veinte años, había en su prosa cierta cargazón barroca, alguna búsqueda impaciente de la originalidad. Esos veniales pecados de juventud han desaparecido de sus trabajos de los últimos años.

Un magistral manejo de los caudales de la lengua, una difícil sencillez, un ascético desdén por todas las cosméticas, una frase voluntariosamente asordinada, una ejemplar economía de palabras, cimbradas de carga anímica, un ímpetu contenido y trabajado, muestran a un estilista en la plenitud de su fuerza.

El trabajo de Ibáñez es tan macizo y tan rico en sugerencias que daría tela para un extenso comentario. Si yo lo hubiera hecho, habría señalado alguna discrepancia de poca monta que —de asistirme la verdad— no habría menoscabado la grandeza de este frontón que la Biblioteca Artigas tuvo el acierto de colocar a la entrada de su edición de "Ismael".

## EL IDEALISMO DE SANCHO

por

HUMBERTO PEDUZZI ESCUDER

Una interpretación del "Quijote", después de tantas, es posible. Las obras maestras, como el mundo leibniziano, encierran un "infinito actual", siempre un infinito *actual*. Desde el simple comentario hasta el estudio de fondo, pasando por todos los grados; desde la investigación ceñida a los datos más concretos y palpables, hasta el descubrimiento de lo más fino e imponderable, desde cualquier punto de partida hasta cualquier meta cercana o lejana, toda equivocación que se cometa encierra una parte de verdad, la que no dejará dormir tranquilo al escéptico; pero que, con respecto a la interpretación del "Quijote", es la más justa observación.

\* \* \*

Eso del materialismo sanchopancesco siempre me ha convencido a medias; no diré lo mismo del idealismo de Don Alonso Quijano el Bueno; pero sí que las fuentes del tal me han parecido siempre otras de las que se dan. Sancho *reconoce* la existencia del mundo, sabe de las condiciones que hay que considerar cuando se está dentro de él. En realidad, el hombre y el mundo, para él, son dos términos de una ecuación, en donde el hombre, además de espíritu, es cuerpo, y éste por algún lado es tan sagrado como el alma, puesto que llena una función por ninguna otra cosa llenada.

\* \* \*

La vida de Sancho es una afirmación, una milicia, aunque sorprenda. El, uno de los tantos caballeros del ideal. Un escudero idéneo de un caballero ideal.

\* \* \*

Para Don Quijote, el descubrimiento de otra forma del ideal que junto con la suya merecía ser salvada porque como la suya des-



cansaba sobre la actividad. Si palmo a palmo había que conquistar el puesto de caballero, si ruda y diariamente había que defenderlo con obras, también esta otra virtud era un vencimiento de sí. Se inclinaba a la tierra para tomar mayores fuerzas; pero no era materia sin redención, sino espíritu.

\* \* \*

Sancho necesita de imágenes concretas. En esto es pueblo, y pueblo hispano. Su devoción pide noticia particular del Dios, una señal, aunque pequeña, de sus pasos por la tierra. Encontrada, ya queda satisfecho; y en esto, también es pueblo, héroe del sentido común, y el sentido común es el escalón más bajo del templo de la sabiduría, la sabiduría de las almas a quienes se ha negado la visión de lo grande: pero que tiene naturalmente el instinto de lo grande que se hace consciente en las otras. Aunque ciego, Sancho sigue el camino que debe seguir con la notable seguridad de un vidente. Alonso Quijano el Bueno lo ha comprendido tarde; mas lo ha comprendido. Don Quijote no hubiera sido tal sin esto, que es la última etapa de su sabiduría, y que se debe adquirir como cosa vital poco antes de la muerte para que el hombre quede completo. En realidad, Don Quijote no renuncia a su ideal sino a los extremos del mismo, y esto es el conocimiento de que existía otro mundo tan completo como el suyo; que se había ido desarrollando armoniosamente a su lado, siguiendo sus propias leyes y que, como el suyo, se había desprendido lentamente de lo que entorpecía el juego de su fuerza, el movimiento de sus músculos. Para Sancho, este es el momento en que comprende que eran otros que los ligamentos del interés los que lo unían a su amo. Con la ayuda de la imagen terrena y ruda jamás comprenderá. El no es Calibán shakespereano, desterrado de toda luz, materia que no será nunca espíritu, sino una especie de genio intermediario como los que concibió la mitología griega; aquí, espíritu inclinado a la materia, demasiado conocedor de sus leyes para elevarse rápidamente de ella hacia las alturas. El conocimiento de las condiciones le impide en parte ver lo que está más allá de las condiciones; esto, más en el pensamiento que en la deducción que se obtenga de sus propias acciones, que en sus acciones mismas. Por esto, a ciegas, sin tropezar, sigue el camino verdadero. En este mundo basta tener el instinto de lo bueno, —Goethe lo sabía muy bien—, para estar salvado. Y

Sancho lo está en la conciencia de todos. Mefistófeles o Calibán en la de ninguno, porque no lo tuvieron.

\* \* \*

Sancho no tiene por qué vencer gigantes o malandrines, desfacér entuertos, ir por el mundo en ayuda de viudas o de huérfanos, libertar princesas encantadas, pues aun quedándose en su humilde lugar, su bondad es activa, de una actividad escondida, su fidelidad hacia seres y hacia cosas es ya anuncio de la superior devoción del caballero hacia su ideal, sabiduría en el plano del instinto, aunque ello parezca a primera vista contradictorio. En La del mal, que no define y que es, aparentemente, casi una categoría. La del bien, que puede ser conscientemente activo (Don Quijote), o sin conciencia, por una pobreza de espíritu (Sancho).

\* \* \*

El problema en el fondo, es siempre el mismo: el conflicto de las partes más bajas del ser con las más altas, y la ulterior armonía de éste consigo mismo. He aquí donde Cervantes ha descubierto algo de una importancia inusitada. Es posible ser sabio sin buscar serlo. Sancho es una respuesta al problema. Sin pasar por la etapa de una conciencia dividida entre los cuidados de la tierra y los del cielo, se puede llegar a un alto grado de sabiduría. El problema de hecho tiene dos soluciones. Fausto frente a Mefistófeles, Próspero frente a Calibán. Don Quijote en pugna contra todas las formas del mal, es el género de solución propia a los más altos ejemplares humanos. Sancho es la otra, la que ignora el problema, y actuando como si éste no existiera, la está dando a cada momento una solución adecuada.

\* \* \*

Cervantes es, eminentemente, un renacentista: la búsqueda de Dios ha quedado suplantada por la búsqueda del perfeccionamiento interior, de la lograda y total armonía de una vida plena, armonía que para Cervantes, en el caso de Sancho, se puede conseguir, sea todo lo que se quiera de paradójica, aun sin buscarla. Existe propiamente una sabiduría que no es sabiduría; pero que

es *sabiduría*. Sancho es el símbolo de ello. El héroe de la sabiduría del sentido común.

\* \* \*

Don Quijote se hace de golpe dueño de sí mismo, y para siempre. Es entonces cuando comprende a Sancho, y éste, del más digno de los escuderos pasa a ser el más digno de los hombres. Se percibe recién que no fué el azar el que los juntó, que aun si no hubieran vivido en las cercanías se habrían juntado, porque son algo más que dos hombres que han salido a correr las mismas aventuras y que de vuelta se encuentran, porque no hay ninguna razón de separarse, todavía juntos.

\* \* \*

Don Quijote debe evolucionar como representante de la inteligencia. Sancho no, porque es el instinto. Sancho sólo se puede *compenetrar* cada vez más con su destino, y es lo que hace. En el alma de don Quijote el tiempo va inscribiendo su cifra, la hora mala o buena es riqueza adquirida que por sí sola, en silencio, va fecundando. De ahí, reformando su ideal, reconociendo, más que ante nadie, frente a sí mismo lo que éste posee de innatural, que don Quijote conquistó lo único que le quedaba por conquistar: el dominio sobre sus propios sueños, la sabiduría de que este mundo está bordado sobre el "tejido de los sueños". Pero antes de llegar a esto era necesario recorrer la ancha o estrecha ruta, la larga y trabajosa vía del ideal heroico, porque sólo la milicia obtiene frutos. El lugar donde nacimos es rico si se vuelve a él, si este no es Sancho, y aún es conveniente que Sancho también tenga aventuras que contar en las largas veladas. El alma se recobra frente a los paisajes familiares, ante la vista de la eterna rutina. (Quizá el desequilibrio del hombre moderno tenga en la pérdida de esto uno de sus orígenes). Don Quijote pudo mirar a través de ello la eternidad como a través de un agua clara. Todas sus hazañas pasaron ante su vista, y la nada de las cosas de este mundo se hizo evidente, con nostalgia quizá; pero sin dolor, porque ya estaba con una mitad del ser fuera de este mundo.

## RECORDANDO A PEDRO PICCATTO

El 26 de febrero último la muerte física de Piccatto cumplió diez años.

Para ese entonces, desde antes y siempre, Liber Falco instaba a que se consagrara una página en su recuerdo; con su primoroso sentido de la amistad e impedido por ahora de hacerlo personalmente. Pero también incitando el juicio de otros lectores, en la confianza de comprobar una nueva dimensión de la sobrevivencia del poeta amargo de quien fué amigo y admirador estremecido. Pues Falco es uno de esos seres que, según dijera Rodó, "salvan, en el puerto abrigado y calmo de su piadosa memoria, nombres y obras que la injusticia o la indolencia de una época han condenado al olvido común".

Suyo fué el primer homenaje. Había escrito "a Pedro Piccatto", en enero de 1941, el poema que —("Ahora a su memoria")— se publicó en "Marcha" el 16 de junio de 1944.

*Te veo un ángel  
de hueso, piel y carne florecido,  
ojos de lince y aldabón de sienes  
golpeando en las puertas del olvido.*

*Y más lejos te veo,  
en una tarde azul y proletaria,  
de blusa azul  
con tus ojos ya claramente azules,  
hablando con muchachas  
de blusa azul,  
y azul de fondo el cielo.*

*Luego te vas por una calle solo,  
y en la cuarta, quinta o sexta puerta  
preguntas por un niño  
que no nació y nacerá mañana.*

*Ese niño eres tú. Y te vas alegre,  
porque mañana es Mañana  
y detrás de las puertas,  
definitivamente  
contestan camaradas.*

Y bien, yo no conocí a Pedro Piccato; ni de vista. Y eso que debemos haber andado por los mismos lugares y a las mismas horas; cargando casi los mismos años y agitados por idénticas inquietudes. Debo atribuir este desencuentro a que mientras Piccato devoraba el dolor de "aquel muñón de sus alas" ("Tal fue la pura y definitiva imagen con que Roberto Ibáñez definió su infortunio" —escribió Bordoli)—, yo sufría del mal del *patito feo*; porque él se veía con su infortunio; y yo no, con el mío; porque él dialogaba con Dios y yo, silencioso, huía de los hombres.

Después de su muerte empecé a conocerlo. Por la caracterizada cabeza que le modelara Juan Martín, que Liber Falco conserva en su casa. Por Mario Arregui, que trazara un retrato elemental — según él, y para mí definitivo —, ("Marcha, 14/7/1944). "...pequeño y delgado, vestido de azul, larga cara pálida construída desde dentro, ojos acerados de mirada recta y firme, pelo rubio oscuro que caía a veces como plegadas alas diabólicas sobre la frente inquieta y obstinada, voz precisa que se tornaba violenta en los desgarrones y se alargaba en el brusco ademán. Toda su figura parecía moverse en un espacio de batalla y de muerte creado por una vida exasperada, intensa y gesticulante, — una vida especial, vedada a nosotros, que se desarrollaba para él en algún sitio, y a la que estaba atado por hilos invisibles. De inmediato nació en mí la certidumbre de que aquel hombre pequeño poseía, para grandeza y sufrimiento, una personalidad duramente afirmada por la desnuda frecuentación del dolor y el constante contacto con los filos de su parte de misterio". Y helo aquí, evocado por Liber Falco ("Marcha", 4/6/1948), cuando corrían para ambos los veinte años y militaban "en cierto revolucionarismo impaciente y casi nihilista", sobrellevando juntos (el verbo es de Falco y lo pinta entero) "algunas tertulias discutidoras". "Piccato empleaba en las discusiones una táctica de guerrillero, tenaz y conturbadora, donde la improvisación desempeñaba un importante papel. Sus apreciaciones sorpresivas y tajantes, plenas de ingenio a veces, hacían

que se le perdonase el olvido frecuente del objeto en discusión. Cuando escuchaba, uno sentía que hurgaba en busca de alguna fisura — olvidada al correr de la exposición — por donde poder desharatar los planes del contrincante". Mas se arrepiente de haberlo observado con tanta agudeza y de haberle hurtado al amigo desprevenido una imagen harto viva de su intimidad crucificada, y agrega: "Había que conocer bien a aquel ser que se llamó Pedro Piccato, amarlo y comprenderlo, para no atribuir a un resentimiento excluyente, algunas de sus inusitadas violencias".

Amarlo y comprenderlo — he aquí lo que han hecho Liber Falco y Mario Arregui. Pero esto no los ha satisfecho. Este ha confiado a otros la valoración de su poesía: "Hay que jugarse la vida en una sola carta. Yo la juego en la Poesía — le oí decir muchas veces a Piccato. Otros y el tiempo dirán si ganó o perdió". Y Falco, por su parte, afirma: "Yo creo que sus poemas muestran acabadamente la experiencia de un alma solitaria, que buscó trascender los elementos de toda una vida, para juntarlos ahí donde podían serle más fieles; en la poesía".

Veamos, pues, en el correr del tiempo, qué apreciaciones calificadas se han hecho de la obra poética de Piccato.

Domingo Luis Bordoli ("Marcha, 4/6/1948) tenía que sentir en lo más íntimo de su ser cristiano y aún más, en su espíritu encendido (soplo del Antiguo Testamento, como dijera Roberto Ibáñez), la presencia de Dios palpitando en los versos amargos de Piccato. "No hay un solo verso de Piccato donde se niegue la existencia de ese Ser que le ha engendrado para el sufrimiento". Debían impresionarlo versos como estos:

— *Heridas comparables a las que sufre Dios  
Cuando crea el dolor de un inocente.*

(II de "Angel Amargo")

Pero nos advierte Bordoli: "Antes de ver el proceso de Dios en esta obra, conviene adelantar que todas las menciones del poeta hacia su herida, refieren siempre su humana e inculpable desventaja. ¿Por qué si existe Dios, "Dios necesita la limosna eternal del sufrimiento?" (León Bloy). Aquí sólo tienen derecho a responder aquellos seres inocentes que el misterio de Dios destina a la

desgracia, pues no se trata de una respuesta que pueda alcanzarse intelectualmente, sino de una verdad que se va haciendo en ellos del mismo modo misterioso, evidente, que un órgano se hace en nuestro cuerpo. Es un modo de conocimiento idéntico al de los místicos y al de los poetas”.

Y en verdad que a través de este recomendable estudio de Bordoli, al releer la obra de Piccatto, se percibe cómo el poeta se aferra a su herida lacerante y a las rosas que cultiva amoroso en su jardín de Sayago, para dialogar con Dios en la intimidad. Como asimismo uno se aventura a deducir el propósito de Bordoli, que es el de señalar por lo menos dos de los caminos que conducen a Dios: el que misteriosamente está trazado de su dedo y el que el hombre, en su libertad impuesta por Dios mismo, escoge en las sombras de su infortunio.

Por eso: “Conviene repetir que la rosa aparece siempre en este libro como la imagen de la Belleza. Junto a la rosa, sosteniéndola en la tierra, y recogiendo todo lo que en ella muere, o invisible se escapa, siente el poeta la desierta y marcante presencia de Dios:

*Y así,*

*quedaba yo como una rosa cuando sale de las manos de Dios.*

*(XXI, de “Angel Amargo”)*

Roberto Ibáñez también ha contribuido, con su indudable autoridad, a crearle una atmósfera justamente admirativa a “un gran poeta que moría ignorado”. En el homenaje que se le rindiera el 10 de noviembre de 1944, en el Ateneo de Montevideo, con motivo de haberse editado “Las Anticipaciones”, Ibáñez le dedicó una conferencia, de cuya síntesis, aparecida en “El País”, de 16 de noviembre, me sirvo para concluir esta nota.

Afirmó Ibáñez que “su canto emergía de las más auténticas entrañas de la poesía, su canto no fácil ni accesible, heroico y labrado en el silencio más tenso y en la luz más alta!”.

“Hizo conocer entonces, el poema inicial — brevísimo, ascético, relampagueante — que parecía una profesión de la fe vital (aludía en él a su tragedia, pero, con una severa conciencia estética, y rehuía lo humano demasiado humano, que Valéry señalaba como un riesgo mortal para la poesía); leyó luego el segundo y el tercer poemas, donde Piccatto cantaba el destino de la canción, e

izaba con valentía la tragedia del sexo, respectivamente; dió lectura asimismo al poema donde se evocaba la niñez del corcovato; y después de leer estos poemas, donde el virtuosismo no estaba en la construcción del conjunto, sino en la sapiente adivinación de la superficie, en la búsqueda apasionada de la esencia se refirió al poema nueve (de “Sangral”), uno de los más puros y trágicos del libro”.

En otro pasaje de su disertación “subrayó que la parte del libro titulada “Evidencias” tenía una novedad indecible y revelaba conmovedoramente el amor de Piccatto por la vida”.

Destacó “la presencia de símbolos frecuentes: por ejemplo, la campana y el color naranja, que tenían en su poesía una especial significación erótica”. Y en cuanto a “Jardín y Mar” — serie de expresión inmediata y de reconditeces simbólicas — daría una intersustanciación entre el jardín y el mar: “un tenaz delirio de agua y flor con que Piccatto iba creando su paraíso”.

El ángel amargo, pues, que murió desconocido, tiene ya sus críticos y su público, pero seguramente ASIR recogerá este año alguna voz nueva.

D. T. P.

# NOTAS

por

JORGE ARIAS DURAN

MORAL Y RELIGION. — Sólo al librarse de la obligación comienza a tener sentido la virtud.  
Sólo al librarse del miedo comienza a tener sentido la religión.  
En otras palabras, cuando resultan *innecesarias*.

FACULTAD CRITICA. — Como todas, susceptible de desarrollarse, aguzarse, afinarse, pulirse... Ciertamente que no podremos ir más allá de nuestros límites, que la naturaleza nos ha dotado en cantidades que no podemos sobrepasar por el esfuerzo. Ciertamente. Pero vale la pena avanzar hacia ese límite. El límite de nuestra facultad crítica es uno de esos horizontes aventurosos que retroceden a medida que avanzamos. Nietzsche supo esto.

TEMOR DE LA VIDA. — Antes pensaba: ¿Cómo pueden vivir los hombres olvidando que hay muerte? Ahora pienso: ¿Cómo pueden vivir los hombres ignorando a la vida?

LAS LINEAS RECTAS DEL PRESENTE. — Si nuestra conducta fuera enteramente imprevisible, pareceríamos *absolutamente* vivos.

ALGUNOS RECUERDOS. — ¿Por qué algunos recuerdos nos son tan penosos? Tal vez porque no hemos tenido el valor de enfrentarlos y verlos en toda su pequeñez.

Naturalmente, la pequeñez de estos recuerdos es idéntica a la nuestra.

MADUREZ Y PASADO. — En ocasiones, la dificultad de llegar a la madurez parece consistir en la dificultad de asumir y recobrar plenamente el propio pasado.

CRITICA CONSTRUCTIVA. — La crítica es esencialmente destructiva.

Consiste en el análisis, y el análisis es división. Aun la crítica elogiosa divide: "el movimiento de las frases", "la exactitud del pensamiento", "la opulencia de las imágenes"... etc. Al dividir, destruye por lo menos la unidad... o la confusión.

Pedir al crítico que dé en cambio de lo que critica es preguntarle por qué no ha sido artista: una intrusión en su intimidad.

Las empresas de demoliciones no construyen casas. Eso sí, venden materiales aprovechables.

MILOSZ. — A veces me atrae, porque expresa *el dolor* (así, sin determinación, el dolor sin objeto) con una intensidad arrebatada y grave que nos impone la grandeza de su alma.

Pero rechaza que para ver ese dolor se retuerza el corazón: que ensanche su herida y le impida cicatrizar; que se complazca en la vista de la sangre.

A veces pienso que tuvo la idea de que abriendo cada vez más hondo esa herida llegaría a conocer una verdad importante.

Y herirse con las propias manos es complacerse en el dolor, y también vanidad, y muestra de un amor propio demasiado. Pero siempre supo apartar algo su dolor personal, y presentar de él sólo una lejana, apagada, crepuscular resonancia.

Inspira a la vez *amor, temor y respeto*.

NOVELAS POLICIALES. — Si el lector de novelas policiales buscara el horror, leería a Villiers o a Hoffmann. Si buscara el ingenio, a Oscar Wilde, a Chesterton, a Shaw, etc. Si se apasionara el enigma, se deleitaría en los jeroglíficos, en los criptogramas... o en la vida. Hechizado por la aventura, Stevenson sería su profeta.

La verdad es que el lector de novelas policiales pertenece a la familia de los bebedores de cocktails. (Un poco de cada cosa. Y cosas fuertes...).

Como ellos, sólo busca olvidar, por lo general.

**FOTOGRAFÍAS ANTIGUAS.** — Los retratos fotográficos antiguos, los daguerrotipos, eran de forma oval; en ellos los rostros surgían como asomándose a nuestra vida en medio de una tenue nebulosidad gris esfumada hacia los bordes, que no era difícil de asociar con esas zonas neblinosas de la memoria por donde regresan los olvidados. Entrecerrando los ojos, forzando un poco la imaginación, aun podemos darles entidad de aparecidos, suscitarlos y soñarlos.

En el retrato moderno los rostros aparecen enmarcados rígidamente por rectángulos de *passé-partout*; se ha trocado el óvalo, envolvente y voluminoso, por el chato rectángulo; se ha perdido en fuerza evocativa lo que quizás se haya ganado en valor plástico.

Tal vez no sean los retratos lo único valioso que en nuestras manos se ha vuelto decoración.

**PELIGRO DE LA SENSIBILIDAD.** — Cuando sentimos, nuestra alma es pasiva, receptora. Sentir es padecer, sufrir (usando estas palabras sin su sentido de dolor) la influencia de algo externo que ingresa en nosotros. Cuando este padecer adquiere una forma, cuando no es un sufrir sino una forma de sufrir, esto está bien. Pero cuando la capacidad de formar sentimientos es débil, el alma se carga de sentimiento indiferenciado, sin color ni forma, como si de electricidad. Y todo empieza a mancharse (no a dibujarse); a mezclarse (no a combinarse). Esto es pernicioso.

### LA MURALLA CHINA

Los persistentes esfuerzos de pensadores y críticos por desentrañar el "problema Kafka", han gravado su obra con una penosa carga de intelectualismo. Kafka, expositor simbólico de la condición judía (Max Brod); Kafka pensador, Kafka filósofo, Kafka profeta (André Rousseaux)... Si Kafka (o cualquiera) hubiera querido hablar del judaísmo, atacarlo o hacer su apología, habría escrito algo por el estilo o contra el estilo de *El judío internacional*, no

*La Muralla China*. Un Kafka profeta, por su parte, interrogaría el Apocalipsis como Claudel o anunciaría la caída de la Luna como Milosz, pero no haría la *Descripción de una lucha*.

Ocurre con Kafka un hecho singular que no deja de ser muy revelador de sus extraordinarias cualidades. Es difícil seguirle en su propio terreno. Cierta clase de enrarecida y aguda fantasía que sólo nos visita, si nos visita, en sueños, he aquí la poco transitada zona donde normalmente se mueve. ¿Qué de extraño hay entonces en el absurdo, si es el absurdo de los sueños, qué de extraño en la crueldad, en el ritmo inhumano de los acontecimientos, qué de extraño en los hechos sin sentido que cambian miserablemente el curso de graves sucesos? La manía interpretatoria del psicoanálisis ha interferido en la apreciación de nuestros sueños, abrumándonos con claves, símbolos, represiones. El placer que puede proporcionarnos la lectura de Kafka —y su correcta apreciación— se estropeará de un modo similar si buscamos en él un sentido, un sistema filosófico expresado por símbolos o la confesión retorcida de sus sentimientos de inferioridad.

Quien no guste de recordar sus sueños —que es como decir: quien no sea un poco niño todavía— rechazará con fastidio a Kafka, o, lo que es peor, lo interpretará. Para él está definitivamente perdida la rara belleza del País de las Maravillas.

### SORPRENDIDA

He aquí una novela donde el artificio técnico está tan hábilmente disimulado que resulta imperceptible; donde el autor sabe desaparecer por completo y al mismo tiempo tener firmemente los hilos de la trama y establecer una sutil moralidad; donde el esfuerzo se concentra en suprimir intermediarios entre personajes y lector, y con buen éxito.

Podríamos decir que los héroes de Graham Greene soportan una previa condenación; que los de Meredith sufren la pesada autoridad del novelista-Dios. Los de Joyce Cary, disponibles, abundantes en proyectos y posibilidades sin realizar, virtuosos y pecadores a la vez según proporciones irrepetibles, o sea, humanas; víctimas de circunstancias imprevistas y absolutamente determinantes, son los dueños de su libertad. Se experimenta una sensación de alivio y de alegría al seguir las peripecias de sus vidas, porque nada en ellas

es seguro, porque ninguna clase de desenlace se impone como necesaria. Sabemos que Willoughby fracasará, porque padece el vicio del egoísmo, y el egoísmo es una falta moral que Meredith va a sancionar; sabemos que el destino de Scobie es la muerte, puesto que ha pecado. De los personajes de *Sorprendida*, en cambio, podemos prever tanto como prevemos de las personas reales, o sea con todas las salvedades que nuestro conocimiento del azar de la vida pueda sugerirnos. Ellos son algo más que verosímiles: son autónomos, y, dentro de lo relativo, independientes de la voluntad que los ha creado. En una palabra, son hombres.

Hoy, que la novela corre el riesgo de caer en la efusión autobiográfica, que los personajes han decaído al nivel de variaciones sobre el alma del escritor (por eso suelen ser tan poco interesantes); hoy que la novela apunta inquieta y baratamente a filosofías sobre el Destino, el Ser-para-la-muerte o la Gracia, en fin: que no se logra abandonar la juventud, la madurez de Joyce Cary es un hecho casi desafiante. Es por lo demás el retorno de un noble y viejo estilo que sin él hubiéramos creído perdido para siempre: el de Dickens, el de la visión enamorada y directa de la vida.

## NUEVOS POEMAS

por  
LIBER FALCO

E X T R A Ñ A   C O M P A Ñ I A

a Arturo Sergio Visca.

Porque estoy solo a veces,  
porque sin Dios estoy, sin nada,  
ella viene y muestra su rostro y ríe  
con su risa helada.  
Viene, golpea en mis rodillas,  
huye la tierra entonces  
y todo acaba sin memoria, y nada.

Sin embargo, con ella a mi costado  
yo amé la vida, las cosas todas;  
lo que viene y lo que va.  
Yo amé las calles donde,  
ebrio como un marino  
secretamente fuí de su brazo.

Y a cada instante, siempre, en cada instante  
con ella a mi costado,  
del mundo todo, de mis hermanos  
lejano y triste me despedía.

Mas tocaba a veces la luz del día.  
Con ella a mi costado,  
ebrio de tantas cosas que el amor nombraba,  
como a una fruta  
tocaba a veces la luz del día.

Y era de noche a veces y estaba solo,  
con ella y solo;  
pero la muerte calla  
cuando el amor la ciñe a su costado.

Oh triste, oh dulce tiempo cuando acaso  
velaba Dios desde muy lejos.

Mas hoy ha de venir y ha de encontrarme solo,  
ya para siempre desasido y solo.

## D E S P E D I D A

*A mis compañeros y compañeras de  
Corrección y Talleres del diario  
"Acción".*

La vida es como un trompo, compañeros.  
La vida gira como todo gira,  
y tiene colores como los del cielo.  
La vida es un juguete, compañeros.

A trabajar jugamos muchos años,  
a estar tristes o alegres, mucho tiempo.  
La vida es lo poco y lo mucho que tenemos;  
la moneda del pobre, compañeros.

A gastarla jugamos muchos años  
entre risas, trabajos y canciones.  
Así vivimos días y compartimos noches,  
Mas, se acerca el invierno que esperó tantos años.

Cuando el Sol se levanta despertando la vida  
y penetra humedades y delirios nocturnos,  
cómo quisiera, de nuevo, estar junto a vosotros  
con mi antigua moneda brillando entre las manos!

Mas, se acerca el invierno que esperó tantos años.  
Adiós, adiós, adiós, os saluda un hermano  
que gastó su moneda de un tiempo ya pasado.  
Adiós, ya se acerca el invierno que esperó tantos años.



L O Q U E F U E

Vienes por un camino  
que mi memoria sabe,  
y me detengo entonces  
indagándote el rostro.  
Mas ah!, ya no es posible  
siquiera, no es posible  
detenerte un instante.

Todo está muerto, y muerto  
el tiempo en que ha vivido.  
Yo mismo temo, a veces,  
que nada haya existido;  
que mi memoria mienta,  
que cada vez y siempre  
—puesto que yo he cambiado—  
cambie, lo que he perdido.

L U N A

Tan perfecta y blanca.  
Tan alta!  
Tan lejana y blanca.

Lejos de la muerte,  
y de la vida lejos.  
Lejos de los llantos.  
De las risas, lejos.  
Tanto!

No sabe esta luna  
cómo todo es triste.  
Cómo es bello el mundo  
y la misma muerte acaso  
acaso, es volver sin irse.

Sola arriba, sola.  
Tan perfecta y blanca.  
Tan alta!  
Tan lejos de todo!

Nada arriba, nada.  
Ella sola y nada.

A H O R A

Dame tu mano y vamos  
entre la tarde, tristes,  
a recordar los días  
que se fueron.

Aquella mi pobre casa  
donde en dura pobreza  
bebimos la dulzura,  
aquella ya no existe.

Eras alegre entonces  
y a veces eras triste.

Mas, dame tu mano ahora  
oh, amor, dame tu mano y vamos  
a recordar siquiera,  
lo que ya no existe.

A P U N T E

Cantan allá abajo.  
Unos muchachos cantan  
mientras la Luna arriba,  
como una blanca flor nocturna  
derrama su esplendor sobre la Tierra.

Cantan allá abajo  
y el canto sube.  
Entre la noche sube  
como un rezo.

D E S T I N O

La tarde declinaba  
buscando lentamente  
los pliegues de la noche.

Las gentes pasaban presurosas.  
Todo en el mundo cumplía su destino.  
Sólo tú y yo quedamos en sus bordes.  
Mas, miré a mi costado, te busqué,  
y ya no estabas a mi lado.

J U V E N T U D

Era alegre la tarde  
y alegre era la risa  
Todo era alegre y bueno  
y arriba estaba el cielo.

Oscuro a veces, pálido a veces,  
ausente a veces, estaba el cielo.  
Mas era azul y blanco y bueno.  
Y era el cielo.

# LA CASA PERDIDA

por  
JULIO ROSSIELLO

¿Por qué volvía ahora este recuerdo inesperado? Mario sentía ya demasiado el peso de tantas noches interminables en que, desvelado, atento al menor ruido que proviniera del cuarto vecino, espiaba la negrura del cielo que no quería desvanecerse. "Demasiado cansancio" —se dijo. Ya no podía manejar muy bien los pensamientos. Pero era extraña la lucidez de aquel recuerdo, sobre todo la nitidez con que los detalles materiales, renacidos de golpe, acompañaban la nostalgia.

Era una escena de su infancia, en la vieja casa donde una vez había sido feliz. Subido sobre el techo de zinc, vigilaba agazapado tras el paredón lindero los pasos de alguien que se movía en la casa vecina. Detrás suyo el viento agitaba las hojas de los árboles, en la quinta. Cuando volvía temeroso la mirada, veía la larga avenida que se estiraba hasta la calle, bajo la sombra del parral. Al levantarse para observar mejor aquellas naranjas enormes, fulgurantes bajo el sol, resbaló sobre los canales del zinc. Mario podía registrar ahora, treinta años después, la misma sensación de terror con que lo había envuelto la realidad. Se había detenido en la caída, sin embargo, y al mirar hacia el suelo vio a su padre que lo miraba, sonriendo, con aquella sonrisa que apenas se le veía y que por eso mismo, acaso lo cautivaba tanto. Su padre estaba allí, silencioso e inmóvil, pero en él se reunía todo lo que en ese momento podía salvarlo de la angustia. Era la seguridad, la fuerza; era la misma presencia que tantas noches lo había liberado de un mundo de miedo y pesadillas.

Eso era todo. Después, el recuerdo se esfumaba y se confundía con otros, separados sin duda por años enteros de aquél, pero que ahora surgían como florecimientos tardíos de una felicidad ya demasiado vieja.

Del cuarto de su madre llegaba la voz murmurante, dolorida, que todas las noches lo hacía incorporar asustado. Se levantó, ya perdida la esperanza de dormir antes del alba. El reloj luminoso marcaba las cuatro y cinco. Abrió la ventana: desde allí la noche

parecía un inmenso ser vivo e inmóvil. En la calle, sobre el fondo oscuro de las fachadas, los árboles se distinguían apenas, como manchas regulares de un negro más intenso. Del fondo del silencio, apagado, como otro recuerdo triste, venía por el aire en calma un nuevo quejido. Cerró la ventana y salió del cuarto.

Su madre dormía nuevamente. Hundida entre almohadas, la cabeza parecía todavía más pequeña de lo que era; en la penumbra se veía bajar y subir el pecho en una respiración agitada. La nariz, larga y fina, relucía extrañamente, en la atmósfera pesada de la noche. ¡Qué flaquita estaba! Una mano enclenque sostenía bajo la barbilla el borde de la sábana. Mario estiró su brazo para tomar aquella mano, pero un temor repentino lo hizo retroceder.

Encendió la luz del comedor y se puso a caminar entre las sillas, acariciando distraídamente los objetos, las paredes, repitiendo aquel gesto maniático de su madre, que todas las noches parecía pedirse de ellos. Sobre el bargueño, sobre el viejo escritorio, como en casi todas las paredes de la casa, estaban las antiguas fotografías de aquel hombre tan lejano y desconocido que había sido su padre. Era notable la identidad de aquel rostro con el suyo. ¿Habría sido como él, tan pobre de vida, tan solitario? No, habían sido felices sus padres, sin duda. Tal vez agotaron toda la felicidad de la casa. Los veía, en la distancia —¿veinte, treinta años?— abrazados, juntos, ausentes, tal como alguna vez, en aquel entonces, los había visto, perdiéndose entre los árboles de la quinta; cuando después de bajar del eucaliptus —¡de nuevo esa extraña nitidez del recuerdo!— se había quedado quieto en el suelo, inexplicablemente absorto, rompiendo entre los dedos terrones negros y secos. Así los recordaba mejor: olvidados del mundo, mutuamente guarnecidos.

Lo sobresaltó la campanada de las cuatro y media. Sin esperanza de dormir decidió acostarse de nuevo. Se detuvo frente al cuarto de su madre; no se oía más que una respiración irregular y agitada. Se tiró sobre las frazadas de su cama y esperó el día entre sueños interrumpidos y nerviosos.

Se despertó con el ruido de la llave en la puerta de calle. Miró el reloj, inútilmente, porque la enfermera llegaba puntualmente a las siete, todos los días. Se demoró un rato en la cama, con las imágenes brumosas del sueño prendidas todavía en la memoria. Después, cuando la enfermera le dijo que tenían que llevar a su madre al sanatorio, en ese momento, volvió a ver con claridad

aquellas imágenes del entresueño. Se vió a sí mismo, girando estúpidamente entre las cosas de siempre, viajando en el mismo ómnibus hacia el estudio del escribano, copiando escritos y documentos, repasando con la mirada las paredes de su casa, mil veces recorridas; se vió velando en las noches claras del verano, resistiéndose a pensar en otra cosa que en el pasado; y se dió cuenta de que ni aún en sueños podría jamás liberarse del mundo estrecho que siempre había conocido y que todavía era un niño, indeciso y torpe.

La mujer, a su frente, proponía soluciones que él aceptaba sin protestas. Era una suerte saber que había alguien que podía resolver los problemas.

Cuando la enfermera lo envió a buscar un coche, la luz del día lo envolvió de golpe; tuvo por un momento una culpable sensación de alivio. Al volver, todo estaría dispuesto. Pero del fondo de sí mismo surgía la tristeza inconfesada, la asfixiante angustia de la soledad. ¡Pobre vieja! La llevarían dentro de un momento, nomás, envuelta en la gastada frazada azul; ya la veía mirar otra vez, largamente, los sillones, la mesa de pino, los cuadros. ¿Qué iba a quedarle ahora, más que la gastada moneda del recuerdo?

De vuelta en la casa, Mario sintió los pasos de la enfermera en el cuarto de su madre. Apagados, tenues, iban y venían alrededor de la cama, se detenían de pronto y luego reanudaban su ritmo ligero. Le parecía que la mujer no terminaba nunca de arreglar la ropa. Aquel momento que tanto temía parecía, sin embargo, no llegar nunca.

Se levantó rápidamente del sillón donde descansaba cuando la vió por fin salir, tanteando las paredes, apoyando temerosamente los pies al medir cada paso.

—¡Ayúdeme, hombre! — le dijo, imperiosamente, la enfermera.

Al acercarse notó que su madre murmuraba, muy bajito, frases incomprensibles. La pobre desvariaba; ni siquiera alzó como antes la cabeza para mirar las fotografías. Muy lentamente, paso a paso, la condujeron hasta el auto y partieron en seguida hacia el sanatorio.

La dejó en una salita oscura y silenciosa. Al poco rato de acostarse, la mujer quedó durmiendo, aparentemente tranquila. Como su presencia allí era inútil, Mario regresó a su casa.

Cerró todas las ventanas, corrió las cortinas y se tiró a dormir, en la relativa penumbra que permitía el sol radiante del verano. Pero estaba condenado a no dormir tranquilo. Creyendo oír nue-

vamente los quejidos de su madre, se incorporó asustado, con un súbito presentimiento. Recordó que estaba solo en la casa, pero no pudo serenarse. Renunció al sueño. Fué al cuarto de baño y hundió la cabeza en el agua fresca del lavabo. Después se quedó sentado en el comedor, esperando no sabía qué oculto aviso, con la mente en blanco.

Con las campanadas del reloj que daban las diez, la zozobra fué creciendo dentro de él, canalizándose en un solo pensamiento: "Mamá se muere". Casi corriendo salió a la calle inundada de luz; un destello de sol reverberando en las vías lo cegó un momento. Luego, cuando echó a andar rápidamente, lo siguió acompañando una mancha luminosa en la retina. Todo se le aparecía como una visión fantasmal de despiadada nitidez. En la calle adoquinada rodaban en estrepitoso jadeo los viejos tranvías; los camiones llevaban el aire con un humo que se estiraba sobre las aceras y envolvía por un momento las cosas en un sucio contorno gris. ¿Era tan extraño el día, la gente acostumbrada a mirar con ese asombro o con esa tenue complicidad de las sonrisas? Había que apurarse y no perderse en desvarios. Pero todo llega a adquirir un peso tan extraño, una cualidad tan incomprensible a veces, cuando se va así perdido en un temor o en un ensueño, y es tan grande el peso de una simple imagen!

Entró al sanatorio. Al llegar al corredor que conducía a la sala, vió a una enfermera que lo llamaba con gesto apremiante.

Mario no podía caminar ya un solo paso más. La mujer se acercó hablando agitadamente.

—Usted es Pedro, ¿no? Lo está llamando su mamá. Está muy nerviosa; llamé al médico para calmarla. ¡Vamos! ¿No se mueve?

—¿Pedro? — murmuraba Mario. — ¿Pedro? — Hacía tanto que no oía llamar a su padre por el nombre que no alcanzaba a comprender lo que le decían.

La enfermera lo tomó al fin del brazo y consiguió arrastrarlo hasta la salita. Mario se acercó con pesado tambaleo y se sentó en el borde de la cama. Su madre estaba inquieta en el lecho, debatiéndose entre las sábanas con rara energía. Luego la mujer quedó quieta, pero sus ojos seguían girando sin descansar. Por fin, desde el fondo de aquellas órbitas hundidas, pudo aquietar su mirada en la del hombre.

—¡Por fin viniste! — dijo con voz apagada. — Pensaba que no

ibas a llegar nunca... Pedro, abrazame, abrazame como antes, no me dejes otra vez...

—No... no... Pedro no, soy Mario... — apenas alcanzó a tartamudear.

A sus espaldas, detrás de los cristales de la ventana, el sol brillaba intensamente; una claridad triunfal atravesaba los vidrios y se expandía en las paredes blancas. Sintió los pasos de la enfermera, que se alejaba.

La cara hundida y arcillosa sonrió débilmente.

—Deja el niño de una vez, Pedro. ¡Siempre detrás de él! Besame como antes, abrazame...

Mario se apretó a aquel cuerpo menudo y enflaquecido, y besó con fuerza la mejilla de su madre. Un calor húmedo le subía a la cara; hubiera querido llorar, pero no comprendía ya nada, ni siquiera por qué llorar. Sentía en la nuca el roce de aquellas caricias que no eran suyas, y no podía hacer más que cerrar los ojos y sufrir.

—¿Ya no me querés, Pedro? — gemía la mujer. — ¿Por qué no me besás en la boca?

Mario se separó un momento, miró la cara dolorosa de su madre, los labios que temblaban sensitivos y volvió a inclinarse. Pero retrocedió de pronto, enrojecido y se levantó bruscamente, mientras balbuceaba:

—¡Dios mío, Dios mío!

La nurse llegaba en ese momento corriendo con el médico. Cuando entró, la enferma se incorporaba sobre el codo y dejaba escapar cortos sollozos, cada vez más débiles, hasta que caía hacia atrás, quedaba con la cabeza hundida en las grandes almohadas y guardaba ya en los ojos duros un fija sombra de tristeza.

Todo había empezado cuando fué a tirar el primer pedazo de tierra sobre el cajón lustroso que yacía en el fondo. Detrás suyo unos pocos parientes lejanos, viejos con caras secas que repetían un mismo gesto de compuesta gravedad, esperaban con tierra en sus manos que el hijo iniciara el gesto de despedida. Pero él había quedado inmóvil, deshaciendo el terrón entre sus dedos agarrotados. Entonces la tía Celia había tirado aquel polvo endurecido y todos, menos él, la imitaron.

Habían vuelto despacio, bordeando las tumbas que se sucedían

muy juntas una a otra, y Mario, atrás, iba con el rostro tan transformado que algunos se retrasaron para brindarle una inútil compañía. No quiso entrar en el coche de cortinas negras donde había venido con sus tías, soportando sus sollozos violentos. Siguió caminando rectamente hacia la salida.

El pasto seco, pajizo, crujía bajo sus pies, acompasando su marcha de sonámbulo. Iba mirando a izquierda y derecha. Se detuvo al lado de una camilla. En el suelo mojado abundan restos de pétalos y tallos entumecidos.

Miró de nuevo a la distancia, se golpeó una mano con la otra y retomó su paso indeciso. Parecía buscar un pensamiento que no alcanzaba a formularse. Cuando atravesó los portones del cementerio vió alzarse de pronto, como nacidos del aire, cuatro grandes saucos agitándose apenas, vibrando con aquella misma mansedumbre del eucaliptus en los atardeceres del verano, cuando el calor se levantaba de la tierra reseca. ¡El eucaliptus! Ahora comprendía todo su desasosiego: ¿dónde estaba su casa, por dónde vería asomar la punta lacia de su árbol? Se había perdido sin darse cuenta.

Mario enfiló hacia el declive irregular de una calle que desembocaba en el cementerio. Una angustia sin consuelo le apretaba el pecho. Marchar, marchar, tal vez en algún momento vería aparecerse la esquina crizada de transparentes, o alguno de sus amigos corriendo sudoroso, con los pies descalzos sobre el hormigón caliente. Pero era inútil; ningún indicio aventaba su desconcierto. ¿Cómo había llegado allí sin notarlo, por qué había salido hacia poco rato, nomás, de recorrer panteones colmados de flores y avispas? Llevó maquinalmente la mano hacia la frente, al punto exacto donde poco tiempo antes, vagando con los demás muchachos, había sentido una súbita picazón; ya había desaparecido todo rastro.

Apuró el paso; iba casi corriendo por aquellas veredas que no terminaban nunca. Cuando llegaba a las bocacalles miraba a los costados para sorprender por fin algún lugar conocido. La seguridad de haberse alejado absurdamente de la quinta le fué llegando poco a poco a su conciencia. ¿Qué hacer, qué hacer?

Se detuvo ante una puerta y empinándose inútilmente tocó el timbre; demoraron en salir y ya atemorizado por aquel silencio de la calle vacía donde sólo sonaban sus pasos perdidos, donde hasta el viento se había detenido, siguió tocando los timbres de todas las casas de la cuadra, sin esperar nada. Sólo miedo había allí, un

miedo que dinamizaba sus músculos y endurecía sus pensamientos.

Al llegar a la esquina miró una sola vez hacia atrás: una proyección siniestra de hombres se acercaba lentamente. Cansado, sollozante, se sentó en el cordón de la vereda. Miró sus manos sucias de tierra: grandes, llenas de pelos, arrugadas; dos manos de hombre, de improviso colmadas de años por algún horrible milagro.

—¿Qué le pasa, qué le pasa? — oía a su alrededor. Pero ya el miedo a aquellos hombres había desaparecido; sólo podía mirar sus manos transformadas, que no le obedecían ya que se frotaban contra dos piernas que no le pertenecían y que sin embargo estaban allí, monstruosamente pegadas a su cuerpo.

Los hombres se alejaron y quedó de nuevo solo en la calle oscura. De pronto levantó la cabeza y empezó a gritarle a las espaldas que se perdían en las sombras.

—¿Dónde está mi casa? — oyó gritar. Pero todos siguieron caminando y uno a uno desaparecieron tragados por las casas negras. Ya su voz tampoco era suya y se detenía en la garganta, negándose a salir al aire.

Retomó su camino, zigzagueando como borracho. Si no hubiera estado tan solo en aquel mundo enemigo, se le habría oído preguntar entre jadeos por una casa quinta y un árbol perdidos. El viento, que se había detenido un momento para escucharlo, siguió moviendo las hojas de los sauces.

.207'

## EL MONTE

por  
RUBEN R. PASTORINO

El camino pasa de largo entre el moterío disperso de los ranchos. Vistos de lejos amagan un deslizamiento en la suave ladera que baja al arroyo. Pero los árboles de cada vivienda ayudan a la barba frondosa de la chilca a fijar la ranchada. Arroyo por medio estaba el monte. Como sujetando las cerrilladas que por ese lado se venían agresivas sobre las viviendas. Eran cincuenta hectáreas de eucaliptus, parte de las antiguas propiedades del doctor Soca. El doctor, radicado en la capital, había ido vendiendo y se había llevado su plata a imponerla en empresas más activas y próximas. Al final sólo dejó —quién sabe por qué— esas cuadras y esos árboles para que Don Pedro los trabajara.

El viejo vivía cerquita, del otro lado del arroyo.

Don Pedro monteaba y hacía astillas que luego se llevaban los camiones de Batlle y Ordóñez. A veces salían también carros chatos de ramas, que se iban barriendo el camino con la escoba desmeledada de las colas.

Esa era su vida. Sólo dos días por mes hacía una changa formal fuera de las casas. Entonces trabajaba de ayudante de pista en un local de ferias ganaderas, que quedaba a pocas cuadras del rancharío. Eran dos días de trabajo lindo — “meta caballo p'aquí, meta caballo p'ayá” — que le revivían al viejo el tiempo en que aún no lo habían atado para siempre la familia y los árboles. Si las cosas andaban bien y cuadraba la oportunidad, volvía con una puntita de lanares para el consumo.

Después se encascaraba por otro mes en su ir y venir entre el plantío y los ranchos.

Cuando yo lo conocí Don Pedro tenía ocho hijos. En dos años más, la mujer, con puntual fecundidad, le dió uno por vez. Era una prole diversa que siempre andaba hormigueando en derredor del viejo.

En mitad del rancherío había una escuela. Año a año venía a ella una maestra nueva, joven, recién recibida, a reemplazar en el cariño de los niños a la maestra ida. Era un año que ellas sentían corto para conquistar efectivamente la primitiva comunidad y largo para vivir su chatura opresiva.

Don Pedro mandaba todos sus gurises a la escuela, hasta que superaban el tercero rural.

—Que vayan a aprender algo. No siá cosa que después de grandes los maréen con cuatro palabras. Que pa lo demás hay tiempo.

“Lo demás” era por entonces el monte de eucaliptus. El estaba siempre presente en la vida de la familia, como en la de un chacarero está su chacra. Cierto que el rancho tenía, como casi todos, su quintita elemental; y que en las cuadras arboladas pastoreaba una majadita de “crusas” y ocho o diez vacunos. Pero lo que aseguraba aquella existencia humilde y la definía, era el monte. El absorbía los brazos de todos a medida que iban sirviendo para la brega. Allí donde los gurises habían trepado el primer árbol o tirado la primera piedra, agarraban por primera vez el hacha o el trozador para endurecerse en un trabajo serio.

En las tardecitas abiertas, los árboles acogían el retorno de las cotorras y palomas “maiceras” e iban poco a poco devolviendo negras con atados de leña en la cabeza, que salían “parando rodeo a grito limpio” a las turbas de negritos harapientos.

Yo iba seguido con el carro en busca de leña. En ocasiones encontraba a los niños o al viejo mismo en el arroyo, buscando algún animal pasador. Venían, me ayudaban a levantar el zarzo, y con ellos pegados al estribo, nos internábamos “de prosa atada” por los caminos espaciosos y rectos del plantío. Otras veces era el golpear de las hachas o el mordisco breve y agrio de las sierras, estirados en ecos, los que me guiaban hacia los calveros donde trabajaba la gente.

Tenía el viejo dos hijas, las mavores, que andarían por los veinte años. Eran dos muchachas fuertes, de simple simpatía y tez fraguada a intemperie. Trabajaban a la par de los hombres. Aserraban los troncos imponiendo al vaivén de la sierra un ritmo uniforme, agobiante, que le dibujaba violentamente las formas exuberantes. Además Don Pedro, Pedrito y Eusebio, los varones mayores, eran brazos efectivos para el hacha.

Cargábamos el carro y ellos me concedían un descanso que alargaba la charla. Tenían la franca reserva de gente que vive en lo suyo. Pero conmigo usaban una tácita confianza que, por mi condición de hombre con diarios y radio en la casa, les despertaba preguntas “por saber del mundo”. A veces la conversación caía sobre la guerra que destrozaba pueblos en Europa. Entonces escuchaban mis noticias callados, absortos, meneando de tanto en tanto la cabeza. Hasta que aquellos horrores, tan lejanos, imposibles casi, en la sobria realidad de sus días, les provocaban parcos comentarios.

—Va fea la cosa, sí. Lo qu'es el mundo. Mire que la gente quiere meterse a mandar en tierra ajena!

Después yo me volvía con una imprecisa admiración por aquellas vidas rudas que conjugaban la mejor fraternidad.

El trabajo en el monte era cosa de no acabar más. El viejo monteaba eligiendo los árboles, cuidando el corte para que ellos “volvieran”. Y a medida que él se metía monte adentro talando, la savia encauzaba por nuevos canales su pulso sin pausa, sacando tierra arriba los eucaliptus. Primero una multitud de brotes que cubría con una cabellera gris verdosa las calvas del tronquerío ralo. Después los brotes se resolvían en un haz de ramas fuertes que subía afirmando la vitalidad pertinaz de los árboles.

Cuando había mucha demanda de leña —otoño generalmente— o cuando el viejo quería hacer reserva, la familia no daba abasto. Entonces Don Pedro cortaba de rancho a rancho, “calentaba una silla” y conseguían un hombre. Siempre había gente inactiva en el poblado, mancha mínima entre los lonjas abrumadoras de las estancias. Además, él se arreglaba fácil con cualquiera porque no era hombre de ponerse a “machetear” un jornal. Ni de negar un carro de ramas, ni unos palos para poblar a ningún vecino necesitado. Sólo cuando el invierno echaba su mano áspera sobre el contorno mermaba la monteada.

Venían días cerrados de agua en que los trabajadores ganaban los ranchos. Los hijos mayores calzaban y afilaban las hachas, trabajaban sierras y recomponían los demás trebejos. Las muchachas reencontraban su femineidad arreglando prolijamente los cuartos y planchando y cosiendo montones de ropa. Los más chicos aguanta-

ban poco el obligado encierro. Hasta que escapaban en turbulentos retozos a chapalear y enlodarse en el cuadro carpido del patio, que la lluvia nivelaba con crecientes lagunetas.

El viejo arrimaba su silla petisa a la cocina y se dejaba estar, turnando entre sus manos el mate con algún trabajo de tientos. De a ratos se abstraía en el trajín de la mujer menuda e incansable, que iba y venía revolviendo una olla, colgando trapos, o preparando el amasijo para las tortas. O en la algarazara de los pequeños que la madre reclamaba a voces desde adentro. Se quedaba contemplando con tierna y callada alegría esos pequeños hechos de la familia como si recién los descubriera. Esos pormenores que se resolvían para él en una sencilla y feliz asociación. Cavilaba que un hombre no es pobre del todo si sabe apreciar bien lo que tiene. Y que no es poco tener "un familión d'hijos sanos y bien enseñau" y un trabajo decente y a gusto para mantenerlos y encaminarlos.

Tras la cortina espesa del agua que murmuraba sordamente sobre la extensión encharcada, el monte le alcanzaba su mancha opaca de bordes desvanecidos. A Don Pedro aquella presencia amiga lo imbuía de una ancha confianza. Comprendía que aquellas raíces que levantaban de nuevo los árboles, eran también la raíz única de su equilibrio familiar.

Mal escapaba, ya los niños andaban invitándolo para salir a "matar pajeros". Había infinidad de hormigueros en el monte y el tiempo se prestaba para combatirlos.

—Si'usté los deja, estos bicho le comen a l'último más qui'un vacuno y le aporrean los'árbol.

El viejo ensillaba, horquetaba a uno de los chicos y prendían la zorra del barril. Los otros cargaban palas y azadas y salían en busca de los hormigueros. A golpes y con un alborozado pisoteo iban abatiendo las cúpulas superficiales. Después inundaban y batían las hoyas, hasta convertirlas en un lodazal en que flotaban los insectos muertos.

En Montevideo falleció el doctor. Cuando Don Pedro lo supo, vivió un sincero dolor por aquel hombre bueno, que cerca o lejos, siempre conservó una mano abierta y tendida hacia él.

Siguió el tiempo despoinando los ranchos y oponiendo nuevas fuerzas vegetales a las victorias del hacha.

Por el camino venía un auto. Don Pedro entrecerró los ojos y los dejó arrastrar por el punto móvil que venía levantando polvo y ladridos sobre la siesta de la ranchada. En la bocacalle el vehículo dobló, tomando el callejón estrecho y accidentado que conducía hasta allí. Ahora el viejo trocó su indiferencia en una sorpresa estríada de presentimientos por la visita insólita.

En la portera bajaron dos hombres. El los veía venir tratando de calar sus trazas ciudadanas. Recién los conoció cuando entraron parpadeando a la sombra fresca de la enramada. Salió a su encuentro ya abriendo un abrazo en el que apretó a los dos.

Estaban "tamaños" hombres. ¡Cómo iba a conocer en aquellos corpachos a los muchachos del doctor! No se convencía que fueran los mismos que, años atrás, venían en vacaciones a poner "patas arriba" la estancia.

Llamó a los gurises pidiendo sillas y mandando cambiar yerba al mate. Los visitantes se sentaron risueños por el asombro del viejo, que en fugaz evocación comparativa les reconstruía diabluras de sus temporadas en el campo. Sobrevino una charla chusca sobre aquel tiempo viejo, que se cerró en un silencio de grave respeto cuando el viejo les recordó afectuosamente al padre.

Enramada afuera, el peso del sol tenía tiesas las sombras y atolondraba a las gallinas en sus errabundos cruces por el patio.

De conversación en conversación bajaron al motivo del viaje. Habían llegado al pueblo por cuestiones de la herencia y aprovecharon la oportunidad para venir a ver el plantío. Ya habían cerrado trato por él con una compañía de Montevideo que andaba comprando montes en la zona. Se explicaron. Ellos no habían querido perjudicarlo. Pero esas eran cosas de sucesión y frente al acuerdo de todos habían convenido en vender los árboles. Dijeron que esa venta aliviaría necesidades que malos negocios habían creado en Montevideo. Por la fracción también tenían una oferta y después resolverían. Mientras tanto Don Pedro la tendría a su disposición, como siempre.

El viejo asentía tomando las palabras con recta comprensión. Vió claro que la cosa era así sin revés ni peros. Cuando los hermanos se invitaron a marchar, los despidió con el mismo calor y la-



mentó que no se quedaran más. Sólo después que se fueron pudo pensar en el asunto y ver la brecha que abría en su vida.

Al mes, más o menos, llegó la cuadrilla. Los hombres eligieron un claro y construyeron sus viviendas de emergencia con el propio ramaje talado.

El rancherío se conmovió como nunca con el aporte temporario de aquella gente. El boliche de Sánchez —habitual laguna de hastíos del lugar— hervía a las tardes de animadas conversaciones, estrépito de vasos y truqueadas escandalosas. Justo, el carnicero, de media oveja por día, vendía tres o cuatro capones “por abajo de la pata”. A veces —los sábados— había bailes con gente hasta la puerta en el rancho de las Pérez, mujeres fáciles para el primero “que les llevara el apunte”.

Al margen de todo esto, las cosas habían torcido el paso en el rancho de Don Pedro. Se habían abierto los destinos hasta el momento comunes. Los hijos más grandes debieron salir a buscar la vida que ahora apretaría si se la esperaba de brazos cruzados. Pedrito entró de peón casero en lo de Noblia, donde lo conocían desde la cuna y lo tratarían bien. Eusebio marchó a la capital con un tío, matambrero acreditado en un frigorífico, que le haría costado. Las muchachas se colocaron sin retiro en el pueblo porque no podían ir y venir todos los días.

El viejo pidió yunta prestada, cortó amelgas y de la quinta hizo una chacrita en el pañuelo de tierra propia.

El maíz había levantado dos cuartas en la parcela. Entre el tono promisorio de los tallos, ensayaban sus primeros viboreos las guías sarmentosas del zapallo sembrado surco por medio. Cerraban el cuadro, prolijas y parejas, unas “sierras” de boniatos. Nada más. Allí, al decir chacra no se podía pensar más que en eso. Todas cosas de plantarlas, arrimarles una carpida y dejarlas venir. Para el viejo, que nunca había sido hombre de manquera, aquello era hasta mucho. Nunca había vivido la comunión del que siente la tierra en esperas premiosas. Ella no le había acercado angustias ni le había entibiado esperanzas. Se había quebrado el alma siempre en oficios brutos y lo llevaba el diablo eso de andar “pata y pata” entre los surcos. Cuestión de hacerlo por hacer algo y por “parar la olla”.

La ausencia de los muchachos significaba un vacío en los ran-

chos que sorbía al viejo. Un vacío del que no sabía cómo defenderse. La falta de aquellas edades sucesivas, ponía de un lado a él con su vejez descubierta, y del otro al montón de niños que le quedaba. “Una carrada de gurises” de los que él ya no sacaría hombres.

Esa distancia le iba poniendo la voz y el gesto duros para aceptar la ingenuidad feliz de aquéllos. A veces cortaba seco sus inocentes expansiones.

—Salga, salga, hombre. Como pa bobadas anda uno.  
O si no. —Sosieguesé amigo. No sabe lo qu'es tarse quieto? Oh, caramba!

Cuando no sabía en qué poner las manos hoyaba en ocios hu-  
raños que lo apretaban como nudos. Andaba deseando con fuerza de necesidad los dos días de ferias en el local. Por aturdirse un poco con todo: prosa, carreras, gritos, caña. También por “agenciarse” una tropeada corta, de un caballo.

La cuadrilla seguía talando sin tregua. Entraban a diario camiones de motores prepotentes, que salían crujientes y sofocados bajo las enormes cargas. El corazón del monte devolvía en sonoros latidos el múltiple hacheo que iba acorralando los árboles.

Cuando quiso acordar, los hombres se fueron dejando el flanco de la cuchilla erizado de cortos muñones. Ni un árbol. Don Pedro no quería creer que todo aquello estuviera cortado. Cuando se convenció, sintió como una herejía la muerte total de los árboles que hería y cambiaba el paisaje.

Cada quince días venía Pedrito a traer una maleta de ropa sucia a la madre. Su presencia alborotaba los chicos que se le an-  
daban colgando del cuello y los brazos.

Los domingos de buen tiempo, las muchachas pasaban el día en el rancho. Se venían a pie del pueblo. Después se empolvaban y arreglaban con torpe esmero porque una noviba con Morelli chico y la otra compartía con ellos media tarde de silencios tímidos y posturas cohibidas.

De tanto en tanto, sobres ajados traían noticias de Eusebio que en Montevideo “se iba haciendo a trompesone”.

En los ranchos se había estancado una tristeza que podía nacer en la misma gente que la vivía. O que podía venir de aquel horizonte áspero de piedras que ahora amenazaba la ranchada.

# LA ESTANCIA SOLA

por

ELISEO S. PORTA

*El que sigue es un fragmento de la novela "Con la Raíz al Sol", publicada recientemente por la Editorial "ASIR".*

La tropa, floja, se estiró en el callejón. Desaparecieron en la oscuridad áspera de polvo, los caballos que hacían punta y las primeras vacas. Detrás de las últimas salieron al camino don Artemio, Maneca y el negro Tacuabé.

Este había dicho que no tropeaba más; pero esto es diferente: Ir detrás de unos animales que caminan restregando los garrones, con arrugas de piel entre las piernas, como un fondillo vacío.

—Quehacer pa viejos como nosotros, compadre, le dijo a Maneca cuando lo invitó.

—Naun teño cavalo, respondió el compadre sin moverse, como significando que a un hombre de a pie no le queda sino permanecer sentado definitivamente contra la pared del rancho.

Tacuabé arguyó que don Artemio tenía muchos caballos, y que sin duda llevaría unos cuantos para salvarlos, porque eran su capricho.

Había sido siempre un lujo muy Segovia: de andar, de lidiá, de tiro, parejeros.

Cierta vez, en unas elecciones, el viejo don Primitivo —padre de don Artemio— entró al pueblo con sus hijos, peones y capangas, montados en cincuenta tordillos que parecían señoritas. Venían al tranco por el callejón, para no levantar polvo ni sudar; pero cuando embocaron la calle de la foñda, donde era el campamento, atropellaron al trote chasquero, y aleteando todo: la barba cana del viejo, los ponchillos y pañuelos, pelegos como esumas, chapeados, fletes de ojos celestes, pasaron adelante como una claridad.

—Usté deme, nomás, un bozal, compadre, y vaya engrasando las garras.

\* \* \*

La tropa, triste, se alargó por el camino. Don Artemio volvió su tordillo, se arrimó a Nemesio que estaba cerrando la portera, y le dijo:

—Bueno, entonces te quedás de casero. Yo voy a seguir un trecho. Quiero ver como aguantan los animales. Tal vez mañana o pasado esté de vuelta. ¡Ah!: si el barraquero manda buscar la lana vos se la entregás nomás; y lo mandás decir que yo dejé dicho que él la pese y saque la cuenta; a ver si así ese gallego roñoso aprende a tratar con la gente.

—Esu es.

—Te dejé sin secretario, porque la cocinera aprovecha mi salida para ir al pueblo a ver la gente de ella, y yo dí orden al guri que la lleve en el carrito. Será cosa de hoy para mañana. Me vigílala la vertiente; no sea que algún animal caiga dentro. Otra cosa no te encargo.

—Ta bien.

—Entonce será hasta la vuelta.

Nemesio, peón de varios años a quien se acaba de dar una prueba de confianza, se permitió una broma con su patrón:

—Cuidao no les vaya a dispará la tropa.

Don Artemio rió sin ganas y se alejó.

Tacuabé y Maneca lo acogieron en el medio.

Van al tranco.

Una luna roída está sobre el horizonte y los mira pasar. Emanada de ella una influencia lúgubre que mantiene todo en suspenso, como en un funeral.

Don Artemio, corpulento, lleva el mentón sobre el pecho, pero el tronco erguido; como si le pesara el pensamiento de su ruina inminente, mientras en el corazón se alza la antigua sangre de un Segovia, que en medio de sus peones arrea su ganado, señoreando el destino.

Maneca, hecho todo de partes pendientes: sombrero alicaído, bigotes, brazos, piernas, maletas, mira sin expresión hacia adelante.

Tacuabé anudó las riendas y va armando un cigarro. Así, re-

cuerda, con idéntica luna roja, igual rumor de animales al paso, parecido recogimiento, cabalgó con muchos otros, detrás de la carreta donde iba el General agonizante, después de Masoller.

—Meno mal que tenemos el viento d'espalda.

—¡Ajá.

Apenas hay estrellas. Las vela la atmósfera sucia.

Se habían movido al segundo canto, y piensan hacer alto a media mañana en el Yucú, donde hay agua y algo de sombra. Allí esperarán que el sol afloje para seguir.

Las vacas caminan juiciosas a fuer de flacas. Se oye el raspar monótono de las pezuñas, y allá en la punta, algún intermitente tintineo del cencerro de la madrina, concluye de dar al conjunto gravedad procesional.

Siempre rumbo al sur, soñando hombres y bestias con campos empastados. Nunca, como entonces, el verde fué la cifra de la esperanza. Hacia un costado empieza una vislumbre rojiza como de un candil oculto tras un muro. Y amanece sin alegría sobre unos campos donde han desaparecido las perdices y los teros, donde no hay relinchos ni tropeles locos de pura salud y fuerza, ni brincos de terneros de frente crespas y morros tiernos. La consigna es el silencio, y sólo quedan las aves que no hacen ruido: gavilanes, caranchos, cuervos y tal cual lechuza que al pasar la tropa, se alza como despedida por la punta del poste.

A la izquierda el sol, todo erizado, rabioso ya; a la derecha la sombra absurda de una tropa y unos troperos sobre zancos; detrás el viento norte que crispa los nervios como si fueran hebras de pasto, y embota la voluntad; adelante el polvo que sólo deja ver las últimas vacas. El cencerro, invisible, sigue melancólico. Parece cosa de maldición ese penetrar sin fin en un limbo turbio, tras el llamado de una campana inalcanzable.

\* \* \*

En ese mismo momento, el camión del barraquero llegó a la estancia para llevarse la lana.

Luego de su partida salió el gurí con el carrito de pértigo donde iba la negra Cesarea, chata sobre un banquito de ceibo, con pañuelo en la cabeza y rodeada de envoltorios.

Claudia y Flora quedaron solas en la casa, pues Nemesio salió a cuerear. Llevaba un caballo de tiro porque con más de tres

cueros frescos en las ancas el montado venía sentándose, de tan débil.

El silencio pesó como un duelo sobre las dos mujeres. Sin proponérselo se buscaron; y cuando estaban juntas en la galería, de pie la negra apoyada en la escoba, sin decidirse a barrer, Claudia sentada, inertes en el regazo las manos que nada sabían hacer, porque a una Segovia le bastaba el apellido, sintieron, sin lugar a dudas, aquel recóndito bramido —que ya don Artemio escuchara— solemne como un lamento de la tierra misma, vasta y atormentada.

—¿Sentiste?

Ambas quedaron con la barbilla levantada, atentas.

Las hojas secas, abundantes como en los patios de las casas abandonadas, se movieron junto al brocal, de pronto, como siguiendo el paso de alguien, y otra vez aquello: Uomm!

Flora, proclive a lo fantástico, abrió tamaños ojos y contagió su miedo a Claudia. El interior vacío de la casa adquiere de momento un significado temeroso; el patio, más grande desde que las plantas están marchitas, les causa un vago asombro; pero, solbretodo, sienten la aprehensión del campo desierto que rodea la estancia, sin horizontes concretos, donde no hay más que luz, como en un mundo disuelto.

Temblaron cuando una frutita de paraíso corrió sobre el techo y cayó al patio. La siguieron con la vista hasta que se detuvo, y la interrogaban todavía cuando aquello zumbó de nuevo: Uomm!

Flora no barrió. Claudia no entró a peinarse. El polvo y la hojarasca continuaron tomando cuenta de la galería. Ambas se metieron en la cocina, tomaron mate tras mate, y luego Flora se puso a cocinar para los tres.

Cuando Nemesio volvió se sintieron aliviadas.

Lo escucharon estaqueando los cueros a golpes de maceta.

—¿Por qué no le preguntamos?

—Llamalo, a ver.

—Yo no. Llamalo vos.

—¡Nemesio! ¿Puede venir? La niña Claudia le quiere decir una cosa...

—Mirá que sos, eh? ¿Por qué decís así?

El peón, balanceándose, apareció por detrás del galpón y vino hasta la reja de la cocina, donde las dos mujeres se asomaron.

—¿Sabe? Es que hay un ruido, que no sabemos que será...

—¿Dónde?

—Y, no sé, se siente...

Flora intervino:

—Es como un zumbo gordo, y se rió porque la frase tuvo, para su picardía siempre despierta, un significado procaz. Claudia agregó:

—Parece que es de afuera que viene. ¡A ver! ¡Escuchen! ¿Oyeron?

Nemesio miró a una y a otra averiguando si hablaban en serio, y dijo luego:

—'s el barril.

Y como las viera interrogantes, explicó:

—No ve que 'stá sin tapa, pa que l'agua no se abombe, y lo que pas' el viento da un ronquido.

\* \* \*

La siesta era para Flora, pueril y "machona", hora de travesuras.

—¿Vamu hacerle alguna judiada a Nemesio?

Claudia no contestó; lánguida, aburrida, fastidiada. Le arden las mejillas y en otras partes está húmeda. Comprende que aquella negra maldita está por cometer una imprudencia, pero no interviene. Ignora si desea que algo suceda o que todo acabe para siempre.

Emprendió esos días, con gran ímpetu, sucesivamente el arreglo del ropero, la reforma de un vestido, la pega de fotografías en un álbum; pero a poco se evaporaba el entusiasmo y recaía en el hastío.

Después de comer se siente peor. Permanece en la galería, sentada. Una ropa blanca tendida en el patio la obliga a entornar los ojos. De vez en cuando en el techo, suena un grito del zinc, como si reventase una fibra del silencio harto tenso.

—Voy a vicharlo por atrás del galpón, a ver qui hace. ¿No venís?

—Dejame.

Anoche durmió mal. Soñó... Y antes estuvo dándose vueltas en la cama; metiendo entre el pelo los dedos abiertos y luego, con la melena irradiando sobre la almohada, permaneció boca arriba, muy abiertos los ojos, juntando y separando con fuerza contenida las rodillas dobladas. Pero este vaivén de sus muslos bajo la sá-

ba, le insuflaba en el rostro su olor de mujer, cálido, y entonces, a puntapiés, se destapó toda, y acabó desnudándose a manotazos, como si arrojara de sí ropas incendiadas.

Puertas y ventanas quedaban abiertas por la noche, y el viento norte llegó hasta su carne, sigiloso y maligno.

Se durmió de madrugada, retorcida, con una pierna fuera del colchón, y así la vió Nemesio cuando, en busca del soguero que se había metido detrás de la casa donde había yuyos, pasó frente a la ventana del dormitorio.

Flora volvió y dijo:

—¿Sabés que 'stá levantao, moviendo los cuero? Capá que hayó algún zorrino que 'staría abajo 'e la pila 'e lana. Via ver.

Por el portoncillo que Flora dejó abierto, entró una gallina y fué andando, petiza, estúpida de calor, las alas como un poncho, a buscar la tierra floja de un rincón.

Es la hora en que allá en el norte no se puede salir descalzo, ni tocar la llanta de una rueda, o la cadena del aljibe. Una palan-gana de agua arrojada sobre las piedras del patio desaparece como el éter. En el campo, diluído en linfas ofuscantes, grupitos de ovejas juntan las cabezas y permanecen observando el suelo, en una inmovilidad vibrátil; y en algún otero gris estalla como un tiro, la fractura de una piedra que ya no pudo aguantar más.

—¡Ché! ¿Tas como liebre, durmiendo de ojos abierto? Dice Nemesio que vayas; que es para ver una cosa. ¡Vení!

Claudia, como un autómatas, se puso de pie y siguió a la negra.

\* \* \*

Por fuera del galpón, como una avispa excitada que quiere entrar en todos los agujeros, Flora anda brincando y frotándose contra las paredes, de rendija en rendija; duende simiesco y lúbrico del calor y la secura, tanto más ansiosa por ser testigo de lo que pasa dentro, cuanto menos jugos tiene en si misma para abre-var su lujuria.